

Sarah Crossan



Solo
Una

rocaeditorial ●

Una preciosa y delicada historia sobre lo que nos hace humanos

Solo una

Sarah Crossan

Traducción de
María Angulo Fernández



Rocaeditorial

SOLO UNA. UNA PRECIOSA Y DELICADA HISTORIA SOBRE LO QUE NOS HACE HUMANAS.

Sarah Crossan

GANADORA DE LA CARNEGIE MEDAL A LA MEJOR NOVELA JUVENIL DEL AÑO

Escrita en verso libre, Sarah Crossan cuenta la conmovedora historia de unas hermanas gemelas muy unidas. Tippi y Grace. Grace y Tippi. Para ellas, es normal llevar la misma falda. Cada una de estas dos chicas de dieciséis años tiene su propia cabeza, su propio corazón y dos brazos, pero en el vientre se unen. Y viven felices, sin querer arriesgarse a la peligrosa cirugía de separación.

Pero el cuerpo de las chicas parece tener vida propia y marca sus tempos. Y Grace no quiere admitirlo. Tampoco Tippi. ¿Durante cuánto tiempo más podrán esconder la verdad? ¿Cómo poder enfrentarse a la elección más difícil de sus vidas?

Una historia acerca de los vínculos inquebrantables, la esperanza, la pérdida y el amor.

ACERCA DE LA AUTORA

Sarah Crossan, autora ganadora de todos los premios literarios relacionados con la literatura juvenil anglosajona, reside actualmente en el Reino Unido, donde está escribiendo su nueva novela. En Roca Editorial publicó una de sus más aclamadas novelas: *Apple y Rain*.

ACERCA DE LA OBRA

«La autora de novela juvenil más importante del momento.»

BUZZFEED

«La novela que todo joven debería leer.»

BBC

«Lee, piensa, disfruta y llora. Esta novela es una historia dolorosamente triste y hermosa sobre aquello que nos hace humanos.»

THE TELEGRAPH

«Cuidadosamente elaborada. Una narración elegante con un irónico sentido del humor. Una novela llena de realismo honesto y sin complejos.»

KIRKUS REVIEW

«Una novela desgarradora, vitalista y absolutamente excepcional.»

BOOKSELLER

«Una historia admirable y afectiva.»

THE INDEPENDENT

A Ben Fox (1988-2014)
– sigue adelante

AGOSTO

Hermanas

Aquí
estamos.

Y estamos vivas.

¿No es fascinante?

Cómo hemos logrado
llegar hasta
aquí.

Finales de verano

La brisa del verano empieza a enfriarse.
La tinta de la noche cada vez llega más y más pronto.
Y de repente y sin avisar
Mamá anuncia que Tippi y yo
ya no recibiremos clase en casa.
—En setiembre
empezaréis primaria
e iréis a la escuela,
como el resto del mundo —dice.

Me quedo sin
palabras.

Escucho
y asiento
y tiro de un hilo suelto de mi camisa
y un botón

se cae al suelo.

Pero Tippi no se queda callada.

Y explota:
—¿Me *tomáis el pelo*?
¿Os habéis vuelto *locos*? —grita,
y después se enzarza en una discusión con mamá y papá que dura horas.

Yo me limito a escuchar
y a asentir
y a morderme la piel que rodea las uñas
hasta que empieza

a salir sangre.

Al final, mamá se frota las sienes, suelta un suspiro y nos lo dice sin rodeos:

—Los buenos samaritanos han dejado de enviarnos donaciones.

Iré al grano: no podemos permitirnos educaros en casa.
Ya sabéis que papá aún no ha encontrado un empleo decente
y la pensión de la abuela
no llega ni para pagar la factura de la luz.

—Niñas, nos costáis un ojo de la cara —añade papá,
como si todo el dinero que se gastan en nosotras
—en facturas de hospital y en ropa hecha a medida—
pudieran ahorrárselo si nos
portáramos un poco
mejor.

A ver,
Tippi y yo no somos lo que uno consideraría «chicas
normales»,
porque no se ven chicas como nosotras todos los días
o, para qué engañarnos,
ningún día.

Cualquiera con un mínimo de educación
nos llamaría «siamesas»
aunque nos han puesto toda clase de apodos:
bichos raros, encarnación del mal,
monstruos, mutantes,
e incluso una vez nos llamaron demonio de dos cabezas.
Ese mote me hizo llorar muchísimo,
tanto que durante una semana tuve los ojos hinchados.

Pero no podemos negar que somos diferentes.

Estamos unidas, literalmente,
por la cadera;
estamos unidas en carne y hueso.

Y
por ese motivo

nunca
habíamos ido a la escuela.

Llevamos años improvisando pociones químicas
en la mesa de la cocina
y utilizando el jardín para hacer educación física.

Pero está claro
que ya no hay marcha atrás;
vamos *a ir* a la escuela, sí o sí.

Por suerte no iremos a una escuela pública,
como hizo nuestra hermana Dragon,
con niños que apuñalan a profesores
y beben Tipp-Ex para desayunar.

No, no, no.

El ayuntamiento no seguirá sufragando las clases en casa,
pero nos pagará
una plaza
en una escuela privada
—el instituto Hornbeacon—
y Hornbeacon está dispuesto a ofrecernos una plaza
para las dos.

Supongo que deberíamos sentirnos muy afortunadas.
Pero «afortunadas» no es la palabra
que yo habría elegido
para
describirnos.

Todo el mundo

Dragon está tumbada a los pies de la cama doble
que comparto con Tippi;
tiene los dedos llenos de moratones y heridas
y se está pintando las uñas de azul metálico.

—Quién sabe,

a lo mejor os gusta —nos dice.

—No *todo* el mundo es imbécil.

Tippi le roba el esmalte y empieza a pintarme las uñas
de la mano derecha y después las sopla
para secarlas.

—Sí, tienes razón,

no todos son imbéciles —replica

Tippi.

—Pero cuando están con *nosotras*

no se salva nadie. Todos se transforman
en imbéciles de remate.

Un bicho raro, como nosotras

El verdadero nombre de Dragon es Nicola,
pero Tippi y yo la apodamos así
cuando tenía dos años;
era una fiera capaz de escupir fuego por la boca
y se pasaba el día corriendo como una demente por casa,
tropezando cada dos por tres y
mascando lápices de colores y trenes de juguete.

Ahora ya tiene catorce años, es bailarina de ballet
y ya no corre como una demente, ni tropieza;
ahora flota.

Por suerte para ella, es una chica absolutamente normal.

Aunque

a veces me pregunto si tenernos como hermanas
le resulta un incordio,

o si tenernos como hermanas
también la convierte en
un bicho raro.

Ischiopagus Tripus

Aunque los expertos han encontrado varias maneras de clasificar a los gemelos siameses, la verdad es que todas y cada una de las parejas que han existido es única; los detalles de nuestros cuerpos son un secreto, un enigma que solo nosotros podemos desvelar.

Y la gente *siempre* se muere por conocer esos detalles.

Todos quieren saber qué compartimos con pelos y señales, y a veces se lo contamos.

No porque sea asunto suyo, sino para atajar cualquier tipo de habladurías, ya que, al fin y al cabo, lo que más nos molesta es la fascinación que provoca nuestra dolencia.

En fin:

Tippi y yo somos de la variedad *Ischiopagus Tripus*.

Tenemos

Dos cabezas,

dos corazones,

dos pulmones y dos riñones.

También tenemos cuatro brazos

y dos pares de piernas que funcionan

a la perfección ahora que nos han amputado

la pierna vestigial,

como les hacen a los perros que se presentan

a exhibiciones caninas,

solo que a ellos les cortan la cola.

Nuestros intestinos empiezan
por separado
y después se unen.

Y, a partir de ahí, somos solo
una.

Tal vez suene como a cadena perpetua,
pero hemos tenido más suerte que otros
que viven con la cabeza o el corazón unidos,
o con tan solo dos brazos que compartir.

En realidad, no está tan mal.

Siempre hemos vivido así, puesto que ya nacimos así.

Tampoco conocemos otra cosa.

Y, a decir verdad,
somos
felices
juntas.

Viacrucis

—Nos hemos quedado sin leche —dice Grammie,
y vacía lo que queda del cartón de leche
en una taza de café recién hecho.

—Pues ve a comprar —replica Tippi.

Grammie arruga la nariz y le da una palmadita a Tippi.

—Ya sabes que tengo un problemilla en la cadera —responde,
y yo me echo a reír a carcajadas;

Grammie es la
única persona sobre la faz de la Tierra que alardea
de su tarjeta de discapacidad
con nosotras.

Así que al final Tippi y yo nos vemos obligadas a ir a la
tienda de la esquina,

que está a un par de manzanas de casa.

Caminamos arrastrando los pies, como siempre;

nuestros andares son pesados, torpes

y atropellados;

yo rodeo la cintura de Tippi con el brazo izquierdo

y apoyo el derecho sobre una muleta.

Y Tippi hace lo mismo, pero al revés.

Llegamos a la tienda jadeando,

sin aliento y empapadas en sudor.

Ninguna de las dos queremos comprar el maldito cartón de leche.

—A partir de ahora, que se ocupe ella de sus recados

—protesta Tippi,

que se detiene un instante y

se apoya en una barandilla de hierro oxidado.

Pasa una mujer empujando un carrito,

con la boca tan abierta
que parece una cueva sin fondo.
Tippi dibuja una sonrisa y dice: —¡Hola! —y,
se echa a reír entre dientes cuando esa mujer,
cuyo cuerpo está perfectamente formado,
tropieza y a punto está de caerse de bruces.

Picasso

Dragon esparce un montón de piezas de puzle
sobre
la mesa de la cocina.

La fotografía de la caja promete que ese caos
se convertirá en
un cuadro de Picasso

—*La amistad*—

un desorden surrealista de
brazos, piernas,
líneas
y bloques sólidos
amarillos,
marrones y
azules.

—Me gusta Picasso —digo.

—Sabe retratar la esencia de las cosas,
y no solo lo que el ojo humano puede ver.

Tippi resopla.

—Esto va a ser misión imposible.

Dragon se dedica a girar todas las piezas
que estaban boca abajo.

—Cuánto más difícil, mejor —dice ella.

—Si no, no tendría gracia.

Tippi y yo nos dejamos caer a su lado,
sobre *nuestra* silla, una silla inmensa,
y en ese momento

papá

baja de su habitación
arrastrando los pies,

con cara de sueño
y un aliento que echa para atrás.

Nos observa mientras
hurgamos en esa montaña de piezas en busca del marco,
—las esquinas
y los bordes—
y se asoma por encima del hombro de Dragon
y después le alcanza
la pieza de la esquina
superior derecha.

Se sienta sobre la mesa, justo delante de nosotras,
y, sin articular una sola palabra, empieza a juntar todas
las piezas que estábamos buscando
hasta formar uno de los cuatro costados.

—Gran trabajo en equipo, familia —digo,
y le dedico una sonrisa de oreja a oreja a papá.

Me mira y me guiña un ojo.
—Aprendí de los mejores —contesta.
Se levanta de la mesa, se dirige hacia
la nevera y coge una
cerveza.

El lanzamiento

Mamá y papá nos preparan
para nuestro primer día de clase;
parece que estén a punto de
 enviar a dos astronautas
 al espacio.

Tenemos una agenda diaria bastante apretada.

Nos han concertado citas con
el terapeuta, varios médicos y el dentista.
Grammie se ha dedicado a hacernos mechas
y a arreglarnos las uñas
para que estemos perfectas para nuestra
 Primera Gran Aparición Pública.

—¡Será in-cre-í-ble! —asegura mamá,
como si, en realidad, no estuvieran
arrojándonos a los leones
sin una sola arma para defendernos,
y papá esboza
 una sonrisa torcida.

Dragon, que está a punto de empezar el instituto,
pone los ojos en blanco
y esconde las manos bajo los puños de la chaqueta.
—Oh, venga ya, mamá,
no intentes convencernos de que va a ser pan comido.
—Pues si no me gusta, no pienso volver —anuncia Tippi,

a lo que Dragon replica:
—Odio la escuela. ¿Puedo *quedarme* en casa?

Grammie está viendo *Judge Judy*.
—¿Quién puede odiar la escuela? —grazna.

—Niñas, será la mejor época de vuestra vida.
Allí conoceréis el amor, vuestro príncipe azul, creedme.

Papá se da la vuelta,
Dragon se ruboriza,
y mamá se queda muda.
Nadie dice nada porque
todos saben
que el amor
es algo que
está fuera
de nuestro
alcance.

Terapia

—Cuéntame qué está pasando —dice
la doctora Murphy, aunque,
como la mayoría
de veces,
me quedo ahí sentada,
en silencio, durante diez minutos,
preocupada por el interruptor que hay en el sofá de cuero marrón.

Conozco a la doctora Murphy
desde siempre, desde hace dieciséis años y medio,
para ser más exactos,
lo cual es mucho tiempo
como para pensar en cosas nuevas que decir.
Pero todos los médicos insisten en que continuemos
la terapia para preservar nuestra salud mental,
como si ese fuera el mayor de nuestros problemas.

Tippi lleva auriculares y está escuchando música
a todo volumen
para así evitar oír lo que estoy diciendo
y para que
pueda desahogarme y vomitar todo lo que siento,
lo cual quedará registrado en la libreta de la doctora Murphy,
y todo sin herir los sentimientos de mi hermana.
Cuando tenía siete u ocho años,
solía sentarme en el sillón para despotricar a diestro y siniestro,
ya fuese porque Tippi me había robado la muñeca
o me había tirado del pelo
o se había zampado mi mitad de una galleta.

Pero ha pasado el tiempo y no tengo nada que decir
que Tippi no sepa,
así que esas charlas

me parecen una pérdida de dinero,
que tanta falta nos hace,
y de tiempo muy valioso, cincuenta minutos en concreto.

Bostezo.

—¿Y bien? —pregunta
la doctora Murphy,
con la frente arrugada,
como si mis problemas fueran suyos.
La empatía, por supuesto,
forma parte del servicio.

Me encojo de hombros.

—En breve empezaremos el instituto —comento.
—Sí, eso me han contado.
¿Y cómo te sientes al respecto? —pregunta.

—No lo sé.
Alzo la vista y clavo los ojos en la persiana.
Me fijo en una telaraña que está intacta.
El bicho se está dando un buen banquete;
se está zampano una mosca más grande que ella.

Entrelazo las manos sobre el regazo.
—Bueno... —empiezo—,
supongo que tengo miedo de que los compañeros me miren
y se compadezcan de mí.

La doctora Murphy asiente con la cabeza.
No quiere prometerme
que no lo harán
o
que será fantástico
porque no suele mentir. No es su estilo.
En lugar de eso, dice:
—Será muy interesante

saber cómo va todo, Grace.

Desvía la mirada hacia el reloj de cuco
que cuelga de la pared y añade:

—¡Hasta la próxima!

Tippi habla

Pasamos a la consulta de al lado,
donde está el despacho de la doctora Netherhall.
Ahora me toca a mí llevar auriculares
para que Tippi pueda explayarse largo y tendido.

Y creo
que eso
es
exactamente lo que hace.

Habla a toda prisa,
con expresión seria y,
a veces, cuando alza el tono de voz, logro oír

una
o dos
palabras sueltas.
Subo el volumen de la música
para enmudecer la voz de mi hermana
y luego me fijo
en que
cruza un pie sobre el mío,
después lo descruza,
se aparta el pelo de la cara,
tose,
se muerde el labio,
se revuelve en el asiento,
se rasca el antebrazo,
se frota la nariz,
observa el techo,
observa la puerta,
y todo
sin dejar de
hablar

hasta que
al final me da una palmadita en la rodilla
y articula dos palabras:
«ya está».

La revisión

Nos montamos en el coche y mamá nos lleva al especialista del hospital infantil, que está en Rhode Island, para nuestra revisión trimestral.

Allí comprueban que nuestros órganos no estén planeando empezar a

tocarnos las narices.

Y hoy,

como siempre que venimos, el doctor Derrick aparece acompañado de sus alumnos de medicina,

que nos miran embobados,

como si fuésemos un animal en peligro de extinción,

y nos pregunta si nos importa que estén presentes durante la revisión.

Nos importa.

Claro que nos importa.

Pero el estetoscopio y la bata blanca del doctor Derrick no nos permiten mostrar nuestro desacuerdo,

así que nos limitamos a encoger los hombros

y a dejarnos

observar

por más de diez médicos novatos

de labios apretados

y mirada curiosa

que

se inclinan hacia delante

apoyándose

sobre la punta de los pies

en cuanto nos quitamos la camisa.

Nos ponemos como un tomate
y lo único que deseamos
es que esa tortura acabe lo antes posible.

—¿Está todo bien? —pregunta mamá, esperanzada,
cuando volvemos a la consulta del doctor Derrick.
Éste apoya las manos sobre
el escritorio.

—Todo está en orden,
no he notado ningún cambio —dice.

—Pero, como siempre,
deben tomárselo con calma,
sobre todo ahora que van a
empezar el instituto.

¿Está claro?

Y nos señala con un dedo a modo de advertencia.

—Clarísimo —respondemos,
pues no pretendemos
cambiar nada
de nuestra vida.

Gripazo

Dos días después de nuestra visita
al doctor Derrick,
y sin previo aviso,
nos despertamos con un gripazo
que nos deja para el arrastre
y postradas en la cama.

Tengo escalofríos y me tiembla todo el cuerpo.
Me aferro al edredón como si fuese un salvavidas
y engullo dos pastillas de paracetamol
cada cuatro horas
con la esperanza
de que me alivie esos temblores.

Tippi está estirada a mi lado,
temblequeando,
estornudando, tosiendo,
e intentando abrir
la segunda caja de Kleenex.

Las sábanas están empapadas de sudor.
Mamá nos trae bebidas
tan calientes que nos queman la lengua
e intenta hacernos
comer una tostadita.

Pero estamos tan enfermas
que no podemos ni mover la mandíbula.

No puedo dejar de tiritar

No logro zafarme del tembleque constante
y aunque Tippi parece haberse recuperado
no tiene más remedio que quedarse en la cama, conmigo,
mientras trato de
combatir esta dichosa gripe.

Preocupación

Mamá llama al doctor Derrick
y le suelta toda
la lista
de nuestros
síntomas.

No está preocupado,
o al menos, por ahora.
Le recomienda que nos mantenga hidratadas
y en cama durante unos días más.

Le pide que no nos quite ojo de encima.

Como si alguna vez lo hiciera.
Mamá siempre está pendiente de nosotras.

Siempre está preocupada por nosotras.
Y es muy lógico,
sobre todo porque tan solo un puñado de gemelos
siameses ha conseguido
llegar a la edad adulta.

Y ese temor va creciendo
a medida que vamos cumpliendo años.
El tiempo no pasa en vano,
y menos para nosotras.
Cada día que pasa,
la probabilidad
de seguir
existiendo
es más
y más
baja.

Es un hecho,
y
punto.

Me levanto

No quiero.

Me tiemblan las piernas.

Tengo una bola de arena en la garganta.

Y siento que el corazón me late
a mil por hora

y que voy a sufrir un infarto
si intento levantarme de la cama
e ir al cuarto de baño.

—¿Estás segura de que no prefieres tumbarte?

—pregunta Tippi.

Niego con la cabeza.

No puedo condenarla a quedarse en la cama
solo porque
yo esté hecha un trapo.

Sacudo la cabeza

y hago de tripas corazón.

SEPTIEMBRE

Casi

La puerta principal se abre y se cierra
y oímos la voz de papá:
—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Estamos a punto de terminar el puzle
y estamos tan concentradas que no le contestamos.
Ni siquiera levantamos los ojos de las piezas.
Lo único que queremos es conquistar ese Picasso,
esas masas de color.

—¡Os he traído regalitos! —exclama.
Entra en la cocina como un huracán
y tira dos bolsas justo
encima
del puzle.

Todas contenemos la respiración.

Papá hurga entre las bolsas
y saca dos cajas.

Le da una a Tippi
y otra a mí.
Me quedo de piedra.
Teléfonos,
nuevos a estrenar.
Todavía están envueltos en celofán.

—Oh, Dios mío —susurro—.
¿Es en serio?

Papá sonrío.
—Los necesitaréis mañana, para el instituto.
Son de última generación

y están
nuevecitos.
Para mis chicas.

—Creía que no teníamos dinero —protesta
Tippi.

Pero papá la ignora por completo y le da una caja más grande
a Dragon.

—Y esto es para ti —dice.

Dragon echa un vistazo,
parpadea
y saca una zapatilla de ballet
forrada de satén rosa.
Le da la vuelta para mirar la suela.

—Son bonitas —dice.

—Pero son pequeñas.

El ventilador que está en una esquina
de la cocina emite un zumbido constante.
Papá la mira sin pestañear.

—Son pequeñas,
eso es todo —repite Dragon.

Papá suelta un suspiro.

—No puedo acertar en todo, ¿verdad? —dice.

Le arrebató la caja de zapatos a Dragon,
la mete de nuevo en la bolsa,
y la arrastra por toda la mesa
arrojando así hasta la última pieza
del Picasso
al suelo.

La verdad, eso es lo que ocurre

Tippi,
que aún está adormilada,
se bebe una taza entera de café solo y
clava los ojos en los huevos revueltos,
como si pudiera leer su futuro
en aquel amasijo
amarillo y blanco.

No suelo
meterle prisa,
pero no podemos llegar tarde,
y menos en nuestro primer día de instituto,
así que, con disimulo, me aclaro la garganta,
—*ejem, ejem*—
con la esperanza de despertarla
de ese sueño y devolverla a la realidad,
es decir, al plato de huevos revueltos.

Pero consigo justo lo contrario.
Su reacción es como verter
agua helada sobre
una sartén grasienta y caliente.

Tippi aparta el plato de un manotazo.
—Sabes que me merezco
una maldita medalla de oro
por todas las veces que *yo* he tenido
que esperarte todos estos años.

Suspiro.
—Lo siento, Tippi —digo en voz baja.
No puedo mentir y fingir que
me había atragantado y que ese sonido gutural

no significaba nada.

No voy a engañarla.

La verdad:

Eso es lo que ocurre
cuando estás unida
a un cuerpo tan tozudo y cabezota
que ni siquiera se despegó al nacer.

Uniforme

A diferencia del instituto de Dragon,
que permite a su alumnado vestirse como le venga en gana,
Hornbeacon pretende que todos sus estudiantes lleven
uniforme:

una camisa blanca impoluta, una corbata verde a rayas
y una falda a cuadros escoceses
plisada por delante.

La idea
es que todos parezcamos idénticos.
Pero da igual cómo nos vistamos.
Siempre

destacaremos entre la multitud,
y tratar de parecernos al resto es absurdo.

—Aún podemos echarnos atrás —propone Tippi.

—Pero aceptamos venir —contesto,
a lo que Tippi contesta chasqueando la lengua.

—¿Acaso teníamos otra alternativa?
¿En serio crees que quiero *esto*? —pregunta.

Tira del nudo de la corbata
para ajustarla al cuello
aunque no demasiado.

Desdoblo la falda y meto las piernas.
Tippi no está conforme,
pero acaba cediendo y se la pone.

—Me veo feísima —murmura.

Me desenreda el pelo con los dedos,
lo separa en tres mechones bastante gruesos

y empieza a trenzarlo.

—No eres fea.

Te pareces a mí —bromeo y le regalo una sonrisa,
mientras la cojo de la mano
y se la estrecho.

¿Qué es feo?

He estado en tantísimas salas de hospital que he visto con mis propios ojos el horror:

un niño con la mitad de la cara desfigurada, una mujer con la nariz hundida y las orejas colgando

como dos tiras de beicon.

Y a la gente *eso* sí le parece feo.

Sin embargo, yo jamás lo pensaría.

La vida me ha enseñado a no ser tan cruel.

Pero sé a qué se refiere Tippi.

La gente nos ve como a una criatura grotesca, sobre todo de lejos, cuando nos ve como un solo ser, con dos torsos claramente separados que después se unen, de repente, en la cadera.

Pero si alguien nos tomara una fotografía, tan solo de cintura para arriba, y después se la mostrara a cualquier persona, lo único que deduciría sería que somos gemelas.

Yo suelo llevar media melena, aunque Tippi prefiere el pelo un poquito más corto. Las dos tenemos una nariz respingona y unas cejas pobladas y más bien puntiagudas.

Es verdad que somos diferentes.

¿Pero feas?

Vamos.

Dadnos un respiro.

El consejo de Dragon

*No os voy a engañar,
el instituto es, con toda probabilidad, el peor lugar del mundo.
Y hablo muy en serio.
La escuela es horrible,
pero me han contado que el instituto es un infierno.
Los alumnos son malvados y los profesores están amargados.
De veras.
Escuchad,
hagáis lo que hagáis, no os quedéis con el primero
que os haga caso o
se acerque a vosotras
porque seguramente esté más solo que la una.
Eso sería vuestra muerte social.
Y en el comedor, sentaos lo más lejos posible de los
atletas y las animadoras.
Hacedme caso.
Sé que esto va a sonar raro, pero si necesitáis hacer popó,
esperad a llegar a casa.
Los lavabos están para fumar y para maquillarse.
Punto.
¿Os ha quedado claro?
Estoy segura de que os
irá bien.*

Mamá

—Hora de irse —anuncia mamá
mientras zarandea las llaves del coche y
se dirige al recibidor.

Tiene el pelo mojado.
Las gotas se deslizan por cada mechón
y aterrizan en los hombros de su camisa.

Mamá ya nunca se seca el pelo,
ni tampoco se lo alisa.
El único capricho que se permite
es un borrón de carmín en los labios
de vez en cuando.

Antes se cuidaba mucho más.

Solía pasarse un buen rato acicalándose y arreglándose,
hasta que el instituto donde trabajaba papá
empezó a hacer recortes y le despidieron,
entonces mamá tuvo que hacer horas extras en el banco.

No recuerdo la última vez que la vi
hojeando una revista
o sentada viendo algún programa de televisión.

De hecho, no recuerdo a mamá quieta, sin hacer nada,
durante más de un par de minutos.

Ahora, su vida se limita a
trabajar,
trabajar y
trabajar.

Así que, aunque me sudan las manos y tengo un nudo
en el estómago,

y sin tener en cuenta si
Tippi y yo queremos ir al instituto o no,
vamos a ir.

Vamos a ir
y no nos vamos
a quejar.

El instituto Hornbeacon

El edificio es blanco y
la hiedra se ha apoderado de las paredes desconchadas
y de las ventanas, unos agujeros diminutos
llenos de rayaduras y raspones.

Casi todos los alumnos
se empujan y chillan y
disfrutan de ese reencuentro tan ansiado.

Pero yo me dedico
a observar
a los que están solos,
a los que se mantienen al margen de la muchedumbre,
a los que se aferran a su mochila como a un clavo ardiendo,
con la mirada fija en el suelo,

para así poder
imitar su
invisibilidad.

Entre lobos

—No penséis que es una manada de lobos —dice
la directora, la señora James,
y nos presenta a Yasmeen,
una alumna que será nuestra guía,
—y amiga...
durante un tiempo —informa la señora James.

La noticia parece aliviar a papá y mamá,
como si esa chica, que lleva el pelo teñido de rosa fucsia
y cortado al estilo bob
y cuyas muñecas son esqueléticas,
pudiera ahuyentar a una sola mosca.

—¡Santo cielo!
¡Chicas, sois *asombrosas*! —exclama Yasmeen,
sin poner cara de asco,
lo cual, creo,
ya es un buen comienzo.

Y lo que ha dicho
es verdad.

Es asombroso que las dos sobreviviéramos
dentro del útero.

Es asombroso que no muriéramos
al nacer.

Es asombroso que hayamos podido cumplir
los dieciséis años.

Pero no quiero ser asombrosa.
Aquí, no.

Lo que quiero es ser una chica sosa y aburrida,
aunque me muerdo la lengua y no se lo confieso

a Yasmeen.

Sonríó y Tippi dice:

—Gracias.

Seguimos a nuestra diminuta

defensora

de pelo rosa por los pasillos

hasta la clase.

Ojos

Tippi no soporta los payasos.
A Dragon le aterrorizan las cucarachas
y a mamá le asustan las ratas.
Papá finge ser valiente e intrépido,
aunque siempre que viene el cartero pone cara de miedo
y esconde
 las facturas del hospital y las multas de aparcamiento
 bajo montañas de folletos publicitarios y periódicos viejos
en el vestíbulo.

¿Yo?
Yo detesto las miradas.
Miradas,
 miradas,
 miradas,
 en todas partes.

Ah, y la posibilidad de encarnar
la peor pesadilla de otra persona.

Así que cuando Yasmeeen abre la puerta de nuestra clase
y todas las cabezas
se giran
 poco a poco hacia nosotras,
me agarro a la muñeca derecha de Tippi,
como hago siempre
que tengo miedo.

—¡Bienvenidas! ¡Bienvenidas a Hornbeacon! —dice
 la profesora,
que ha hecho todo lo que ha podido por sonar natural.

Yasmeeen gruñe y nos acompaña a unos asientos
que están al fondo del aula.

Nos sigue un ejército de bocas abiertas,
unos treinta pares de ojos que a punto están
de salirse de sus órbitas,
y una nube que apesta a
pánico puro.

En tutoría

La señorita Jones
lee en voz alta las normas del instituto,
distribuye las taquillas
y nos entrega nuestros horarios personalizados.
Yasmeen coge el nuestro
incluso antes de que Tippi y yo
podamos mirarlo.
Pasa un dedo
por
las columnas
y por las filas.
—Estamos juntas en la mayoría de asignaturas.
Genial —dice, y me da una palmada
en la espalda,
como si me conociera
de toda la
vida.

Quizá algo más que amigos

A pesar de ese peinado tan llamativo
y de su constitución menuda,
Yasmeen no es fina y delicada.

Dispara dardos envenenados a todo aquel
que nos dedica miradas sesgadas
y amenaza con romperle los dedos
a quien se atreva a
reírse de nosotras cuando nos ve.

Yasmeen no cuenta con un séquito
como las chicas guapas y populares,
las rubias con un pecho de infarto
y un culo invisible,
pero aun así,
nadie se interpone en su camino.

Y, por lo visto, solo tiene un amigo,
o quizá sean algo más que amigos,
un chico llamado Jon
que se presenta de la forma más campechana
y normal del mundo:
extiende la mano
y nos mira. Primero a Tippi
y después a mí,
como si fuésemos dos personas
de verdad.

Clase de arte

—Dios, qué rabia estar de vuelta —se queja.
Bosteza y empieza a alisar un trozo de barro gris
con un rodillo hasta que queda totalmente
plano.
Tiene los ojos de color avellana y su mirada
transmite serenidad.
Lleva el pelo rapado
como un soldado del ejército.
Sus manos están llenas de minúsculos tatuajes:
son estrellas que parecen titilar cada vez que mueve
los dedos
sobre el barro.

—Al menos así puedes verme cada día —responde
Yasmeen con voz ronca,
y se pone a amasar y a plegar su trozo de barro
hasta crear un jarrón asimétrico.

—Me llamo Tippi. Y ella es Grace —nos presenta Tippi,
hablando por las dos.

Pero
no quiero que
nadie
hable por mí.
Quiero que Jon escuche mi voz,
aunque suene igual que la de mi hermana.

Y quiero que me mire
igual que mira a Tippi:
con tranquilidad
y sin el más mínimo
atisbo de horror.

Nuestra hora libre

En la sala común
todos se amontonan a
nuestro alrededor, como si
fuésemos una presa
y ellos
bestias salvajes y hambrientas,
listas para darse un buen homenaje.

Alargan el cuello,
lo estiran hasta límites inimaginables
para tratar de vernos.

No estamos dando un espectáculo
de cancán, ni bailando una jota
en pelotas.
Tan solo estamos apoyadas
sobre las muletas.

Pero, por lo visto, eso es
más que suficiente.

Nuestra mera presencia los hipnotiza.

Los espectadores son chicas
con una melena brillante y sedosa
y chicos con los cuellos
de la camisa levantados,
con las uñas cortaditas y limpietas;
así, todos juntos, parecen sacados
del catálogo de Abercrombie & Fitch;
van vestidos de punta en blanco y no
advierto ni una sola arruga en la ropa.

Nadie abre la boca cuando

Tippi les dice cómo nos llamamos
y de dónde venimos.
Tan solo nos miran con
los ojos como platos, sin pestañear
como si estuvieran comprobando
que somos de carne y hueso.

Al final, Yasmeen espanta a todos los mirones.
—¡Basta! —grita,
y nos dirige hacia unos asientos de plástico
que hay junto a la salida de incendios.

—Supongo que después de tanto tiempo
esas miradas descaradas ya no os molestan —dice Jon.

—¿Acaso no te molestarían *a ti*? —replica Tippi.
Trago saliva.

Yasmeen resopla.

Jon se queda pensativo durante unos instantes.
—No —contesta—. De hecho,
me sacarían
de quicio.

Francés

No escucho la explicación de Madame Bayard
sobre cómo piensa calcular las notas a lo largo del semestre.

También hago caso omiso de las indicaciones
sobre cómo elaborar nuestra propia *chocolatine*,
pues no es más que una charla para romper el hielo.

Y ni siquiera me tomo la molestia de copiar
los deberes

porque

Jon está a mi derecha,
pues Tippi siempre está a
mi izquierda,

y no deja de abrumarme a preguntas,
como si estuviéramos en una entrevista de televisión,
sentados en esos sillones gigantescos,
y no en un juicio;

así es como me siento siempre que
la gente muestra interés o curiosidad por mí.

—¿Y tenéis dos pasaportes? —pregunta.

—Sí —contesto—. Aunque
no los utilizamos.

—¿Y nunca te entran ganas de
estrangular a tu hermana?

—Normalmente no.

—¿Y por qué empezar clases ahora?

¿Y por qué aquí?

—No hemos tenido elección.

—Ah, sí. Te entiendo, Grace.

Sé a lo que te refieres.

Mordisquea el lápiz

y empieza a tamborilear los dedos
sobre el escritorio.

—No habéis tenido elección...

Lo comprendo.

De no estar aquí,
estaría montado en un tren
a ninguna parte.

El comedor

Nada más entrar en el comedor,
Yasmeen y Jon
se ponen a bailar a nuestro alrededor,
 uno delante
y otro detrás
para que la gente
 no nos
 vea.

Mamá, papá, Dragon y Grammie
llevan haciendo ese paripé varios años;
nos esconden
de la mejor forma que saben
de las cámaras
y los flashes,
porque no hay nada peor
que oír ese inconfundible
clic-clic-clic
y saber que, en cuestión de segundos,
serás el mono de feria
de la red social de otra persona.

Pedimos pizza que sabe a cartón prensado
y un Sprite con dos pajitas
y nos sentamos
 en la mesa de la esquina,
 junto con Yasmeen y Jon,
que no dejan de parlotear
y de jugar a espadas con sus cubiertos.
No tocamos el tema de nuestra particularidad,
 ni tampoco nos preguntan sobre la logística de ir al baño,
(ese era el interrogatorio que en realidad esperaba)
sino que charlamos sobre películas

y música
y libros
y cerveza
y el curso que acaba de empezar
y las islas griegas
y las barreras de coral
y sobre nuestros cereales favoritos
y Satán.

Mantenemos una conversación amena
y, cuando suena el timbre,
no puedo evitar preguntarme:
¿Habremos
hecho
dos amigos?

¿Dónde?

Tenemos primos
que nos toleran
y una hermana que, a veces,
pasa tiempo con nosotras.

¿Pero amigos?

¿Dónde íbamos a encontrarlos?

Tocarnos

Tippi y yo estamos delante de las taquillas,
poniendo en orden los libros,
cuando una chica un pelín regordeta
se detiene a nuestro lado,
con los ojos clavados en el suelo.

—¿Te estamos cortando el paso? —pregunta Tippi.

La muchacha palidece.

—No. Mi taquilla está junto a la vuestra.

Pero no tengo prisa —murmura.

—Espera, te hacemos sitio —propone Tippi,
y se balancea, echándome a mí todo el peso.

La chica sacude la cabeza,
y recula unos centímetros.

Oh.

Le asusta acercarse.

Le da miedo meter la mano
en la taquilla para coger un libro
y tocarnos
sin querer.

La invitación

—Chicas, ¿os apetece ir al aula de estudio? —pregunta Yasmineen.

Las dos nos encogemos de hombros.
Ni siquiera sabemos qué es el aula de estudio.

—Genial —continúa Yasmineen—. Pues nos saltamos esa hora y vamos a la iglesia.

—¿A la iglesia? —dice Tippi—.
Creo que pasamos del plan.
No nos va mucho, la verdad.

Jon sonrío de oreja a oreja.
—Probadlo. ¿Quién sabe?
A lo mejor hasta os convertís.

Bautizo

Cuando teníamos cuatro meses
mamá nos llevó al vicario. Se quedó
de piedra al vernos, y luego
empezó a tartamudear:

—Yo...

eh...

tendré que...

que consultarlo con mis superiores porque...

porque no sé si puedo bautizarlas

por separado.

Mamá no ha vuelto a poner un pie
en una iglesia desde entonces.

Y nosotras tampoco.

Hasta hoy.

La iglesia es una ruina hermosa

No es más que un montón de piedras tiradas de cualquier manera,
como si fuesen piezas de juguete,
con una gigantesca campana abandonada
que cuelga de lo que alguna vez
fue una torre.

Para llegar hasta aquí nos hemos escabullido
por detrás de los laboratorios de ciencias,
hemos recorrido caminos tortuosos e intransitables
y hemos atravesado un bosque
de mosquitos y zarzas.

La Iglesia está situada junto
a un estanque cubierto de nenúfares;
es un paisaje místico, la clase de lugar que
frecuentarían hadas y seres fantásticos
o asesinos en serie,
aunque Yasmeen asegura:
—No os preocupéis,
no moriremos asesinados o descuartizados.
Llevamos años viniendo aquí
y nunca hemos visto a nadie. Somos
los únicos que conocemos este rinconcito del mundo.

—Encenderemos un cigarrillo
y así es como moriremos —dice Jon,
y
da una calada larga y profunda,
con expresión de gozo y placer,
como si estuviera absorbiendo oro puro.

Y, en cuestión de segundos, los dos están
fumando como carreteros,

como un par de fumadores profesionales.

Yasmeen expulsa una bocanada de humo inmensa
y me pasa el cigarrillo.

Niego con la cabeza y, antes de que pueda
protestar u objetar, Tippi ya tiene esa
barrita rellena de cáncer entre los dedos
y está inhalando
tabaco y alquitrán.

De repente, se atraganta
y se pone a toser
de tal forma que por un momento
creo que va a vomitar.

Yasmeen se echa a reír.

Jon se rasca la cabeza.

Le doy unas palmaditas
en la espalda
aunque lo que realmente deseo
es estrangularla.

Café y cigarrillos

Soy una amante del té de menta.
Tippi, en cambio, prefiere el café solo,
y cuanto más negro y más fuerte, mejor.
Suele tomarse unas cinco tazas de café al día y,
aunque a mí ni me va ni me viene,
lo cierto es que no es inmune a la cafeína.
Últimamente está nerviosa y acelerada,
está como una moto,
igual que yo.

Todo empezó con un café con leche
que le ayudara a espabilarse por las mañanas.
Después fue otro café después de comer
y otro para merendar y,
antes de que se diera cuenta,
ya estaba enganchada a la cafeína.

Así que,
aunque solo haya sido
un cigarrillo
y
un cigarrillo
nunca ha matado a nadie,

conozco muy bien a mi hermana.

Tal vez

—¿Cómo os ha ido el día? —nos pregunta
la señora James durante
nuestra reunión
en su despacho.

—¿Creéis que podéis ser felices aquí,
en Hornbeacon?

—¿Felices? —recalca Tippi,
y ladea
la cabeza,
como si fuese la primera vez que oye esa palabra
y estuviese pidiéndole
una definición más detallada.

—Felices —repite
la señora James
y apoya las palmas de las manos
sobre el escritorio—. ¿Os ha gustado
el instituto? ¿Os apetece quedaros?

Tippi me mira de reojo
y yo esbozo una sonrisa.

—Tal vez —dice, y luego
vuelve a decir—:

Tal vez.

La espera

Mucho después de que
todos los alumnos, sin excepción,
se hayan marchado a casa,
y mucho después de que Yasmeen se haya despedido
y nos haya prometido reunirnos
en la sala común
a primera hora de la mañana,
seguimos esperando.

A las cuatro y media en punto
aparece el coche de papá

derrapando al tomar la última curva
y aparca dando un frenazo ensordecedor.

Salimos de nuestra madriguera,
una arboleda abandonada donde solo
crecen malas hierbas,
pero papá no está frente al volante.

Gracias a Dios.

Está despatarrado en el asiento del copiloto,
con la cara más morada que una remolacha.
Grammie es quien conduce.

—Está borracho, ¿verdad? —pregunta
Tippi, y nos deslizamos en el asiento trasero.

—¡Como una cuba! —responde Grammie.

Araña a papá

con sus uñas postizas de velociraptor
y pone en marcha el limpiaparabrisas,
aunque no está lloviendo.

—No ha conseguido el empleo

de la entrevista que hizo
ayer —añade,
como si eso lo explicara todo,
como si papá se mereciera nuestra compasión,
como si últimamente hubiese necesitado una excusa
para emborracharse.

Tippi y yo estamos inquietas,
ansiosas por contarle a alguien
cómo ha sido nuestro primer día de instituto;
no ha sido un día redondo,
pero al menos nadie nos ha llamado engendros del diablo
ni nos ha preguntado cuántas vaginas tenemos.
Pero decidimos no abrir la boca.
Nos quedamos calladas en el asiento trasero
porque si papá se despierta
tendremos que escuchar
una sarta de tonterías.

Y a nadie,

a nadie,

le apetece oír
chorradas.

Otros motivos

Grammie mete a papá en la cama,
enciende la televisión,
y se pone cómoda en el sillón
para disfrutar de una eterna sesión de
programas pregrabados.

Dragon está en su habitación,
con sus leotardos y zapatillas de ballet,
frente al espejo de cuerpo entero.
Sus movimientos son gráciles
y elegantes, como los de un cisne.

—Siempre está pedo perdido —dice,
y deja de practicar el ejercicio
para beber un poco de agua.

Es verdad.

Siempre está bolinga.

Pero qué podemos hacer,
salvo tratar de parecer perfectas
con la esperanza de que eso le haga feliz
y le mantenga sobrio,
lo cual, por cierto, nunca funciona.

—Bueno... —dice Dragon—,
¿cómo ha ido?

—Genial —respondo,
al fin.

Tippi y yo nos dejamos caer sobre la cama de Dragon,
aunque en realidad deberíamos
empezar a preparar la cena.

—Nos quedaremos en Hornbeacon —añade Tippi,
y yo asiento con la cabeza.

Jon se cuela
 en mi mente,
con sus ojos color avellana
y sus manos repletas
de estrellas.

Destierro esa imagen de mi cabeza,
la imagen de un chico que acabo de conocer,
de un chico que apenas conozco,
porque no quiero
que él sea el motivo por el que me gusta Hornbeacon.

Necesito otros motivos.
Necesito otros motivos
o la nostalgia
acabará volviéndome loca.

Nadie lo menciona

Comemos patatas hervidas para cenar,
con la piel crujiente y el interior suave y esponjoso,
y las embadurnamos de mantequilla, queso rallado y atún.

Mamá nos pregunta sobre el instituto,
pero no muestra el interés que creíamos,
o esperábamos.

Come casi a cámara lenta mientras
observa con detenimiento las burbujitas que
escalán por el cristal del vaso de agua con gas.
Papá, por su lado, sigue en la cama,
tumbado sobre esas sábanas blancas,
durmiendo la mona y apestando a whisky.

Nadie menciona la patata solitaria
que se ha quedado fría en el horno.

Nadie menciona el hedor a vómito
que se arrastra por el pasillo.

Charlamos en voz baja,
con la boca llena,
y con la esperanza de que mañana
todo será distinto.

Egoísta

—Tenemos que hablar de lo ocurrido en la Iglesia —digo
cuando Tippi y yo
 nos tumbamos
 en la cama.

—Estás enfadada por lo del cigarrillo.
Por el amor de Dios, Grace.
Suspira
y, por un momento,
me siento
mucho más
pequeña e inocente que ella.

—Creo que deberíamos haberlo discutido antes —digo,
y no tengo que recordarle
que
 esta chapuza de cuerpo
 nunca se va a separar
 y que si ella muere,
 muero yo con ella.

—Lo siento —murmura—. Entonces,
 ¿puedo fumar?

Miro hacia otro lado
y, como puedo,
 me hago un ovillo
y le doy la espalda.

En realidad, no es una pregunta;
cuando Tippi quiere algo,
 se toma la justicia por su mano
y
 hace lo que le viene en gana,

sin pensar que su cuerpo también es el mío.

Sé que esa actitud debería
enfadarme,
pero
todo lo que siento es
envidia
porque me encantaría
ser más egoísta
en ciertas ocasiones.

Desnudas

Me lavo el pelo y
aplico un poco de acondicionador en las puntas secas
y dejo que haga efecto unos minutos;
Tippi, mientras tanto, se frota el cuerpo con una esponja
que huele
a lavanda silvestre.
Me aparto de ese aroma tan fuerte
para evitar que me caiga espuma en los brazos o en la cara
y después
me coloco bajo el chorro de agua
y utilizo una pastilla de jabón de almendra
para lavarme el cuerpo.

—¿No se os hace raro veros desnudas? —preguntó
nuestra prima Helen, que tiene doce años, mientras
nos zampábamos el pavo de Acción de Gracias.
Grammie casi se atraganta con una patata asada
al oír la pregunta.

Tippi y yo encogimos los hombros,
y meneamos la cabeza.
Todos estaban esperando escuchar una respuesta
aunque trataban de fingir lo contrario.
Fue Tippi quien contestó:
—Cuando compartes la vida
con tu hermana,
verle las tetas
no es para tanto, la verdad.

La caída

Nos preparamos a toda prisa;
 nos cepillamos los dientes,
 yo con la mano derecha
y Tippi con su izquierda,
y con el brazo que nos queda libre, nos rodeamos la cintura,
como si fuese un anzuelo.

Y, de pronto, el espejo
desaparece,
y Tippi con él.

Cuando me despierto

Estoy tumbada en el suelo del cuarto de baño y,
a lo lejos, oigo unos gritos.
Tippi me zarandea para devolverme a la realidad.

Suelta un suspiro de alivio
cuando parpadeo
y me estrecha entre sus brazos.
—Estoy bien —baluceo
mientras
unos pasos torpes y apresurados
aporrean el suelo de madera
del pasillo.

Dragon se planta frente a la puerta del baño,
con una brocha de colorete en la mano,
y empieza a gritar como una histérica.
—¿Qué diablos ha pasado?

—Me he resbalado —susurro.

—¿En serio? —pregunta Dragon,
con las manos apoyadas en las caderas,
igual que hace mamá.

—Sí —miento—. Me he resbalado —repito;
me apoyo en el lavabo, cojo impulso
y Tippi y yo nos levantamos de ese suelo frío
y de color beige.

Dragon nos mira con el ceño fruncido.

—Sí, se ha resbalado —dice Tippi.

Buscando a Dragon

Dragon se echa unas gotitas de su perfume,
que huele a chucherías,
y ha empezado a pintarse los labios.

—Tienes novio, ¿verdad? —pregunto,
en broma,

pero también con curiosidad
y con esperanza.

—Más o menos —responde ella.

Tippi deja de extender queso de untar sobre un bagel
y le lanza una mirada
muy seria.

—Tranquila. Si no quieres que nos conozca,
no nos ofenderemos.

Dragon se está poniendo un pañuelo de seda
alrededor del cuello.

Hace una pausa.

—No es lo que creéis.

Tippi resopla.

—No pasa nada, en serio.

Lo entendemos.

Sabemos lo que somos.

Todos los músculos de la cara de Dragon se contraen,
se tensan.

—Sí, y también sé quiénes sois.

Pero, ¿quién soy yo además de vuestra hermana?

¿Podéis responder esa pregunta?

Se enrosca la bufanda

y se cruza de brazos, esperando

una respuesta.

La observamos.

—Ya veo que no —añade,
y se marcha hecha una furia,
dando un portazo que
hace temblar las paredes.

La realidad

En la taquilla de Tippi hay una nota:

*¿¿¿Por qué no
volvéis al zoológico???*

Yasmeen arranca el papel de un tirón,
lo estruja,
hace una bola con él
y lo arroja
al suelo del pasillo.
—¡Imbéciles! —grita—. ¡Los únicos animales
que hay aquí sois *vosotros*!

Los alumnos que merodean por el pasillo
se apoyan en las taquillas, con los libros pegados al pecho.
Nos miran
con los ojos como platos y
la boca abierta,
mientras se estrujan los sesos tratando de dar
con una excusa que justifique esas miradas
de descaro y aversión.

Ya sabía que habría sido demasiado pedir
que todo el mundo nos aceptara
o nos dejara
en paz.

Lo de ayer fue casualidad, fue mera suerte.
La cruda realidad ha llegado hoy.

Yasmeen dice:
—Os tienen miedo,
igual que a mí.
Somos diferentes al resto,
y eso es malo.

Tippi frena en seco y entorna los ojos.

—¿Y por qué te tienen miedo *a ti*?

—le pregunta a Yasmeen, y en su voz
se percibe cierta irritación.

Yasmeen se vuelve.

—Tengo el virus VIH—contesta, sin rodeos.

Se retira unos mechones de pelo fino y rosa
y los coloca detrás de unas orejas

agujereadas y cargadas de pendientes.

—Apesto a muerte,

a baja esperanza de vida. Igual que vosotras,
supongo.

—Sí —decimos al unísono

y nos vamos a clase de Geometría para así resolver
problemas mucho menos complicados
que los nuestros.

En Geometría

—Pero, ¿cómo lo saben? —pregunta

Tippi a

Yasmeen.

En teoría, deberíamos estar corrigiendo
los ejercicios de nuestro compañero
y debatiendo sobre las ecuaciones
que no hemos sabido resolver
correctamente.

El señor Barnes, el profesor,
ni siquiera está en el aula.

Se ha marchado
después de darnos indicaciones y aún no ha vuelto.

—Se lo conté *yo*.

No pensé que les afectaría tanto —explica Yasmeen—. Creía
que reaccionarían igual que si tuviera cáncer.

Pero con el VIH,
la gente te mira
como si tú tuvieras la culpa de haberte contagiado.

En fin,
me niego a justificarme y
a explicar cómo
pillé el virus.

—A la mierda el virus
y a la mierda
todos ellos.

¿Cómo?

Yasmeen aún no nos ha
sometido al típico interrogatorio
que suele hacernos la gente
minutos después de conocernos:

—¿Y no os pudieron separar?

o

—¿No os gustaría *intentarlo*?

En realidad, lo que todos quieren dejar claro
es que
estarían dispuestos
a cualquier cosa
antes que vivir así, como nosotras,
y que tratarían de encontrar el modo de parecer
normales
a pesar de los riesgos
que eso comportara.

Así que, aunque me muero de ganas de preguntarle
a Yasmeen *cómo, cómo, cómo*
diablos
acabó con VIH,
no seré yo quien lo haga.

Los restos

—Cabrones —murmura Jon
cuando se entera
de que nos han dejado
una nota en la taquilla.

Tippi se rasca las axilas
y empieza a chillar
uu-uu-uuu,
como si fuese un mono.
Todos nos echamos a reír
y, de repente, la mezquindad del mensaje
se esfuma
un poquito.

Deberíamos estar en la sala de estudio,
pero estamos en la Iglesia,
picoteando unos pistachos salados
y compartiendo una botella de sidra.

Le lanzo una mirada asesina a Tippi
cuando toma un buen sorbo
directamente de la botella
y me cruzo de brazos
para mostrar mi desacuerdo.

El aroma de esa bebida
me recuerda a papá cuando pierde el equilibrio,
y los nervios, y los malos modales,
y decido no tomar parte en ello.

Pero entonces Jon da un sorbo
y me pasa la botella.

No puedo resistirme.

Acerco los labios a la boca de la botella
y saboreo los restos de Jon;
pues es lo más cerca que jamás estaré de un beso.
Y sigo dando sorbos
hasta que mi cabeza empieza a balancearse
como las olas del océano.
Los demás están fumando y expulsan el humo
formando anillos en el aire.

Después nos dedicamos a imitar a animales;
maullamos, arrullamos y gritamos *uu-uu-uuu*,
convirtiendo así la Iglesia
en nuestro zoológico privado.

—En serio, esa nota era estúpida —dice Jon.
Me quita la botella de las manos
y se bebe todo lo que queda de un trago.

Encojo los hombros y trato de
aparentar serenidad.

—Es mejor el odio que la compasión —digo,
y me pongo a jugar con varios
mechones de pelo.
Deseo que Jon
siga mirándome
así, sin pena,
sin lástima.

No es justo

Dragon deja la bolsa de ballet en el vestíbulo
y se deja caer en el sofá.

—No sabía que también hacías ballet los martes —digo,
y cierro el libro que estaba leyendo.

Tippi aparta la vista del televisor y baja el volumen.

—Doy clases a las niñas que acaban de empezar
a cambio de las mías —explica Dragon—. ¿No
os lo había dicho?

—No —respondemos Tippi y yo al unísono—. No
lo sabíamos.

Contemplamos esa pantalla muda;
las bocas de los personajes
se abren y se cierran,
pero no oímos sus deseos, sus anhelos.

Mamá entra en el salón.

—Hay raviolis hechos, Dragon —dice.

—¿Sabías que Dragon ha empezado a trabajar? —pregunta Tippi.

Mamá asiente con la cabeza.

—Todo el mundo aporta su granito de arena.

No hay nada de malo en ello, ¿verdad?

—¿Y qué hay de nosotras? ¿Deberíamos ponernos a buscar trabajo? —pregunta Tippi.

—No es lo mismo —replica mamá—. Y no convertáis
esta conversación en una discusión sobre la igualdad.

Coge el mando a distancia y, de repente, las carcajadas
del televisor retumban en el salón.

Pero mamá no lo entiende:

Tippi no está enfadada porque no trabajemos;
está molesta porque nuestra hermana pequeña
tenga que hacerlo.

El vestuario

Estamos en el vestuario. Allí dentro siempre hace un calor bochornoso. Tenemos un rato libre y aprovechamos para cambiarnos para educación física, así no tenemos que desnudarnos delante de las demás chicas.

No participamos en clase como el resto de alumnos; hacemos el calentamiento con ellos y también los estiramientos.

Pero nos quedamos en el banquillo en cuanto empiezan a jugar a fútbol.

Yasmeen finge estar escribiendo un mensaje y no levanta la vista del móvil mientras nos desabotonamos la camisa.

Estamos sentadas, en sujetador, y alguien, de forma inesperada, empuja la puerta y la abre. Entonces aparece la chica más guapa del instituto, Veronica Lou, y entra dando saltos como un labrador loco de contento; su melena, negro azabache y brillante, se balancea sobre su espalda. Se asoma, nos ve, se detiene y sujeta la mochila como si fuese un escudo protector. —Creía que había sonado el timbre —dice.

Yasmeen chasquea la lengua.

—La clase siguiente empieza en cinco minutos, Ronnie —dice.

Veronica asiente, se vuelve

con aires de suficiencia,

y sale disparada del vestuario

como si acabara de ver un monstruo.

Postre

Grammie llega tarde,
así que decidimos ir a por un helado.
Jon y Yasmeen nos pisan los talones.

Esto no es como Nueva York,
ni siquiera es como Hoboken,
donde la gente está acostumbrada a ver
todo tipo de personajes estrafalarios por la calle:
un tipo montado en bici
y vestido como Batman,
la bailarina de danza del vientre obesa
que suele estar en la esquina de Park con la Sexta,
y nosotras,
dos gemelas
pegadas
que caminan renqueantes,
apoyadas en un par de muletas
y abrazadas por la cintura.

En Montclair somos la novedad,
y menuda novedad.

Pero aun así,
tratamos de no perder la concentración.
Apoyamos las manos sobre el cristal gélido
y repasamos
ese arcoíris de helados.

Yo lo quiero de yogur de vainilla.
Tippi elige un sabor más exótico:
coco con virutas de chocolate.

Tippi y yo compartimos muchas cosas,
de hecho, siempre compartimos la cena,

pero casi nunca,
por no decir nunca,
un postre.

Lo peor

Saboreo la última cucharada de helado de yogur
y, de pronto, oigo que alguien dice:
—Ser la hermana siamesa de alguien debe de ser
Lo. Peor.
Que. Te. Puede.
Pasar. En. La.
Vida.

Pero nadie se ríe
porque no es una broma.
Es un comentario que pretende ser
triste y muy, muy sincero.

Sin embargo,
a mí se me ocurren
 más de cien cosas
peores que
vivir unida a Tippi,
que tener este cuerpo
y que ser quien
siempre he sido.

Se me ocurren mil cosas peores.

Un millón.

Lástima que nadie pregunte.

Tragedia

Odiaría tener cáncer.

Detestaría tener que conectarme
a una máquina cada semana
para que así pudieran inyectarme veneno puro
con la esperanza de que me salvara la vida.

El tío Calvin falleció de una cardiopatía a los
treinta y nueve años,
dejando atrás tres hijos y una esposa embarazada.

La hermana de Grammie se ahogó en un barril
de melocotones podridos y agua estancada
cuando no era más que una niña
y vivía en una granja.

Y cada día, en las noticias, oigo historias sobre
abuso infantil y hambruna y genocidio y sequía
y nunca, ni una sola vez, he pensado
que cambiaría
mi vida por la de cualquiera de esas personas,
pues todas están teñidas de tragedia.

Porque tener una hermana gemela

Como Tippi

no es

Lo. Peor.

Que. Te. Puede.

Pasar. En. La.

Vida.

Otra vez

Papá regresa de otra entrevista laboral
pero no dice nada.

Se sienta al lado de Grammie para mirar
Ley y orden
con una lata de cerveza caliente en la mano.

Después de tres latas, se marcha del salón
hecho un basilisco y no volvemos a verlo en varias horas,
hasta que tiene las mejillas sonrojadas
y tropieza con sus propios pies.

—Que alguien me prepare un bocadillo —ordena
con voz autoritaria,
y se apoya sobre la mesa de la cocina.

Dragon se levanta de un brinco,
deja los deberes a medias
y se dispone a obedecerle.

—¿De jamón? —pregunta.

Papá la ignora y se apoltrona en el sofá.

Se queda frito
antes de que le haya untado el pan con mantequilla.

Para mí

La doctora Murphy quiere saber qué tal nos va en el
instituto,
así que le cuento las novedades de la última semana.
Le hablo de las chicas más guapas
y populares de la clase,
de los profesores más vagos,
y del pelo rosa de Yasmeen.

Pero no menciono a Jon.

Prefiero guardármelo solo para mí.

Sangre

Tippi y yo estamos enseñando a Grammie a etiquetarse a sí misma en las fotografías que cuelga en las redes sociales cuando, sin previo aviso, empiezo a sangrar.

Nos arrastramos hasta el cuarto de baño y sonrío al ver esa mancha de color rojo óxido; es lo que hago siempre que pasa, siempre que se demuestra que soy una chica de carne y hueso.

Dragon está en su habitación, practicando el *spagat*.

—¿Tienes alguna compresa? —pregunta Tippi.

Dragon se levanta con la elegancia de una bailarina y saca un paquete entero de compresas de su armario. —Quedaos el paquete entero —dice, y nos lo lanza.

Tippi, la menos torpe de las dos, coge el paquete.

—¿No necesitas compresas?

—Creo que no —admite Dragon.

Echo un fugaz vistazo al vientre de Dragon, la zona que, de estar embarazada, la delataría enseguida, pero no advierto nada distinto.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Dragon se retira el pelo de la cara.

—Vosotras tampoco sois muy regulares.
Supongo que es cosa de familia.

Pero intuyo que
ese
tampoco es el problema.

Qué es posible

—El embarazo sí es posible —aseguró el doctor Derrick
hace tres años,

cuando nos vino la menstruación.

—Pero no interrumpir el embarazo
y dejar que el bebé crezca y se desarrolle
en un vientre conjunto
acabaría con la vida
de la madre
o
del bebé.

Esa fue su opinión profesional.

Pero también fue él
quien le dijo a mamá
que no lograría celebrar el segundo cumpleaños de sus hijas.

Y, sin embargo,
aquí seguimos.

Sexy

—Me gusta cómo pronuncias la palabra «ardilla» —dice Jon, entre risas.

—¿Y cómo la pronuncio? —pregunto.

Estamos en la sala común,
junto a un ventanal abierto de par en par.
Tippi y Yasmeen están entretenidas
mirando vídeos de Youtube de los peores insultos
de Simon Cowell
y, sin lugar a dudas,
están aprendiéndoselos de memoria.

Jon arranca la pajita de plástico del zumo de naranja
y hace ver que es un cigarrillo,
expulsando humo imaginario
por la ventana.

—No sé.

La pronuncias como si tuviera tres sílabas.

«Ar-di-lla» —dice.

—Es que *tiene* tres sílabas —recalco—.

Ar-di-lla.

Ar-di-lla.

Sí, son tres sílabas.

—No.

Solo tiene una.

Es una palabra larga, sensual,
que se alimenta de nueces.

Ardilla.

La palabra sale de su boca como un suspiro.

Arrrrrrrdilla.

Y esta vez soy yo

quien se echa a reír a carcajadas.

—Reconozco que tiene mérito

conseguir que esa palabra

suene tan sexy.

Me has dejado impresionada.

Vuelve a aspirar de la pajita de plástico.

—No es muy difícil.

Te voy a confesar un secreto: si al hablar usas toda la boca,

es decir, la lengua y los dientes y los labios,

la mayoría de palabras *son* sexis.

Sobre todo la palabra *sexy*.

Sex-y —repite,

de forma lenta y pausada.

Y, al cabo de unos segundos, dice de nuevo:

—Sex-y.

Pruébalo.

Utiliza toda la boca.

No se ríe.

Me observa con detenimiento.

—Sex-y —susurro.

—Sex-y —murmura él—. Sí.

Autoescuela

La profesora de la autoescuela no deja de tartamudear mientras nos explica el funcionamiento de los coches, para qué sirve cada pedal y dónde están los distintos indicadores, pero cuando estoy a punto de girar la llave para poner el coche en marcha, me agarra de la muñeca.
—Yo... no... no... no sé si funcionará.
¿Cómo es posible que os podáis coordinar... y no haceros un lío con los pedales y no cho-cho-chocar?
No lo entiendo.

Y ese es el gran problema.

La gente no comprende que estamos sincronizadas, que entre nosotras existe una conexión silenciosa, pero una conexión al fin y al cabo.

—Todo el mundo sabe que el noventa por ciento de la comunicación es no-verbal —explica Tippi y, mientras la profesora medita sobre eso, aprovecho para encender el motor.

Viaje en tren

Estamos hartas de que cada día tengan que llevarnos
de casa al instituto y del instituto a casa,
así que hemos decidido coger el tren
con Jon
y fingir que no oímos todos los comentarios
punzantes e hirientes que nos lanzan.

—Me apuesto toda la calderilla que llevo en el bolsillo
a que ni siquiera los famosos tienen que enfrentarse a esto —dice
Jon—. No quiero imaginarme cómo debe ser.

—Es justo *así* —contesta Tippi
y señala a
una mujer que está en la otra punta del vagón,
apuntándonos con el móvil como si fuese un francotirador.

—¿Queréis que le diga algo? —se ofrece él.

—No —respondo enseguida,
porque
no quiero montar una escena
y
me niego a que
Jon nos salve de la situación.

La llamada

—Esta vez me han dado el empleo —anuncia papá—. Por fin lo he conseguido.

Ha traído pizza para cenar
y una bolsa repleta de
refrescos
y por una vez,
cenamos juntos,
como una familia de verdad.
Nos contamos cómo
nos ha ido el día
pero el protagonista es, sin duda, papá,
que no deja de repetir una y otra vez que el director
del Foley College
se «enamorado de él a primera vista»
y «prácticamente» le ofreció el trabajo
de inmediato.

Mamá recoge la mesa.

Suena el teléfono móvil de papá.

—Sí. Sí. De acuerdo.

Lo entiendo.

Gracias.

Sí. De acuerdo. Sí.

Papá se queda mirando la pantalla unos instantes
y luego arroja el aparato contra la pared.

Se rompe en mil pedazos
y una lluvia de plástico negro y cristal
empieza a caer sobre la encimera de la cocina.

—Seguro que pronto te llaman de otro trabajo, hijo —trata de consolarle Grammie,

a lo que papá contesta:

—No seas condescendiente conmigo, mamá.

Y durante los tres días siguientes

no vuelve a abrir la boca.

Hitchcock

Tres cuervos aterrizan en el jardín
y empiezan a picotear nuestro metro cuadrado de césped.
Se les une una urraca
que nos mira con el ceño fruncido.
Tippi señala al cuarteto de pájaros.
—No es bueno —dice.
Tippi no es supersticiosa,
pero es una gran admiradora de Alfred Hitchcock
y no soporta los pájaros, y mucho menos una bandada.
Le picó el gusanillo gracias a mamá y papá,
 que empezaron a salir
la misma semana que se estrenó un monográfico de Hitchcock
 en el Film Forum
de Nueva York.
Se acurrucaban
en la última fila,
en asientos de terciopelo rojo.
No faltaron a su cita en dos semanas y,
al final, se convirtieron en expertos en Hitchcock.
Y se enamoraron, claro.
Así que cuando se enteraron de que tendrían gemelas
no se estrujaron los sesos
pensando en nombres.
Nos llamamos como dos de las mayores estrellas de Hitchcock,
Tippi Hedren y Grace Kelly,
dos mujeres tan hermosas que, a veces,
parece una broma pesada,
 y de mal gusto.
En cualquier caso, a Tippi le encanta Hitchcock
y ha visto todas sus películas.
Así que mientras tomo notas sobre los poemas de Whitman
que nos han mandado que leamos en casa,

Tippi mira *Psicosis* y articula los diálogos de Vera Miles.
Me ha pedido que no me preocupe por ella, ni
por el trabajo de Whitman,
pues pretende recurrir a la página de SparkNotes
y sabe que con eso tendrá más que suficiente.

Preparativos para un apocalipsis

Un huracán amenaza
con arrasar la Costa Este,
así que el instituto nos envía a casa un pelín antes.

El pronóstico no es muy optimista
y los meteorólogos advierten que la tormenta
traerá inundaciones y cortes eléctricos,
así que preparamos el
apartamento del sótano
para el apocalipsis que se avecina.

Papá recoge todos los trastos del patio,
los amontona en el recibidor.
Mamá apila bolsas de arena
junto a las puertas del jardín
y Grammie ha enviado a Dragon a comprar
frutas en conserva y papel higiénico,
y luego nos hace
llenar la bañera de agua y todos los botes que tenemos,
por si acaso.

Tal vez debería estar preocupada,
pero no lo estoy. Estoy decepcionada
porque el tiempo nos está impidiendo
acudir a la Iglesia, junto con Yasmeeen y Jon.
Allí me siento
libre para respirar.

—¿Podemos ir al puerto? —pregunta
Dragon.
—No
—ladra papá, furioso—. Es muy
peligroso, maldita sea.

Quizá esté tratando de ser protector,
pero lo demuestra de una manera bastante desastrosa.

Así que, como no tenemos nada más que hacer,
nos dedicamos a mirar por la ventana,
junto con Dragon,
y esperamos a que la
 marea
 y los vientos huracanados
 devoren la ciudad.

En la oscuridad

Tippi está roncando
como un lirón a mi lado.
Tras el cristal, el viento no deja de soplar y silbar
y quiero levantarme y ver qué está ocurriendo,
pero tengo miedo de despertarla
y de que se ponga a chillar
y a quejarse de que la he desvelado y
no va a volver a pegar ojo en toda la noche.

Así que me quedo en la cama, callada,
y escucho
e intento imaginarme cómo
es el huracán
y cómo sería
levantarme de la cama
y asomarme por la ventana de la habitación
por mi propio pie,
yo solita.

Palpitaciones

No sé qué he soñado,
no recuerdo la pesadilla,
pero me despierto de repente
jadeando,
con el corazón latiéndome a mil por hora,
y con la mente nublada, llena de palabras
grises e imágenes borrosas.

Tippi abre los ojos.
—¿Estás bien? —gruñe.

—Sí —aseguro—.
Vuélvete
a dormir.

Las vistas desde Hoboken

Antes de que la ciudad despierte
y las calles empiecen a inundarse de peatones
Tippi y yo nos arrastramos lenta y arduamente
hasta el Stevens Institute,
el punto más alto de Hoboken,
para contemplar la ciudad de Nueva York
que se alza majestuosa al otro lado del río
y también para ver con nuestros propios ojos
que los rascacielos siguen arraigados al suelo.

Todo está como debería estar:
el edificio del Empire State está en pie
y el Chelsea Piers ya está en pleno funcionamiento;
los golfistas están golpeando bolas con sus elegantes palos
contra una malla altísima
para evitar que las bolas
acaben
hundiéndose
en lo más
profundo
del río Hudson.

—Supongo que el huracán ha cambiado
de opinión y ya no pasará por Nueva
York —comenta Tippi.
—Y no se lo reprocho.
Esta ciudad es un asco.

Y luego se da media vuelta
y empieza el descenso,
arrastrándome así con ella
a casa
y al desayuno.

Manzanas atormentadas

El mayor desastre que provocó la tormenta
fue arrancar una tonelada de manzanas podridas
del árbol que hay en mitad del jardín.
Ahora están todas tiradas por el suelo,
como bolas de billar rojas olvidadas sobre el fieltro verde.

Llevaba varios días tratando
de hacerlas caer;
aporreé las ramas con una escoba
y también lancé
la pelota de fútbol de papá
apuntando a las más grandes.
Estaba ansiosa por probar un bocado de las manzanas
más jugosas y más regordetas y más rojas.

Tippi no se dignó a echarme una mano.

Detesta cocinar y preparar pasteles y sabía que,
si lograba derribar alguna manzana, eso sería lo que
haríamos.

Resopló, bostezó y luego dijo:
—¿Ya podemos entrar en casa, Grace?
Me lo preguntó tantas veces que, al final,
me di por vencida y cedí.
Ahora todas las manzanas están
un poco magulladas y con algún que otro golpe
pero servirán para preparar
un pastel.

Tippi dice:
—Supongo que sabes que podríamos comprar una tarta
por un puñado de dólares y ahorrarnos horas de trabajo.

Pero esa no es la cuestión.

Quiero oír el silbido del filo
del cuchillo al cortar la manzana.

Quiero extender la masa con un rodillo
y colocarla sobre el relleno como si fuese una manta
agradable y calentita.

Quiero mirar el reloj
y vigilar el horno
y comprobar nerviosa el resultado.

—¿No puedes fingir estar contenta? —pregunto,
y Tippi suelta un suspiro.

—No puedo *fingir* —responde,
lo cual es mentira:
pedir a Tippi que finja
algo es, simplemente,
pedir
demasiado.

Pastel

Dragon pasa su día libre en el estudio de baile.
Mamá se va a trabajar.
Grammie ha quedado con una amiga en el centro
y papá ha desaparecido como por arte de magia.

Estamos solas
y no tenemos nada que hacer.

Así que,

de mala gana y de morros,
Tippi extiende la masa de hojaldre
y, mientras, pelo, descorazono y corto las manzanas.
Y, juntas, preparamos un pastel
con una pizca de canela y varios puñados de azúcar que,
sin lugar a dudas, será mucho más rico que
cualquier pastel que puedas
comprar en una tienda.

Cuando Tippi lo prueba,
admite lo evidente, aunque con la boca pequeña:
—Está rico —dice,
y se echa un par de cucharadas de nata sobre su porción
para después disparar una foto y colgarla
para que todo el mundo pueda ver lo que hemos hecho
con los restos flotantes de la tormenta.

Tippi observa el plato,
que ha quedado limpio como una patena,
y, de repente, su móvil vibra.
—A Yaz le ha gustado la foto del pastel —dice.
El móvil vuelve a zumbiar.
—Y a Jon también.

—Genial —comento,
y me sirvo otro trozo de pastel.
Me pregunto qué estaba haciendo
cuando Tippi les envió una solicitud de amistad.

Hermosas

Jon está
apoyado en la pared,
charlando con Yasmeen,
y no se da cuenta de que Tippi y yo
hemos entrado en la sala común
y nos hemos sentado
al piano,
sobre una banqueta incómoda e inestable.

Sorbo las
últimas gotas del batido verde con
la pajita y el ruido
casi ahoga
lo que Jon está diciendo.

Pero no del todo.

—Es una mierda porque son muy guapas —dice—.
Qué lástima. Qué desperdicio.

Yasmeen alza la mirada y empieza a ruborizarse.
En cuestión de segundos su cara parece un tomate,
desde la clavícula
hasta la punta de esas orejas cargadas
de pendientes plateados.
Esto la traiciona y despeja cualquier atisbo de duda.
Ahora ya sabemos de quién estaban hablando.

Tippi se pone de pie, arrastrándome así con ella,
da una patada a la banqueta
y empieza a chillar:
—¿Desperdicio?
¿Eso es lo que somos? ¿Un *desperdicio*?

La ira nos hierva la sangre y
nuestros cuerpos palpitan con rabia.

Jon también se levanta,
intenta cogerme de la mano,
pero yo me aparto y le fulmino con la mirada,
desafiándolo así a repetir el comentario
o a defenderlo
con palabras que serán igual
de hirientes.

—Yo... yo no...
No pretendía... —dice
en voz baja,
pero con la mirada
fija y severa.
—Me refería a que sois hermosas —añade—. Eso
es todo.

Quiero creerle,
hablar con él,
invitarle a que
diga algo más,
pero Tippi
me arrastra
por el pasillo
y nos escondemos en un aula.

Odio eso.
Odio esconderme aquí,
pues es uno de los pocos sitios
donde me siento a salvo.

—Creí que eran diferentes,
pero son tan ignorantes
como los demás —protesta Tippi.

No digo nada.

En mi cabeza
solo retumba una sola palabra:
hermosas
y tengo que hacer de tripas corazón para no
llorar
de alegría.

La explicación de Yasmeen

*No estábamos chismorreando,
tan solo estábamos comentando que nos encanta
que hayáis venido a Hornbeacon.*

*No estábamos diciendo que sois un bicho raro,
sino que sois guapísimas, dos pibones.*

*A ver, no nos habríamos acercado a vosotras
si no pensáramos que sois geniales.
Odiamos a casi todo el mundo, pero no a vosotras
y eso, viniendo de nosotros, es un puto milagro.*

*así que dejad de estar enfurruñadas y vayamos
a la Iglesia a fumarnos un piti.*

La disculpa de Jon

Yasmeen ya me ha explicado que la pifíe.

*Y os prometo que fui yo quien lo dijo,
no ella.*

*Siento mucho que el comentario os entristeciera
o molestara, os lo juro.*

Porque no lo decía en sentido literal.

Y creo que sois perfectas.

Pero sé que sonó fatal.

Quiero que seamos amigos.

Así que por favor, perdonadme.

Dejadme que lo arregle.

*Porque el único
desperdicio aquí soy yo.*

Pero lo que dije,

lo dije en serio.

Sois hermosas.

*Lo sabéis,
¿verdad?*

Castigo

Tippi y yo trabajamos juntas en clase,
alejadas del resto de alumnos,
incluidos Yasmeeen y Jon.

En las horas libres
no pisamos la sala común
y vagamos por las instalaciones del instituto
hasta que encontramos un lugar apartado donde
sentarnos y pasar desapercibidas.

Durante el almuerzo,
nos las arreglamos para escurrirnos
con las bandejas hacia el patio interior y
allí, sentadas en un banco, observamos
a las ardillas
trepar y corretear
por los castaños.

Tampoco vamos a la Iglesia
en las horas de estudio.
Mato las horas dibujándome estrellitas en los dedos
con un bolígrafo de punta fina
y Tippi ordena y reordena su mochila.

En los pasillos, entre clase y clase, Jon intenta hablar conmigo,
me agarra del brazo y me susurra todo tipo de disculpas al oído.

Yasmeeen le envía a Tippi cientos de mensajes de texto.

Pero nosotras nos mantenemos en nuestros trece.

Seguimos enfadadas con ellos
hasta que nos damos cuenta de que
ellos no son los únicos que sufren las consecuencias

de nuestro castigo.

No se necesitan alas para volar

Dragon participa en una producción amateur de *El lago de los cisnes*.

Le han dado el papel del cisne;
primero lleva un traje
 con decenas de capas de tul blanco
 que la hacen parecer un merengue
y después se cambia
y luce otro de color negro
forrado de plumas de cuervo,
de pies
a cabeza.

Estamos en el teatro,
sentadas en la última fila
donde nadie pueda vernos.
Sus pies me tienen hipnotizada.
Se ha calzado unas puntas negras
y se mueve con agilidad y elegancia.
A veces da la sensación de que no toca el suelo del escenario.

Me fascinan
las piernas y brazos de Dragon,
y el modo en que da vueltas y piruetas
sin perder el equilibrio
y en que puede sostenerse como si
estuviera suspendida en el aire.
Ya no parece un dragón torpe y bruto, sino una
libélula,
una mariposa,
una abeja.

Estoy maravillada y, por un segundo,
siento celos

porque antes de *El lago de los cisnes*
no sabía
que esto era lo que la gente normal
podía hacer
si invertía tiempo
en practicar y ensayar.

No sabía que la gente normal
pudiese volar.

Lejos de los focos

Después de la actuación,
Dragon posa para las fotografías protocolarias
y una horda de padres orgullosos
se amontona a su alrededor
con el móvil en mano
para inmortalizar el momento.

Pero mamá y papá
se han esfumado.

—¿Dónde han ido? —le pregunto a Tippi.

—Papá ha salido a por el coche —contesta.

Nos deslizamos hacia el escenario
pero cuando al fin logramos llegar
ya es demasiado tarde:
los bailarines han empezado a dispersarse

y Dragon ya no es
el centro de todas las miradas.

Delgadez

Estamos en el Malibu Diner, un restaurante
en la calle Washington, para celebrar
la gran actuación de Dragon en *El lago de los cisnes*.
—Quiero bailar en la versión de *Romeo y Julieta* de
Nuréyev —anuncia Dragon.

—¿Quién? —pregunto.
Mi familia se abalanza sobre un plato de nachos.

—Oh, nadie, Nuréyev está muerto
así que no puedo bailar con él.
Pero fue el mejor de toda la historia.
Dragon mastica
un taco
como un jerbo
y es entonces cuando, de repente, me doy cuenta
de que sus dedos se han vuelto más huesudos,
como ramitas con nudos.

—Estás muy delgada —digo,
y le rodeo la muñeca usando
solo el pulgar y el índice.

Mamá pide otro refresco.
Papá otra cerveza.
Tippi se está zampano un taco
como si no fuera a volver a comer en días.

—Lo sé —responde Dragon,
y se ruboriza,
satisfecha al oír
lo que, en su opinión,
es un cumplido.

Una broma

Dragon nos está enseñando las cinco posiciones básicas del ballet,
y nos deja utilizar sillas para apoyarnos y así no perder el equilibrio.
De vez en cuando nos señala con una regla
para que irgamos más la espalda
o alcemos la barbilla.

Tippi y yo no tenemos cuerpo de bailarina,
lo cual salta a la vista,
ni tampoco la disciplina necesaria,
así que acabamos desternillándonos de risa y cayendo
de bruces al suelo.

Mi hermana no deja de reírse a carcajadas
hasta que cae en la cuenta de que no estoy riendo,
de que apenas puedo respirar,
de que me he quedado sin
aire en los pulmones.

Dragon chilla y sale disparada de la habitación.

Cuando mamá y papá llegan,
Tippi también está resollando.

La levanto del suelo.
La levanto y me enfrento a nuestros padres.

—Era una broma —digo—. Estoy
bien, en serio. Era una *broma*.

Dragon nos mira con los ojos entornados.
Mamá y papá fruncen el ceño.
Pero, por alguna razón,
todos deciden creerme.

Todos, salvo Tippi.

OCTUBRE

Una victoria

La señorita Buchanan es la profesora de bádminton y,
en lugar de sentarnos en el banquillo a mirar,
jugamos,
aunque con cierta torpeza.

La pluma pesa muy poco
y nos dan una raqueta a cada una,
pero aun así no conseguimos marcar ni un solo
punto

al equipo contrario,
ni siquiera cuando nos enfrentamos a Jon,
que juega solo y apenas se mueve del sitio.

Seguramente creías que nos dejaría ganar
algún que otro punto.

Seguramente creías que lo haría por compasión,
que dejaría que la pluma
tocara el suelo de su lado de la pista un par
de veces.

Pero la pena no forma parte del juego.

Quizá deberíamos sentirnos desalentadas, abatidas.
Quizá el bádminton debería hacernos sentir como dos
fracasadas.

Pero el mero hecho de saber que
hemos perdido con todas las de la ley,

que a Jon le ha dado lo mismo cómo iba a sentarnos la derrota,

ya sabe a victoria.

Después de bádminton

Pero el dulzor de la victoria no dura mucho
pues
nada más terminar la clase
Tippi y yo nos vemos obligadas
a sentarnos en la taza del baño
para recuperar
el aliento.

—Deberíamos tomárnoslo
con un poco más de calma —propongo.

—Sí, por favor —responde Tippi.

Y, por una vez,
está de acuerdo conmigo.

El reencuentro

Tippi y yo nos presentamos por sorpresa en la Iglesia, con una bolsa gigante de patatas para compartir.

—¿Todo aclarado entonces? —pregunta Yasmeen.

—Supongo que sí —responde Tippi, a regañadientes.

Sonrío.

Sonrío y Jon me devuelve la sonrisa.

—Pensé que no os volvería a ver jamás —dice.

—Lo sé —murmuro—. Pero hemos vuelto.

Normal

—¿Por qué no eres amigo de los atletas,
o de los rockeros,
o de los empollones
o de cualquier otra pandilla
del instituto?
—le pregunto
a Jon.

—Tengo una beca, Grace.
Y tú mejor que nadie sabes lo que eso implica.
Somos demasiado normales para ellos.

—¿Me tomas el pelo?
Tú eres normal.
Y ser normal está bien —digo.

Él sacude la cabeza,
me coge de la mano,
y me acaricia el pulgar
con sus dedos,
un gesto que me pone
la piel de gallina.

—Aquí, ser normal es un insulto —explica—.
En
el fondo,
todo el mundo quiere ser una
estrella
así que ser normal es el camino directo
al anonimato, a la inexistencia.
Pues todo el mundo está equivocado.

Ser normal es el Santo Grial
y solo aquellos que no lo son

son conscientes de su inmenso valor.

Eso es justamente lo que siempre he querido
y estaría dispuesta a intercambiar adjetivos como
«rarita» o «grotesca» o «espectacular» o «asombrosa»
por normal
cualquier día de la semana.

—Pues a mí me encanta que seas normal —susurro,
y, de repente, siento un ardor
en las mejillas
y me reprendo por haber dejado
que esas palabras, tan reales
y tan sinceras, salieran de mi boca.

Él me observa con detenimiento.

—Lo sé —dice.

El lector

Jon me presta sus novelas favoritas,
aquellas que le han fascinado o marcado de algún modo;
son unos libros enormes,
 con las esquinas dobladas
 y el lomo resquebrajado o desteñado por el sol.

A veces rastreo su aroma entre las páginas,
y hojeo *Las uvas de la ira*
 hasta encontrar un doblez en la esquina
 de una página

y entonces me detengo

para así poder seguir el ritmo de su lectura
y tratar de averiguar
cómo fue su experiencia,
 mientras pasaba cada una de esas páginas,
y de seguir el rastro de sus
 pensamientos.

No puedo ver una película sola, en secreto,
y, aunque llevo los auriculares
puestos,
sé que Tippi puede oír el zumbido metálico
de la música
que estoy escuchando.

Pero cuando leo,
 estoy sola.
Consigo alejarme de Tippi,
 y del resto del mundo.

Y cuando leo
La insoportable levedad del ser,

no estoy en Hoboken, sino
que me transporto a la Praga
de Milan Kundera,
junto con la seductora Sabina,
que tan solo lleva un bombín,
y estoy a su lado cuando abre la puerta de
su estudio de arte y da la bienvenida a su amante.

Estoy sola en *Orlando*,
de Virginia Woolf,
en los aposentos de Orlando,
cuando se despierta en un cuerpo de mujer
después de haber sido un hombre apuesto y atractivo
durante toda su vida.

Y,
sin embargo,
saber que Jon ha recorrido estas páginas
con sus propios ojos
y digerido las mismas palabras
que yo estoy devorando
me hace pensar
que puedo saborearlo a él también.

Dieta

Paso la pechuga de pollo por el huevo batido,
la cubro de pan rallado hasta que queda
un empanado perfecto
y la frío en aceite de girasol
hasta que empieza a
chisporrotear
en la sartén.

Pero lo único que logra inmiscuirse en la boca de Dragon
es un puñado de rodajas de pepino
de la ensalada que ni siquiera ha aliñado.
Los mordisquea como si fuese un conejito
y reparte el resto de ingredientes
por los lados del plato.

Dejo el tenedor sobre la mesa.

—No te gusta la carne rebozada —digo.

Mamá levanta la mirada del plato.

—Tienes que comer, cariño —dice mamá, pero
lo dice con tanta desgana que no tiene efecto alguno.

Dragon niega con la cabeza.

—Me he puesto las botas
en el almuerzo —dice, y dibuja una sonrisa
tan forzada, tan grande,
que solo puede ser una mentira.

Nuestro granito de arena

El estudio de ballet de Dragon está organizando un viaje
muy especial, una estancia de seis semanas
en Rusia,
pero ella no podrá ir
porque mamá y papá están invirtiendo cada centavo
en nosotras,
en nuestra terapia psicológica y en el mejor
seguro de salud que
existe en el mercado
para alargar nuestra existencia
el máximo tiempo posible.

—Es culpa de papá —dice Tippi—.
Cada vez que se emborracha, está tirando
el dinero a la basura.

Pero no podemos engañarnos.
No podemos negar que nuestra supervivencia
les está costando un riñón y está implicando
sacrificios, como el de mi hermana.

—Sabes muy bien lo que podríamos hacer —sugiero.
Pero Tippi enseguida desestima
la propuesta.

No es la primera vez que abordamos el tema
de ir a la televisión. Siempre nos hemos negado a hacerlo.
No queremos que nadie se entrometa
en nuestra vida, salvo las personas que apreciamos
y queremos.

—Ni en sueños —responde Tippi—. No accedería
a eso ni muerta.

Remolco a Tippi hasta la habitación de Dragon.
Nuestra hermana pretende hacernos creer que
le da lo mismo ir a Rusia
o bailar en la compañía del Bolshói.

—Ya iré la próxima vez —dice,
y después levanta una pierna,
 la apoya sobre el escritorio, como si fuese una barra,
 y arquea la espalda
 formando una media luna
perfecta.

Estoy a punto de echarme a llorar
pero, de repente, Tippi se da media vuelta.
—No pienso ir a la tele —farfulla.

Flaca

—¿Estáis haciendo dieta? —pregunta
mamá al día siguiente, justo antes de cenar,
mientras abre una lata de
salmón y pellizca el antebrazo
de Tippi,
que se revuelve y se aparta.

—Qué obsesión tenéis las mujeres con
vuestro cuerpo —gruñe papá.
Hoy no ha bebido ni una
sola gota de alcohol.
Ha estado en
Nueva York
así que huele a limpio,
 a astillas de madera
 y a toallitas para bebés.
Pero aun así,
su voz suena
 afilada.

—Deberíamos hacer una visita
al doctor Derrick —propone
mamá.

Y pone el salmón
sobre unas rebanadas
de pan integral
y echa un buen chorro
de mayonesa por encima.

Miro a Tippi.
Ha perdido peso, desde luego,
aunque admito que, hasta ahora, no

me había dado cuenta.

Pero no me cuadra.

Soy yo la que come
palitos de zanahoria
y té de frutas.

—Tal vez *deberíamos* ir
al médico —responde Tippi,
y me pongo rígida.

—Sí,
pide hora
—decide
papá y se marcha dando pisotones
y dejando un rastro
de mal humor
a su paso.

—No hace falta, en serio —digo—. Estoy bien.
¿Y tú, Tippi?

Ella se tensa
y da un mordisco a su mitad
del bocadillo de salmón.

—Casi siempre, sí —susurra—. Pero no siempre.
Igual que tú.

Buscando una cuerda

Papá ha comprado un comedero de pájaros
y lo llena de semillas.

Se pone a hurgar en un cajón
en busca de una cuerda
para poder colgar ese cilindro
verde y de tres pisos
pero no encuentra nada que le sirva,
así que baja hecho una furia al sótano
y vuelve
minutos después
con las manos vacías.

Lleva un buen rato buscando la cuerda,
y cada vez está más molesto,
más nervioso y más irascible.

—Ayudémosle a buscar la dichosa cuerda —digo.

Tippi menea la cabeza.

—No es un crío,
que aprenda a gestionar de una vez sus malditas
emociones —replica,
como si no se hubiera enterado aún
de que las emociones de papá siempre son
responsabilidad de otro.

Él a ojos de los demás

Antes de que el invierno nos
pille por sorpresa, con esos dientes
afilados y gélidos,
papá decide encender la barbacoa
y reunir a toda la familia
para disfrutar de perritos calientes y
mazorcas de maíz carbonizadas.

—Tu padre es súper *divertido*
—comenta la prima Hannah,
entre risas.

Papá está haciendo su baile de Beyoncé,
meneando el culo,
sacudiendo los brazos
y colgándose de mamá como si fuese una pértiga humana.

—No siempre es así —respondo.

—¿En serio? —pregunta Hannah.

—*En serio* —puntualiza Tippi.

Nuestra prima frunce el ceño
y niega con la cabeza;
no cree ni una sola palabra.

Pantobillos

El lunes por la mañana
Tippi y yo nos sentamos
en una mesa de la sala común
y dejamos que Yasmeen y Jon
copien a toda prisa las respuestas
de los ejercicios de historia.

Tippi levanta una pierna y se señala los dedos.
—Tengo tobillos de elefante —dice—. ¿Cuándo
se me han hinchado tanto?

Yasmeen aparta la mirada del papel y da un golpecito
al pie de Tippi con la punta del bolígrafo.
—Seguramente estés embarazada —dice,
y dibuja una sonrisa de suficiencia.

Me echo a reír y levanto una pierna.
Echo un vistazo
a mis tobillos y me doy cuenta de que
no son tan delgados y esbeltos
como antes.

¿No es injusto?
¿No es injusto que unas
siamesas como nosotras
también tengamos *pantobillos*?

Separados

Por fin Jon y yo hemos intercambiado
nuestros números de teléfono.

Está en mi lista de favoritos.

En las clases que
no estamos juntos,

 me paso todo el rato
con el teléfono escondido

 bajo el escritorio,
enviándole
mensajes y esperando su respuesta.

Tippi pone los ojos en blanco.

—Después no te dejaré
copiar —dice.

Pero a mí me da lo mismo.

De hecho, ya estoy escribiendo el siguiente mensaje.

Mensajes

*Q significan los tatus
de tu mano????*

Nothing de nothing

Imposible

Posible

Imposible

A lo mejor m gustan las estrellas...

A lo mejor soy así de superficial

No lo eres!

Lo soy

Va, cuéntamelo!!!!

*Me recuerdan que
el universo es más grande
que yo*

Que tú?

*Que lo que creemos
que es importante*

Yo tb necesito estrellas

Sin duda

En el banquillo

Las chicas de clase juegan a baloncesto y
nosotras estamos sentadas en la banda de la cancha,
yo con un libro,
y Tippi con los auriculares puestos.

Margot Glass tampoco
hace educación física
y se sienta con nosotras,
en el banco de madera,
justo a mi lado.

—Me ha venido la regla —dice,
y luego saca una barra de labios
y se embadurna esos labios
carnosos y rosas con el cacao.

—¿Un caramelo? —ofrece,
y sacude una cajita transparente
repleta de cápsulas blancas.

Nuestros compañeros nunca nos han ofrecido nada
salvo

desplantes y malas caras
así que el hecho de que nos dirija la palabra ya
me sorprende.

—Vale —acepto,
y Margot sacude la cajita
hasta que salen cuatro
caramelitos que aterrizan
en la palma de mi mano.

—Ayer por la noche estaba comentando con unas
amigas

lo mucho que lo siento por ti, y por tu hermana —dice

Margot.

—Para mí la privacidad es primordial.

No soportaría estar atrapada mañana, tarde y noche.

Margot

abre la boca

y vacía la cajita de plástico,

zampándose varios caramelos de golpe.

—No nos molesta —digo.

Margot Glass esboza una media sonrisa,

una sonrisa forzada, casi postiza

y en su mirada percibo

dureza y falsa alegría.

Doblo los dedos,

cierro el puño y, poco a poco,

esas cápsulas dulces y refrescantes

se derriten

en la palma

de mi mano.

Todo bien, gracias

El jardín de Jon es un vertedero. Hay un montón de latas de cerveza vacías tiradas por todos lados y una bicicleta sin ruedas oxidada atada a la valla o, mejor dicho, a la malla metálica que rodea la casa.

Las ventanas están protegidas con barras de hierro forjado y el cristal de la puerta principal está manchado con pintadas de espray verde.

En cuanto abre la puerta aparece un pastor alemán que nos aborda y empieza a lamernos los brazos.

—Baja, *Pup* —ordena, y el perro obedece a la primera.

La casa huele a tabaco. El fregadero está a rebosar de platos sucios. La televisión está encendida, aunque nadie la está mirando.

Jon se dirige hacia la nevera.
—¿Una Coca-Cola? —pregunta, y no sé dónde meterme porque lo último que me apetece es comer o beber algo en esa casa.

Suena el timbre.
—Debe de ser Yasmeeen —dice Jon, y sale disparado hacia la puerta principal.

De repente, de la puerta del cuarto de baño,

sale un tipo con la barba canosa y un tatuaje
en forma de lágrima debajo de un ojo
y se queda inmóvil frente a la cocina.

—Hostia puta —dice;
deja caer el cigarrillo al suelo
y lo aplasta con el tacón de su bota,
convirtiéndolo en polvo de tabaco.

—Perdón... es que...

hostia puta —repite,
y, con una voz dulce y melosa,
como si acabara de ofrecernos un
trozo de pastel de manzana,

Tippi contesta:

—Todo bien,
gracias.

En la habitación de Jon

La habitación de Jon huele a rancio
y a loción de afeitado.
Las paredes están recubiertas de fotografías
de escritores muertos
y
de diseños de tatuajes.

—Siento haber sido tan cortante
con tu padre —dice Tippi, pero después
añade—: Bueno, en realidad no lo siento.

Jon se echa a reír.

—Cal es mi padrastro. No es mal tío.

Vive aquí, conmigo.

Decidió quedarse después de que mamá se largara.

Y, aunque a veces puede ser un imbécil, tuvo las
narices de quedarse.

Me paga los billetes de tren y el almuerzo

y, de no ser por él,

tendría que ir a la mierda de instituto de este barrio
y jamás podría salir de este agujero.

Cal me prometió que se encargaría de mí hasta
que empezara la universidad. Después, él se mudará
a Colorado.

Le gusta la nieve.

Yasmeen se tumba en la cama de Jon y
empieza a tararear una canción. Tippi echa un vistazo
a la torre de DVD que tiene. Y yo me limito a observarlo.

Está hurgando
entre una montaña de ropa arrugada.
Ojalá tuviera las agallas de decirle
que su madre debería haberse quedado,

que no se merecía que lo abandonara
y
que
hacerlo
había sido el mayor
error de su
vida.

No puede hacerme daño

Cuando cumplí los diez años
mamá me regaló un collar de plata
con un colgante en forma de pata de conejo.
Desde entonces, no me lo he quitado
ni un solo día. Es mi
amuleto de la suerte.

—¿Qué es eso? —pregunta Jon,
y lo gira entre sus dedos.
Se acaba de lavar las manos porque
huelen a jabón.

—Me da suerte —contesto.
Él me mira con los ojos entrecerrados
y se desliza por la cama, acercándose
un poquito más a mí.

Tippi y Yasmeeen no nos escuchan.
Están distraídas mirando el menú para llevar
y eligiendo los ingredientes de su pizza.

—¿En serio crees
en eso? —pregunta Jon.

Bajo la mirada, avergonzada.
De repente, me siento una cría a su lado.
—No lo sé —murmuro—. Pero
no hace daño a nadie, ¿no crees?

—No sé —dice él,
y suelta el colgante de plata—.
La verdad es que no lo sé.

Celos

Jon nos lleva a casa
en el coche de Cal
y tengo que morderme la lengua
para no montar el numerito
y reprocharle a Tippi que, al ser la siamesa izquierda,
se ha sentado
al lado de Jon
durante quince minutos.
Quince minutos enteritos.

La espera

Papá está tumbado en el sofá,
solo y a oscuras.

—Llegáis muy tarde —gruñe.

—Lo siento —decimos Tippi y yo a coro.
Nos acercamos al sofá.

—Estaba preocupado —añade.

Nuestros ojos empiezan a acostumbrarse a la penumbra.

—En fin, ya estáis en casa —dice—.
Buenas noches.

Y sin articular una palabra más
se escabulle hacia la cama.

Cualquier cosa menos

Tippi se revuelve en la cama y
busca el teléfono móvil.

La luz de la pantalla
le ilumina la cara.

—¿Te ocurre algo? —pregunto,
y espero ansiosa la respuesta,
sea cual sea.

Apoya la mejilla sobre
la almohada
y me mira con expresión triste,
una expresión típica de mí.

—Oh, Grace —suspira.

Parpadea cuando yo parpadeo.
Se muerde el labio cuando yo
me muerdo el labio.

Somos como dos gotas de agua.
Nos parecemos tanto
que a veces su imagen
me repele.
Estoy harta de vivir
mirando un espejo
cada día de mi vida.

—Podemos ir al instituto —dice—,
y conseguir un trabajo
y conducir y nadar y hacer senderismo.
Sabes que te seguiré
allá donde vayas, Grace.
Si quieres hacer algo,

no tienes más que decírmelo
y lo haremos.
Podemos hacer cualquier cosa que nos apetezca,
¿está claro?

—Sí, está claro —digo.

—Pero nunca,
nunca, podremos
enamorarnos.
¿Lo entiendes?

—Sí —murmuro—. Lo
entiendo.

Pero su advertencia llega
demasiado tarde.

Los Chicos Bunker

Los primeros siameses famosos,
Chang y Eng,
los gemelos de Siam,
o los Chicos Bunker,
como a mí me gusta llamarlos,
nacieron unidos por un cartílago
que les unía
el pecho.

Se convirtieron en un modelo a seguir
para gente como nosotras: bichos raros,
por supuesto, pero bichos raros que gozaban de fama y éxito
después de haber logrado esquivar la
sentencia de muerte del rey Rama
cuando eran bebés.

Y, a pesar de lo que piensa Tippi sobre el amor,
Chang y Eng Bunker
se casaron y, entre los dos, tuvieron
veintiún hijos.

Vivieron, amaron, lucharon
y murieron juntos,
lo cual me da esperanzas
y me hace pensar
qué nos impide
ser como los hermanos
de Siam.

Asociación de palabras

—Te veo un poco distraída —observa la doctora Murphy.

Tippi está escuchando un álbum nuevo.

Y marca el ritmo de la canción con el pie.

Ojalá pudiera hacer lo mismo, evadirme junto a ella,
en lugar de estar

charlando con la doctora Murphy, que no está haciendo
nada útil; tan solo trata de despertar

alguna *emoción*

en mí.

—Estoy bien —digo—.

Me encanta el instituto nuevo.

La doctora Murphy arquea las cejas varias veces
y deja su libreta y el lápiz sobre la mesa.

—Juguemos a asociar palabras —propone.

Ya hemos jugado a eso varias veces, y siempre

he mentido porque,

¿qué podría revelarle

una

sola

palabra?

¿Cómo es posible que

una

palabra

le descubra quién soy?

—Matrimonio —dice.

Matrimonio:

mamá, papá,

*enfado, tristeza,
resquebrajar, romper,
vacío,
soledad.*

—Pastel —digo, y doy una palmada de alegría, como si realmente creyera que se tratara de un juego y no de una estrategia psicológica para hurgar en mi mente. Pero la doctora Murphy no se da por vencida.

—Hermana.

*Hermana:
aquí y ahora,
unidas, sangre
huesos, romper,
desmayarse, caer,
morir,
soledad.*

—Dragon —contesto.

La doctora Murphy resopla, aunque no sé si eso significa que he pasado la prueba o que la he suspendido. Para ser sincera, me da lo mismo. Nuestra sesión ha terminado, y, con ella, su interrogatorio de pacotilla.

O, al menos,
hasta la próxima visita.

El puerto

Tippi y yo decidimos dar un paseo
 hasta el centro y después
nos desviamos hacia el puerto
para reunirnos con mamá, que llegará
en el ferry suburbano de la ciudad.

El astillero ya no es
como hace años,
un hogar para trabajadores del metal y estibadores,
un lugar práctico y funcional para la industria.

Hoy en día está infestado de
 bares de zumos verdes y
 de estudios de yoga,
y los carritos para bebé son más caros que un coche de verdad.

El ferry atraca.

Apoyo la mano en el respaldo de un banco,
cierro los ojos,
jadeo como si acabara de correr una maratón
y siento que el corazón
me late a mil por hora,
rogándome que descanse, que baje el ritmo.
—¿Grace? —susurra Tippi.

Abro los ojos y veo a mamá
bajando por la inmensa
rampa de desembarco.
Nos saluda
agitando los brazos
 como una histérica.

El barco escupe una nube de humo negro
que cae sobre el río Hudson.

Meneo un brazo, y Tippi imita el gesto.

—Todo bien

—contesto,

y vamos juntas a recibir
a nuestra madre con
una sonrisa en los labios.

Me cuesta un poco respirar

—Algo no anda bien —comenta Tippi
al día siguiente, por la mañana.
Estamos en el tren, de camino al instituto.

—A mí tampoco me hace ilusión ir
a Rhode Island cada dos por tres,
pero ocurre algo, algo malo.

Le estrecho la mano.

—Últimamente me cuesta un poco respirar,
eso es todo —contesto.

—Ya lo veo —replica Tippi—. Entonces
supongo que no te importará que lo deje
caer en la próxima revisión con el doctor Derrick.

Santa Catalina

En clase de filosofía
analizamos la relación entre el cuerpo y la mente
a través de los grandes pensadores de la historia
para así prepararnos para un debate.

Me he declarado fiel admiradora de
Santa Catalina de Siena, nacida en 1347.
Sobrevivió a la peste negra
cuando no era más que un bebé,
aunque
murió a los treinta y tres años
porque
se negaba a comer.

Tippi asegura que se trataba de una anorexia sin diagnosticar
pero Santa Catalina aseguraba que no creía
que su alma necesitara esa clase de alimento
y centró todas
sus fuerzas y energías
en Dios y en la oración;
perdió la fe en la materia
y empezó a subir una escalera hacia lo divino.
A veces la envidio:
ojalá fuera capaz de comprometerme
con mi alma
en lugar de preocuparme
por este cuerpo noche y día.

PRINCIPIOS DE NOVIEMBRE

Una sorpresa

En lugar de llevar la falda verde protocolaria,
Yasmeen ha venido al instituto con una mini vaquera
y unas medias con estampado de leopardo.

Pero eso no es todo:

se ha engominado su melena rosa
y se la ha peinado hacia arriba,

formando así una cresta larguísima.

Sin embargo, ningún profesor la obliga a cambiarse
porque hoy es su diecisiete cumpleaños y todo el mundo
sabe que,

para los enfermos,

los cumpleaños

son sagrados.

—Puede que lo celebre con un poco de sexo —dice,

y suelta tal chillido de alegría

que todos nos quedamos helados,

inmóviles, con los pinceles suspendidos

en el aire y con la mirada

clavada en ella.

No va a celebrar la típica fiesta de cumpleaños,

sino que ha organizado una fiesta de pijamas.

Eso es lo que le contamos a mamá.

No podemos decirle que estaremos

merodeando por la Iglesia el sábado por la noche,

esquivando ramas llenas de pinchos

bajo la atenta mirada de las estrellas,

arrastrándonos por una propiedad privada

a sabiendas de que está cerrada a cal y a canto.

Jon se levanta a mezclar pintura y

Yasmeen aprovecha su ausencia para enseñarnos una tarjeta,
un corazón lleno de purpurina con la palabra
LOVE escrita en una tipografía muy pomposa y retorcida,
como si fuese un monograma.

—Es de parte de Jon —dice—.
Ojalá
no lo hubiera hecho.
Ya le confesé lo que sentía por él.

El corazón
 me martillea en el pecho
y me da la sensación de
 que no me llega aire a
 los pulmones.

Le devuelvo la tarjeta sin haberla leído.

El autorretrato de Yasmeen
es negro y siniestro,
y sus ojos son dos diminutos puntos negros
en un rostro demasiado redondo.
—Es horrible, ¿verdad? —dice,
aunque no sé si se refiere
al cuadro o al malentendido
con Jon.

Lo único que sé es que
se me ocurren mil cosas peores
y más dolorosas que Jon
o que abrir una tarjeta
cubierta de besos suyos.

—Creo que estás exagerando un poco —opina
Tippi.
Abre la boca
para añadir algo más,
pero en el último momento cambia de opinión

y me acaricia el brazo.

—¿Estás bien? —me pregunta Tippi más tarde.

Asiento con la cabeza.

Estoy bien.

Y después, resuelvo:

—Esta noche, en la Iglesia, voy a emborracharme.

Le observo

Observo cómo se comporta con Yasmeen,
pero no consigo ver amor por ninguna parte.

Me pregunto si tal vez
Yasmeen ha tergiversado la realidad,
si tal vez la tarjeta
no significa
lo que ella sospecha.

O ella está equivocada,
o yo estoy ciega,
porque desde mi punto de vista,
Jon nos trata exactamente igual.

Comer por dos

No tengo hambre.

Con tan solo mirar ese gigantesco pollo
sobre una cama de arroz amarillo
se me revuelve el estómago.

Aparto la mirada.

—¿No quieres ni probarlo? —pregunta
Tippi.

Deslizo mi plato
con mi porción de pollo al horno
y se lo ofrezco.

—Puedes comértelo si quieres —digo,
y, en menos que canta un gallo,
se zampa el muslo de pollo
por las dos.

Más importante

Unos nubarrones empiezan a arremolinarse a lo lejos.

—Espero

que no llueva esta noche

y podamos salir a celebrar

el cumpleaños de Yasmeen —digo.

Tippi me aparta del cristal de la ventana.

—De nada sirve preocuparse ahora —responde.

—¿Preocuparse por qué? —pregunta mamá,

que entra en nuestra habitación

y asoma la cabeza por la montaña de ropa
limpia que lleva sobre los brazos.

—Grace no quiere que llueva —informa Tippi.

Mamá deja la pila de ropa sobre la cama y

recoge un par de platos sucios

llenos de migajas.

—Yo de ti

me preocuparía de

cosas más importantes —sentencia y,

sin musitar una palabra más,

se marcha de la habitación

y, con sumo cuidado,

cierra la puerta.

Quiromancia

La Iglesia parece haber cobrado vida;
un millón de luciérnagas zumban en la atmósfera.

La luna se ha escondido
tras unas nubes espesas y densas.
El frío empieza a colarse
por mi ropa,
y por mis huesos.

Creía que las cervezas ahogarían
mis sentimientos por Jon,
que los enterrarían en un lugar tranquilo
y dejarían espacio para otras cosas,
cosas
más reales,
más posibles.

Pero ocurre justo lo contrario.

En mi cabeza rondan palabras que querría
susurrar al oído de Jon en la penumbra de la noche.

Le miro a la cara y le veo más guapo que nunca
y cada vez que se ríe,
mis músculos se contraen de nostalgia.

Tippi percibe mi inquietud, mi anhelo,
y noto que se revuelve. Después pega los labios
a una botella de vino tinto casi vacía y se zampa
un brownie de marihuana.

Yasmeen rasguea una guitarra,
toca canciones de Dolly Parton.

Jon está sentado a mi lado, sobre un

tronco húmedo.

—Dame la mano —le exijo.

Él obedece y

la giro con la palma

mirando hacia arriba,

hacia la oscuridad nocturna.

—¿Qué me depara el destino? —pregunta.

Recorro el pulgar

en diagonal

por su palma

y le contemplo

bajo la luz de la luna,

para absorber su belleza,

y nuestra intimidad.

—La línea de la cabeza muestra que eres curioso y creativo —digo.

—Y la línea del corazón está muy marcada.

—Ya veo —dice,

y extiende todos los dedos,

ofreciéndome así toda la mano.

La cerveza está tratando de amedrentarme

y me amenaza con decir lo que no debo.

Me muerdo la lengua

y noto el sabor metálico de la sangre en la boca.

Tippi está tiritando de frío y

se tapa los hombros con una manta.

Doy un respingo y la miro.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Te

habías olvidado de que estaba aquí?

Se echa a reír

y yo aparto la mirada

porque
sí,
de hecho,

por un instante,
me había olvidado
de ella.

El regalo de nuestras madres

Terminamos de adivinar el futuro,
de cantar, de beber,
de fumar y de celebrar,
y nos quedamos callados.

Yasmeen rompe el silencio
y dice:

—Mi madre fue quien me pasó el VIH.
Ella no sabía que tenía el virus. Después del parto,
me dio el pecho y, en fin, me condenó.
Chupé ese maldito veneno de su pecho.

Nadie responde
pero creo que Yasmeen no pretendía escuchar
una respuesta.

Una estrella fugaz ilumina el
cielo nocturno;
contengo la respiración y pido un deseo,
mientras envío toda mi buena energía
a Yasmeen.

Tippi entrelaza su mano con la mía y
se acurruca a mi lado porque las dos
sabemos muy bien cómo se siente Yasmeen,
y lo duro que es nacer
con una carga sobre los hombros,
con una maldición que ni siquiera tu madre sabía.

Impresiones maternas

De haber nacido en otro siglo,
nos habrían señalado con el dedo y nos
habrían acribillado a preguntas sobre
qué estaba pensando mamá
mientras crecíamos en su vientre.
En aquella época habrían asegurado
que mamá se había dedicado a mirar
dibujos de demonios o a leer historias satánicas
mientras estaba embarazada,
que las imágenes se habían filtrado
hasta su útero y se habían
grabado en nuestros cuerpecitos vulnerables.

Por aquel entonces, le
habrían echado la culpa a alguien
y ese alguien habría sido
mamá.

Hoy en día, la comunidad científica sabe
que no cometió ningún error,
que no fue culpa suya,
que nuestra particularidad, o rareza, no
proviene de la
mente retorcida
y endemoniada de
mamá,
sino que fue un simple accidente durante la concepción,
pues el óvulo
no se separó
como debía.

La ciencia y el progreso
son básicos para la evolución humana,

pero no puedo dejar de pensar
en las pruebas que le realizaron
a mamá
para intentar averiguar cómo pudo ocurrir,
cómo pudimos sobrevivir,
y en si podrían evitar
que gemelas como nosotras
pudieran volver
a nacer.

Por la mañana

Nos despertamos agarrotadas y doloridas
y con un dolor de cabeza tremendo.

La resaca es
monumental y ni siquiera
podemos soportar
el canto de los
pájaros.

A pesar de todo,
estamos sonrientes
y,
creo,
que nunca
he sido tan feliz
en mi vida.

Lo que está haciendo

El pasillo es una nube de polvo.

Papá está encaramado a una escalera de mano,
lijando la pared.

—¡Hola, chicas! —dice—. ¡Cuidado
con ese bote de pintura! Me apetecía un cambio
y me he puesto manos a la obra. ¿Qué os parece?

—¡Una idea fabulosa! —grita Grammie
desde algún lugar de la casa.

Trozos de papel pintado, arrancados de cualquier manera,
están desparramados por el suelo,
como hojas de otoño.

Mamá tardó dos semanas en empapelar toda la pared.
Le costó un ojo de la cara
y ahora papá lo está despegando como si tal cosa.

—¿Dónde está mamá?
¿Sabe lo que estás haciendo?
Mis voz no es más que un susurro.
Las palabras quedan suspendidas
en el aire, junto con el millón de
motas de polvo.

—Es una sorpresa —responde papá.
Y se pone a silbar una melodía,
dispuesto a proseguir con el lijado.
—¿Cómo os fue anoche?
Sé lo que pretende: que nos entusiasmemos
porque por fin está haciendo
Algo por Sí Mismo.
Y quiero animarle, de veras.

Pero.

Tippi tose y se cubre la boca con la mano.
—Creo que deberías haberlo consultado con
mamá —dice.

Papá deja de silbar *ipso facto*.
—Es una *sorpresa* —repite—. ¿Sabéis
lo que es eso?

—Sí —contesta Tippi—. La cuestión es que
prefiero que me hagan feliz a que me sorprendan.

Resaca

Nos metemos en la cama,
todavía con la ropa sucia de la noche
anterior.
Intento leer,
pero las palabras
 se desdibujan
en la página
y soy incapaz
de acabar una
 sola línea,
así que decido escuchar un audiolibro
y apoyar la cabeza sobre
el hombro de mi hermana, que está
durmiendo como un tronco.

Un aguacate con suerte

Grammie se está preparando para una cita.
Ha quedado con un tipo que conoció en la bolera.
No sabía que a Grammie le gustara jugar a los bolos.
No sabía que en las boleras se pudiera conocer a
un hombre interesante.
Y no puedo creer que alguien
con la cara más arrugada
que un aguacate podrido
tenga más suerte
en el amor
que
yo.

Compañeros

El señor Potter nos aconseja que hagamos
el trabajo de filosofía en parejas.

Jon me da una palmadita en el brazo y dice:

—¿Quieres que nos pongamos juntos?

Tippi resopla.

—Grace y yo ya somos una pareja —replica—,
por si no te habías dado cuenta.

Jon chasquea la lengua y se acerca a mí.
Tamborilea los dedos sobre mis costillas,
como si fuesen las teclas de un piano.

—Pero creía que eráis dos personas,
no una sola —replica,
desafiándola.

Tippi se gira hacia la izquierda y
le da un golpecito a Yasmeen en el brazo.

—Supongo que nos toca ir juntas —dice.

Minutos más tarde, Tippi se vuelve y me murmura:

—Si pudieras elegir entre un chico y yo,
¿a quién elegirías?

—Solo es un trabajo —digo.

—Eso ya lo sé —contesta Tippi.

Se echa a reír a carcajadas
y, de forma inesperada,
me da un puñetazo en el brazo.

Vivir para siempre o morir juntas

En clase de inglés,
Margot Glass
recita en voz alta el poema que ha escrito,
titulado «Amor».
Va sobre una chica que está
tan hundida
que lo único que quiere es
tumbarse
y morir
junto a su amante.

Cuando termina, la clase suspira y le dedica un ruidoso aplauso.
Al parecer,
la intensidad y
la pasión del poema
los ha dejado maravillados.

En fin.

Todos se giran hacia nosotras,
hacia nuestra unión eterna,
y nos observan como si fuésemos una pareja maldita.
Así que cuando les aseguramos
que no queremos vivir separadas,
ni caminar solas por las mañanas,
ni perder el tiempo buscando a alguien
con quien compartir nuestra vida,
todos asumen que
nos pasa algo,
algo muy
grave.

Y sin embargo

Estar con Jon me hace
pensar
durante unos breves y fugaces segundos
cómo sería mi vida
separada, despegada de Tippi
aunque solo fuese un momento;
así, él podría verme
tal y como soy,
como un alma única
con
ideas propias
y no como el apéndice
de otra persona.

Se partió

—A veces desearía poder verme
a través de tus ojos —dice Jon.

Estamos vertiendo sustancias químicas lilas en tubos de
ensayo
que, en teoría, burbujearán en cuanto los pongamos sobre el fuego.

—¿Y cómo crees que te veo? —pregunto,
aunque ya sé la respuesta
y me muero de ganas de decírsela.

—Tú me ves
como a un todo —responde él.

Se hace una herida en la mano con
la llama azul del quemador Bunsen.

—Nadie es un todo —replico—.
Somos
un conjunto de piezas sueltas.

Jon frunce el ceño y, a juzgar por cómo
aprieta la boca, intuyo que no le he convencido.

—Platón afirmaba que, en realidad,
no somos más que una mitad del ser humano —digo—.
Aseguraba que fuimos creados como seres humanos
de cuatro brazos y cuatro piernas y
con una cabeza con dos rostros;
sin embargo, éramos poderosos
y suponíamos una amenaza para los Dioses,
así que nos separaron de nuestras almas gemelas
justo por la mitad,
y nos condenaron a vivir

para siempre
sin nuestra pareja perfecta.

—Me encanta Platón —dice Jon,
y después, añade—: Así pues, estás diciendo
que Tippi y tú sois las grandes afortunadas.

—Quizá —respondo,
porque no quiero admitir
que mi corazón
se partió
el día en que lo conocí.

Caro

La tía Anne ha tenido un bebé,
un niño que ha pesado tres quilos, doscientos gramos.
Estoy convencida de que mi tía está pensando:
Oh Dios,
¿cómo narices
voy a poder pagar
toda la comida y la ropa y las facturas de la Universidad?

Y lo mismo debieron de pensar mis padres hace
dieciséis años, salvo que ellos
sí sabían
que jamás podrían costear
todo lo que íbamos a necesitar
y que
tendrían que apañárselas
con las limosnas de las almas caritativas
para poder sobrevivir.

—Los bebés se merecen cada céntimo
que uno invierte en ellos —le comenta mamá a su hermana
por teléfono mientras abre una factura del doctor Murphy
e inspecciona el total que
aparece en la parte inferior.

Pero yo no estoy tan segura.

No estoy tan segura de que
una vida como la nuestra
merezca la pena,
sobre todo
para la compañía de seguros que,
varias veces al día,
pone en duda si realmente necesitamos

tanta asistencia médica.

Despedida

Esta mañana, la empresa de mamá ha puesto a diez
personas de patitas en la calle,
pim-pam-
fuera.

Mamá creía que había sobrevivido a la masacre,
así que al mediodía ha salido a almorzar;
se ha zampado un bocadillo de chorizo
y una galleta de avena gigante,
su postre favorito.

Cuando ha vuelto al trabajo,
el señor Black la ha convocado en su despacho
y le ha comunicado la mala noticia.
Por lo visto, no es culpa suya
que ya no requieran sus servicios,
pero corren malos tiempos
y ha tenido mala suerte.

Después,
Steve, el encargado de seguridad, la ha escoltado hasta
su escritorio y la ha vigilado mientras recogía sus cosas,
como si fuese una criminal a punto de fugarse
con la grapadora de la empresa.
Se ha despedido de sus amigas,
o de las mujeres que consideraba sus amigas.
Las muy arpías ni siquiera se han dignado
a mirarla a los ojos mientras se dirigía al ascensor
o mientras cruzaba las puertas de
cristal del edificio.

Ahora mamá está en la cama, llorando.

Nadie puede consolarla.

Y no me cabe ninguna duda de que,
muy pronto,
nos desahuciarán.

La negociación

Me quito las zapatillas sin molestarme en
desatar los cordones. Tippi no se descalza.

—Ya sabes que no soporta que entremos
con zapatos en el salón —digo.

No puedo evitar alzar la voz.

Sueno como una maestra mandona.

Tippi me arrastra hasta el sofá.

—¿Y qué va a hacer al respecto? —pregunta,
y apoya los pies sobre la mesita de centro.

—No sé —respondo—. Se enfadará. Se...

Se...

Me quedo callada,

me inclino sobre la mesita y empujo sus pies
al suelo.

Tippi se vuelve hacia mí.

—Da igual lo que hagamos, Grace. Beberá sí o sí.

Tienes que empezar a entenderlo.

No puedes negociar con él.

Acaricia el colgante de plata
que llevo alrededor del cuello.

—¿Aún no has abordado este
tema con tu loquero?

—No sé de qué diablos
estás hablando —respondo;

me aparto

y escondo el colgante
bajo la camisa.

—Sí, sí que lo sabes —insiste
Tippi, y vuelve a apoyar los pies
sobre la mesita de centro, pero
esta vez con mucha más fuerza.

A las dos de la mañana

Un portazo. El sonido metálico de unas cazuelas.

La radio, que emite
una sinfonía psicodélica,
amortigua insultos
y gruñidos.

Papá se está preparando algo de comer
mientras el resto
estamos ya acostadas,
tratando de conciliar el sueño.

—¿Qué le pasa? —pregunto.

Tippi respira hondo.

—A lo mejor se ha dado cuenta
de que no me he quitado los zapatos al entrar.

Reducir gastos

Todo comienza cuando ya no volvemos a pisar
una sala de cine,
ni estrenamos ropa nueva, ni pedimos comida para llevar.
Todo comienza cuando reducimos ciertos gastos,
pero nadie es consciente
de la gravedad de la situación.

Pero
un día ya no tenemos dinero para pagar el gas,
ni para comprar carne,
ni para darnos algún capricho tonto.
Lo único que mantenemos es la asistencia médica
porque
mamá
no piensa
escatimar
en eso.

Contribuciones

Grammie vende algunos anillos antiguos y
otras cosas en eBay y, gracias a eso,
podemos pagar alguna que otra factura.
Mamá se pasa el día planchando a cambio
de cuatro duros; cobra más barato que las mujeres
de la lavandería, así que apenas gana nada.
Y un par de veces a la semana
Dragon cuida del hijo pequeño
de nuestros vecinos.
Todo el mundo está aportando su granito de arena,
excepto papá.

Excepto nosotras.

—Tenemos que echar una
mano en casa —le propongo a Tippi.

—¿Y qué sugieres? —pregunta ella.

Le aparto el flequillo de los ojos.

—Sabes que podríamos ganar
una fortuna sin tener
que renunciar a nada —digo.

Tippi suspira.

—Si fuésemos a la televisión,
renunciaríamos
a nuestra dignidad, Grace —responde—.

Y no estoy dispuesta a perder eso.

¿Pero qué sentido tiene salvaguardar el orgullo
si has renunciado a todo lo demás?

Eso es lo que a mí me gustaría saber.

Aplazamiento

Papá ayuda a mamá a poner al día su currículum
y los dos se desternillan de risa.
Están sentados frente al ordenador,
con las manos entrelazadas.

Tal vez eso significa
que vuelven a estar enamorados.
Tal vez que mamá perdiera el empleo
haya sido lo mejor que nos ha podido pasar,
y no la catástrofe
que todos creíamos.

Pero entonces
mamá sale a dar una vuelta.

Tan solo está fuera un par de horas,
el tiempo suficiente para que papá
vacíe el mueble bar y acabe
como una cuba.

Tippi y yo nos escondemos en la habitación,
y nos ponemos al día con los deberes
y los exámenes, que están a la vuelta de la esquina.
Ojalá Dragon no siguiera en el estudio,
así contaríamos con su ayuda
para pasar la noche.

Pero no ocurre nada.

Nos arrastramos hasta la cocina,
donde mamá está sentada cortando lechuga.

—¿Todo bien? —pregunto.

Mamá levanta la mirada y se corta

la punta del dedo con el cuchillo.

De la herida empieza a brotar sangre
y las gotas manchan la mesa, pero parece
que ella no se ha dado cuenta.

—Estoy preparando una ensalada griega —dice,
y las dos asentimos con la cabeza.

—Yo me encargo del feta —se ofrece
Tippi, con voz cariñosa.

Pero mamá niega con la cabeza.

—No tenemos dinero para feta —confiesa,
y después se lleva el dedo
anular a la boca.

Desconocidos

La señora McEwan, que vive en el piso de arriba,
se planta en casa con su hijo Harry
apoyado en la cadera.

—¿Dragon está en casa? —pregunta,
sin tan siquiera mirarnos a los ojos.

Niego con la cabeza.

—Está en el estudio de ballet —contesta Tippi,
y la señora McEwan suelta un suspiro.

—Oh, qué lástima.

En fin, si vuelve pronto a casa,
¿podéis decirle que he venido?

Asiento.

—Podemos encargarnos de Harry,
si quieres —propone Tippi—. Nos
encantaría cuidar de él.

La señora McEwan traga saliva.

—Oh, no. Oh, no.

Se pone un poco nervioso con desconocidos.

El crío sonrío de oreja a oreja
y alarga el brazo para jugar con mis pendientes
en forma de aro. Su madre lo aparta de
sopetón y suelta una carcajada forzada.

—Decidle a Dragon que he pasado por aquí,
por favor —farfulla y se escabulle escaleras arriba,
a su apartamento,
llevándose a su precioso
y «asustado»
cachorro

con ella.

Dinero fácil

Si tuviese una pistola, podría robar un banco.

Amenazaría al cajero con pegarle un tiro entre los ojos
y le pediría un montón de dinero en efectivo
para después huir a toda prisa en un Maserati robado.

Podría vender drogas a menores en las esquinas más oscuras
o negociar la virginidad de chicas inocentes y entregársela
al mejor postor.

Podría quebrantar cualquier ley si quisiera.

Si me metieran entre rejas,
también tendrían que encerrar a Tippi,
lo cual se consideraría detención ilegal,
y ningún tribunal
se atrevería a
contradecir
la ley.

Si no tuviese esta maldita conciencia,
seríamos ricas.

Disculpas

—Lo siento —dice mamá,
y nos obliga a quedarnos sentadas en la cama
para evitar que nos levantemos
y la dejemos con la palabra en la boca.
—Nos vamos a mudar.
No podemos permitirnos este apartamento,
ni los impuestos que tenemos que pagar por vivir
en Hoboken. Ni siquiera podemos permitirnos
la maldita factura de teléfono.

Lo siento.

—No es culpa tuya, mamá —digo,
tratando de ser amable,
tratando de no culparla por
haber perdido su empleo
o por habernos enviado
al instituto
para que nos enamoremos de él.

—Lo siento —repite por tercera vez—. Venderemos
el apartamento y compraremos algo más
económico
en Vermont.
Allí tenéis primos y
estoy segura de que el estado
encontrará el modo de financiaros
otro instituto, uno tan bueno como este.

—Pero no será Hornbeacon —protesta
Tippi,
que es incapaz de consolar a nuestra madre
y se niega a aceptar la situación.
Y, por una vez en la vida,

no puedo culparla por ello porque
tiene toda la razón.

No será Hornbeacon.

No habrá un Jon, ni una Yasmineen.

Dragon asoma la cabeza por la puerta.

—Es un asco —dice—,

pero saldremos de esta.

Está encorvada,

con los hombros caídos,

y la cabeza gacha.

Es una postura muy poco típica de ella,

y, aunque lo ha intentado,

no suena en absoluto convencida.

—Tendrás que dejar el ballet —digo—. Dudo mucho
que encuentres un estudio tan bueno como este en Vermont.

Dragon se encoge de hombros.

Y los ojos se le llenan de lágrimas.

—No pasa nada, sobreviviré —contesta—. Ya
bailaré en las pistas de esquí.

Le doy un pellizco a Tippi en la rodilla
y nos miramos de reojo.

—No —dice con voz firme y autoritaria y,

tras una pausa un pelín dramática,

añade—: Quizá.

Por fin

Con la mirada clavada en el suelo,
Tippi anuncia: —Llama a la periodista.
Su voz suena como un murmullo,
como prendas de ropa colgadas en una cuerda.

—Llámala —repite— y
que empiece el espectáculo de una vez por todas.

Diversidad de opiniones

—¿Estáis seguras de esto? —pregunta

Dragon.

—No os engañéis. Serán idiotas rematados los que pagarán por miraros, como si fueseis animales en peligro de extinción. ¿Eso es lo que queréis?

Mujeres con curvas de infarto desfilan por pasarelas ataviadas con vestidos minúsculos, posan medio desnudas en playas paradisíacas y a nadie parece importarles que lo hagan por dinero; a nadie le parece un tema desagradable.

Pero cuando Tippi y yo nos planteamos sacar partido a nuestro cuerpo, todos nos miran con la frente arrugada.

¿Por qué?

MEDIADOS DE NOVIEMBRE

Caroline Henley

La periodista acepta el té que ha preparado mamá
y no deja de parlotear sobre cosas banales y triviales.
Cualquiera diría que lleva años
persiguiéndonos, incordiándonos
 con llamadas, correos electrónicos, mensajes,
para pedirnos, rogarnos que la dejásemos
colarse en las bambalinas de nuestra vida
como siamesas
para así poder
grabar un documental
como Dios manda.

—Fue un aterrizaje accidentado —comenta mientras
nos explica con todo lujo de detalles su viaje hasta aquí.
Nunca había oído una voz
con un acento tan británico, tan remilgado y educado.
Parece sacada del siglo pasado,
y no del Londres actual.

—El trasto casi se *estampa*
 contra la pista. Pensé
que las ruedas iban
 a salir disparadas.

Por no hablar del tráfico en la carretera.
¡Qué pesadilla!
Toma otro sorbo de té.

—El hotel tiene mucho encanto. Vistas al río,
a la Estatua de la Libertad.
Es la primera vez que vengo a Nueva York.
Hay tantas cosas que ver.

Mamá le ofrece a Caroline otra galleta.
—¿Cuántos días vas a estar por

aquí? —pregunta.

Caroline se aclara la garganta.

—Meses, querrás decir —puntualiza.

Y, de repente, saca un contrato
del bolsillo de su americana
y lo extiende sobre la mesa,
como si fuese una nota de rescate.

—Quiero acceso total y absoluto las 24 horas del día.

Todo está aquí escrito.

Solo tenéis que leerlo y firmar.

He traído un bolígrafo —dice
y, como por arte de magia,
nos lo ofrece.

De repente, su mirada se vuelve más severa,
casi despiadada, ambiciosa.

—La gente querrá veros en casa,
en el instituto, de compras.

Parte la galleta por la mitad
y se mete un trozo en la boca.

—Me alegro de haber venido.

Papá está sentado en el sillón, con la espalda
demasiado erguida y meneando un pie.

Prometió comportarse
mientras Caroline graba nuestro día a día,
aunque eso fue antes de que supiésemos
que iba a estar rondando por aquí tanto tiempo.

Nos quita de las manos el contrato
y lo repasa con ojos de halcón.

—¿También querrán verlas mientras echan
una meada? —pregunta—. ¿O mientras se duchan?
Tú mejor que nadie sabes que la gente es muy curiosa.

Todas nos echamos a reír, menos Caroline,

para rebajar la tensión que se respira en el ambiente.
Hacemos como si fuese una broma,
aunque es más que evidente que no lo es.

Y ella lo sabe.

—El cuarto de baño es un espacio privado —dice
Caroline—, y lo respetaremos. Pero las seguiremos a todas partes.
Y *todos* apareceréis en la película.

—Tengo entendido que hay otra
hija —prosigue Caroline, refiriéndose a
Dragon como si fuese una mascota familiar,
y no nuestra hermana.
Pero ya se nos ha ocurrido
la manera de sacar de escena
a Dragon,
porque nos negamos a que
su vida pueda ser objeto de burla.

Papá echa un vistazo al contrato,
páginas y páginas de cláusulas y condiciones
que ninguno de nosotros sabemos descifrar.
Mamá está callada.
No apoya la decisión.
Siempre nos ha mantenido
ocultas,
sanas y salvas,
y sé que está avergonzada
porque cree
que está vendiendo a sus hijas.

—¿Cuándo les pagaréis por esto? —pregunta Grammie,
sin una pizca de decoro,
directa al grano.

Percibo un brillo extraño en la mirada de Caroline.

—En cuanto se firme el contrato —contesta,
y nos entrega a cada uno de nosotros,

excepto a Grammie,
unos bolígrafos de plástico
que me resultan demasiado
endebles y ruinosos para firmar algo tan importante.

Firmamos.

Y le devolvemos el contrato.

—Cincuenta mil dólares contantes y sonantes —informa
Caroline—. ¿Cómo los queréis?
¿Os extendemos un cheque? ¿O preferís una transferencia?

Grammie abre tanto la boca que por un momento
temo que se le vaya a caer la dentadura postiza.

Papá suaviza la expresión.

—Cheque —responde—.

Extendedles un cheque.

Preámbulo

Caroline se pasa una eternidad entrevistándonos
fuera de cámara:

preguntas y preguntas y más preguntas,
preguntas que ya hemos escuchado mil
veces antes.

Podríamos ser groseras,

bostezar cada dos por tres o simular ofendernos,
porque el dinero aún no ha borrado los números
rojos de nuestra cuenta bancaria.

El equipo

Caroline vuelve
acompañada de dos chicos
que deben de rondar los veinte años.
—Os presento a Paul —dice,
señalando al tipo que lleva la gorra de béisbol.
Después se vuelve hacia el otro,
el de la barba pelirroja, y añade:
—Y este es Shane.
Estaremos por aquí una temporada,
así que lo mejor será que nos llevemos
todos bien.

Espero a que Tippi
diga algo, pero, al parecer, se ha quedado muda.
—Por supuesto —respondo—. Estoy
segura de que nos llevaremos genial.

Pero cuando miro a Tippi,
me doy cuenta de que está
roja como un tomate.

—Te gusta uno de los cámaras —le digo
más tarde,
cuando estamos a solas.

—No digas *chorradas* —contesta ella,
pero lo hace con tanta pasión
que solo consigue convencerme de lo contrario.

A Rusia con amor

Hemos pagado el viaje de Dragon a Rusia,
así que
 se marcha en un autobús repleto de bailarinas
 camino al aeropuerto.

Agitamos los brazos y le lanzamos besos
 y ella apoya las manos en el cristal de la ventana
 y después los labios.

Ha metido en la maleta
todos los tutús y zapatillas de ballet que tiene,
además de varios gorros y guantes de lana
porque, según hemos leído,
en Rusia hace un frío de narices.
En ciertos puntos del país la nieve que se
acumula en las montañas dura todo el año.

—No te olvides de volver —le dijo
Tippi
 mientras le ayudaba a cerrar la maleta.

Dragon se echó a reír,
pero no se atrevió a mirarnos a los ojos,
porque las tres sabemos que si tuviera la oportunidad
de quedarse en Rusia y convertirse en bailarina,
no lo pensaría dos veces.

Y no la culparía por ello.

Caroline no está contenta

—Se suponía que vuestra hermana aparecería en el documental. Esto no forma parte del trato —espetea Caroline.

—Pues manda el documental a paseo —contesta Tippi, sin pelos en la lengua—. Te devolveremos la pasta.

Tippi pone cara de póquer, como si fuese una jugadora profesional de Las Vegas.

Caroline no puede competir con eso.

—Está bien. Pero no más sorpresas.

Whisky antes del mediodía

Cuando papá llega a casa,
se escurre por el pasillo
tratando de evitar las cámaras.
Pero Grammie ha dejado su bolsa de jugar a los bolos
en mitad del pasillo, así que tropieza y acaba
espatarrado en el suelo.
Ni hecho adrede.

Caroline se echa a reír.
—No me digas que te has echado un par de lingotazos,
¡pero si ni siquiera es mediodía!

Observa la cara de papá,
impregnada de culpabilidad.
Y, sin duda, percibe el tufillo
a alcohol.
—Oh —exclama—. Oh, está bien.
Y su sonrisa desaparece.

Tras la puerta de la habitación

Después de cinco horas
de conversación,
de gritos
y de lloros,
por fin
mamá y papá
llegan a un
acuerdo.

Reunión familiar

Nos reúnen en la cocina para comunicarnos la noticia:
papá se va a mudar.

No es capaz de aguantar varios días sobrio,
y mamá no está dispuesta a que el mundo entero
le vea borracho.

—Volveré cuando Caroline haya terminado
—dice él,
como si fuese la solución más sensata,
y Caroline el mayor de nuestros problemas.

—¿Y por qué no dejas la bebida? —propone
Tippi.

Papá parpadea y se aferra a un cojín.
Esperamos y, poco a poco,
la cara de papá se va retorciendo
 en un gesto
de desesperación.

—No puedo —dice—.
 No sé cómo hacerlo.

Asentimos.
Son las palabras más sinceras
que nos ha dicho en varios meses.

La partida

Papá no
desentierra una maleta enorme del sótano,
como la que se llevó Dragon a Rusia,
una maleta con ruedas y con etiquetas
y con la promesa de ir
a un lugar lejano,

en busca de un futuro mejor.

Se las apaña para meter todas sus cosas
en una bolsa de deporte roja.

Si no supiera que está a punto de marcharse de casa,
pensaría que va al gimnasio,
tal vez a hacer un poco de ejercicio en la cinta,
a recorrer kilómetros y kilómetros
sin llegar a ningún sitio en concreto,
para después volver a casa,
sudado y con una sonrisa de satisfacción.

Pero papá sí va a algún sitio.

Nos abandona
para mudarse con su hermano, en New Brunswick.

A lo mejor debería echarme a llorar,
pero en cuanto papá cierra la
puerta,
las lágrimas se quedan atascadas en mis ojos
y suspiro.
Alivio, sí, eso es lo que siento.

Lo mejor

—¿Vuestro padre *también* se ha marchado? —pregunta Caroline, lanzando las manos al aire.

—¿En serio?

Las dos encogemos los hombros.

Paul y Shane pestañean.

Caroline
se rasca la cabeza.
Y luego se mete las manos en los bolsillos.

—Oh, pues nada.
Tal vez sea lo mejor.

Paul

Tippi deja caer la mochila
y Paul,
uno de los cámaras,
la recoge del suelo.
Ni siquiera lo mira
cuando le dice:
—Gracias.

Risas

Estamos en la calle Hudson,
y un crío de apenas dos años le da una patada
a su madre y sale escopeteado
mientras ella le persigue y grita como una histérica.
No sé por qué, pero la situación me parece graciosa, así
que suelto una carcajada,
lo que provoca la risa desatada de mi hermana.

La cámara de Paul nos está enfocando,
y los rayos de sol se reflejan en el objetivo.

—Os reís mucho —dice Caroline—.
Es inspirador.
Incluso en vuestro estado, recibís la vida con los brazos abiertos.

Pero no sé qué se supone que debo hacer
con mi vida, más que recibirla con los brazos abiertos.

¿Acaso debería rechazarla?

Claro que no.
Así que me echo a reír.

Y Caroline vuelve a inspirarse.

Las Hilton

—Suelen compararnos con Daisy y Violet Hilton.
—Porque sois igual de guapas que ellas —dice
Caroline,
y suelta un suspiro.

Pero la extraordinaria belleza de Daisy y Violet
les sirvió de muy poco,
solo para que un puñado de pretendientes babosos
y asquerosos se acercaran a ellas con la esperanza
de acostarse con las dos,
dos por el precio de una,
y solo recibían propuestas
del tipo
*dejadme
echar un
vistazo a esas
piernas
desnudas.*

Nacieron en 1908 y fueron vendidas como esclavas
a una comadrona llamada Mary
que las envió de gira por todo el mundo.
Las gemelas fascinaban al público con su voz
y con la música de un saxofón
y siempre se mostraban alegres y encantadoras,
a pesar de su minusvalía.

Cuando cumplieron nuestra edad, ya eran consideradas
las artistas más adineradas
de su época
así que tal vez deberíamos aprender de ellas
y no ser tan pudorosas a la hora de vender nuestra
intimidad

y de exhibir nuestras anormalidades:

—¡Subid aquí, rápido!

¡Mirad a la chica

de dos cabezas

jugando a bádmin-ton!

Pero al igual que la mayoría de gemelos siameses que han existido,
la historia de las Hilton acabó en tragedia,
cuando el público perdió interés en ellas
y se arruinaron.

Pasaron siete largos años
trabajando detrás de un mostrador
y al final murieron
de la gripe de Hong Kong.

Su vecino encontró sus cadáveres
y los enterró debajo de una lápida en la que se puede leer
Queridas gemelas siamesas,
Como si eso fuese
lo único
que habían logrado en la vida,
como si su muerte
no le hubiera importado a nadie.

Popularidad

Compañeros que apenas conocemos,
compañeros que nos hicieron el vacío desde el día uno
ahora empiezan a husmear a nuestro alrededor
porque se han enterado de
que vamos a grabar algunas escenas
del documental de Caroline en el instituto.
Empiezan a llover autorizaciones y permisos de imagen
y todos nuestros compañeros, sin excepción,
se ofrecen
para entrevistas,
ansiosos por chupar cámara
y aparecer en televisión.
Se mueren por demostrarle al mundo
lo liberales, respetuosos y compasivos que pueden ser.

Pero Tippi y yo ya nos hemos encargado de
decirle a Caroline quién debería
aparecer en el documental,
quién merece un primer plano,
y obviamente no es alguien
que se ha pasado todo el trimestre
ignorándonos por completo.

Yasmeen y Jon
serán las estrellas.

Grabación continua

Caroline y su equipo
nos siguen a todas partes;
los focos y la cámara
nunca se apagan,
por miedo a perderse
algo importante.

Que nos miren, nos observen o incluso nos
señalen con el dedo es algo habitual,
así que enseguida me acostumbro a las cámaras
y ya ni siquiera las veo por las mañanas,
mientras nos preparamos,
o nos secamos el pelo, o nos atamos los cordones
o nos zampamos los panecillos con mantequilla para desayunar.

A veces hacemos algo
normal y corriente,
como barrer el suelo de la cocina,
y Caroline abre los ojos como platos,
como si eso le resultara
fascinante.

—¡Uau! —exclama
una y otra vez.
—*Uau*.

Me parece bastante curioso
que nos haya pagado por esto,
y que
algo tan aburrido
pueda llegar
a emitirse por televisión.

Una postal

Esto me encanta.

Lo único que hacemos es ¡BAILAR!

No me hagáis volver a Nueva Jersey...

Besos, Dragon

:)

FINALES DE NOVIEMBRE

Nieve

Las hojas marrones, ocres y rojas de otoño
se han desintegrado y no son más que montones de polvo.

El cielo ha empaldecido
y empieza a nevar.

Es oficial. Es invierno.

La caída

Atravesamos lenta y atropelladamente el patio
para ir a clase de francés,
y esta vez es
Tippi quien tropieza,
se cae de bruces sobre la
gravilla
y
yo acabo desparramada encima de ella.

Caroline ahoga un grito
y Paul suelta la cámara,
que acaba tirada en el suelo.

Espero unos segundos.

Espero
a que Tippi abra los ojos,
y le suelte a Caroline, como suele hacer,
algo como:
Estoy bien,
estoy bien,
para que no se acerque.

Pero no dice nada.

Caroline tira de la manga de mi camisa.

—No le noto el pulso.

¿Por qué diablos no puedo notar el latido de su corazón?

Y...

—Por el amor de Dios, ¡que alguien llame a una ambulancia!

Shane saca el teléfono para pedir ayuda.

Y la ayuda llega.

Avanzamos a toda velocidad por la
autopista,
en la parte trasera de una ambulancia,
con un montón de cables conectados al cuerpo
que no dejan de emitir sonidos, como si se tratase de
una alarma de incendios.

Se me acelera el corazón,

pero espero.

Me quedo sin casi aire en los pulmones,
pero espero.

Espero

a que Tippi abra los ojos.

Pero no los abre.

Porque esta vez

no estamos

bien.

Hospital

Las paredes de la habitación son blancas y están impolutas;
la lejía ha borrado
todo rastro del dolor de ayer.

La luz que ilumina la estancia es muy brillante y
sobre el inmenso televisor
hay un cuadro de un campo de amapolas.

Intuyo que el paisaje debería ser tranquilizador y reconfortante,
pero por algún motivo
me hace pensar
en la guerra,
en adolescentes corriendo hacia un campo de batalla,
justo al amanecer,
para acabar todos muertos en el suelo,
con un charco de sangre bajo sus cadáveres.

Oigo a alguien chupando una piruleta;
en una sala tan pequeña, ese sonido me resulta casi
insoportable pero, de fondo, reconozco la respiración de Tippi.

Quiero hablar,
explicar que estoy preparada para levantarme e irme a casa,
si ella también lo está.

Pero estoy tan cansada
que ni siquiera puedo hablar.
Cierro los ojos
y me sumerjo en la oscuridad.

En la penumbra

Me despierto otra vez.

Tippi me está mirando con los ojos como platos.

—¿Qué nos está pasando? —pregunto.

—Ya lo averiguaremos —contesta,
y nos fundimos en un abrazo.

Pruebas

Mamá, papá y Grammie están dormidos sobre los sillones cuando entra un celador; sus zapatillas de goma chirrían sobre el suelo de linóleo.

—¡Vamos, chicas! —dice, con un acento de Jersey muy marcado, y se pone a silbar una cancioncilla mientras empuja nuestra silla de ruedas por el pasillo, como si fuésemos a hacernos una pedicura, y no a someternos a un sinfín de pruebas para que los médicos puedan colarse y destruir nuestra privacidad.

Cruzo los dedos de las dos manos para invocar a la suerte, como si eso fuera a cambiar algo.

La visita

Nos han trasladado al hospital infantil de Rhode Island,
a más de trescientos kilómetros de casa,
así que Yasmeeen y Jon
no pueden venir a vernos.
Pero nos escriben un millón de veces al día
y nos mandan fotografías
de la Iglesia
y de ellos bebiendo, fumando,
haciendo ver que se estrangulan,
lo cual nos saca una sonrisa
y nos anima a ponernos bien.

La única visita que recibimos,
sin contar a mamá, papá y Grammie,
es la de Caroline Henley,
que se presenta cada día, sin excepción,
y, sin que nadie se entere, nos trae cosas
que nos tienen prohibidas,
como patatas y refrescos.

Paul y Shane no se han dejado caer ningún día
y Caroline no vuelve a mencionar
el documental,
ni el dinero que nos ha pagado para colarse en nuestra vida.

Me resisto a fiarme de ella,
pero, al parecer,
le importamos, y mucho.

Decencia

—No tiene ningún sentido —dice Tippi
mientras Caroline abre las ventanas
para ventilar la habitación, que apesta a bacon frito.

—Nos diste un pastón para acceder a nuestra vida
y ahora que la cosa se pone emocionante
ni siquiera quieres una entrevista.
Nadie es tan noble.

Caroline saca un pañuelo
del bolso y se suena
la nariz.

—No soy noble —responde
Caroline—. Pero sí un ser humano.

—Un ser humano muy decente —recalca Tippi,
y le dedica una sonrisa.

Yo

Mamá aparece con un viejo *Scrabble*
y una bolsa de mandarinas.
—¿Dónde está papá? —pregunto.

Mamá señala la ventana.
—Está aparcando el coche —contesta—. ¿Por?
¿Creíais que estaría en la barra de un bar?

Encojo los hombros.

Mamá resopla.
—Dios mío, Gracie,
ya va siendo hora de
que empieces a centrarte
en ti, y no en los demás.

Resultados

Las puertas del despacho del doctor Derrick
se abren de par en par para dejar paso
a nuestra silla de ruedas, de medidas estratosféricas.

Estrecho la mano de Tippi y espero el veredicto.

Pero el doctor Derrick no va al grano.

Empieza a mostrarnos escáneres y diagramas
y a hablar,
y a hablar,
y a hablar.

Se enrolla como las persianas. Trata de explicarnos
las resonancias magnéticas, los ecocardiogramas,
los estudios de contraste gastrointestinales
y la lista interminable de pruebas
a la que nos han sometido esta semana.

Dejo de escuchar el aburrido parloteo y observo un pájaro
que avanza dando saltitos por una rama para después asomarse
por la ventana, como si fuese un
paparazzi.

Al final, papá levanta la mano
y el doctor Derrick enmudece.
—¿Y cómo va a afectar todo eso
a mis hijas?

El doctor Derrick tamborilea los dedos
al ritmo del tictac del reloj que cuelga de la pared.
—El pronóstico no es bueno.

Todos nos quedamos callados.
Y él prosigue.

—Grace ha desarrollado cardiomiopatía
y Tippi está manteniéndola.
Y no solo a ella, sino también a un corazón muy dilatado.
No podemos reparar los daños.
La única medida que puede funcionar
a largo plazo
es un trasplante de corazón.
Si no lo hacemos,
Grace cada vez estará peor,
las dos estarán cada vez peor,
hasta que...

Echa un vistazo a un gráfico, como si la terrible noticia
estuviera escondida en ese enredo de números y símbolos.

—Mi consejo es separarlas.
Mantendríamos a Grace estable con la ayuda de una
medicación específica y un dispositivo ventricular
hasta que se haya recuperado.
Después entraría en la lista de espera para un trasplante.

No sé si soy capaz de digerir
todo lo que está diciendo el doctor Derrick.

Mucha información.
Demasiada información.
La realidad a veces supera la ficción, y este es un claro ejemplo.
Y todo por mi culpa.
Por culpa de mi estúpido corazón.

—Separarlas a su edad es un proceso delicado y muy poco
habitual —continúa el doctor Derrick.

—Los riesgos son importantes y las consecuencias,
impredecibles,
sobre todo para Grace,
pero todo apunta a que es la única opción
que nos

queda.

Y luego nos entrega unos papeles;
es una explicación detallada de los pasos
de la operación, que consiste en abrir
un espacio
entre dos personas
antes de arrancarle
el corazón a una de ellas.

Se me hace un nudo en el estómago.
El corazón me martillea el pecho.
La cabeza me da vueltas.

—No, no y no. Rotundamente no.
Correremos el riesgo —responde Tippi—.
Podéis anestesiarnos a las dos
y ponerle un corazón nuevo.
O lo que sea que tengáis que hacer.
Pero no tenéis que separarnos.
Así que no nos digáis que no hay otra solución.

La expresión del doctor Derrick es indescifrable.

—Grace no se considerará apta para un trasplante mientras
siga unida a ti. No podemos ayudarla
si os negáis a separaros.
Solo la medicación
supondría un peligro inmenso para las dos.
Hace una pausa para darnos un poco de tiempo
y así asimilar lo que nos acaba de proponer,
porque, de lo contrario, tendríamos que asumir que vamos a morir.
Unos segundos después, vuelve a tamborilear con los dedos.

Todos miramos al doctor Derrick sin decir nada,
como si fuera Dios en persona.

Suelto la mano de Tippi,

cuadro los hombros y alzo la barbilla
porque el doctor Derrick tiene toda la razón:
yo soy el problema,
yo y mi corazón agonizante,
y la solución que nos ha sugerido no es tan descabellada.

—Deberíamos intentarlo —digo.
Y, hablando por las dos, añado—: Sí, hagámoslo.

Mamá se queda pálida como la pared.
—Creo que lo mejor sería consultarlo con la almohada —dice.

—No tenemos que decidirnos ya —añade papá—.
A ver, ¿qué ha cambiado?
¿Y por qué?

El doctor Derrick parpadea.
—La última vez que vinisteis a la consulta
estabais bien.
No detecté nada grave, o preocupante.
Pero...
Sospecho...
Sospecho que la gripe ha desencadenado todo esto.
Una infección vírica suele provocar
una cardiomiopatía.
El corazón de Grace reaccionó así.
Ha tenido mucha mala suerte, la verdad.

La sala vuelve a quedar sumida en un silencio absoluto.
El pajarillo abre las alas
y echa a volar.

Y es entonces cuando mamá toma la palabra.
Quiere las estadísticas. Quiere que el doctor Derrick
ponga las cartas sobre la mesa y le diga sin rodeos
qué posibilidades tenemos y qué tragedias
pueden sucedernos.

—Estoy convencido de que hay una posibilidad de que todo salga bien —dice.

Y sé muy bien qué quiere decir con eso.

He leído informes.

He leído y releído artículos de periódicos.

Cuando unos gemelos siameses se someten a ese tipo de operación, se considera todo un éxito que uno de los dos sobreviva.

Durante un tiempo.

Y eso,
para mí,
eso es lo más
triste
de todo.

—Estadísticas. Números —insiste mamá—. Quiero saber qué puede ocurrir si decidimos no hacer nada.

El doctor Derrick suelta un suspiro.
Cierra la carpeta con todos los informes
y se inclina sobre el escritorio.

—Si nos quedamos de brazos cruzados,
morirán las dos.

Mamá se echa a llorar.

Papá le acaricia la mano en un intento de consolarla.

—Con una separación, aún hay esperanzas,
aún hay una oportunidad,
pero no puedo darte una cifra concreta.
De hacerlo, sería baja.
Sería bastante baja.

Mamá no puede dejar de gimotear y,
al final, papá no aguanta más y también se pone a llorar.

—Sé que no son buenas noticias.

Pero id a casa.

Habladlo, pensadlo, meditadlo.

Hasta entonces, nada de ir a clase. Debéis descansar.

Comed bien y dormid largo y tendido.

Y ya podéis despediros del tabaco y el alcohol —añade
el doctor Derrick en tono de broma, para relajar el ambiente.

Y entonces sonríe, como si realmente
tuviésemos elección
y varios años para decidir
cuando,
en el fondo,
sé que no es así.

Nos estamos quedando
sin tiempo.

Gratis

Antes de irnos de Rhode Island,
con la ropa sucia hecha una bola y
metida en bolsas de plástico transparente,
el doctor Derrick
pasa por nuestra habitación porque
quiere hablar con mamá y papá
en privado.

Se marchan preocupados,
pero cuando vuelven lo hacen
un pelín menos angustiados.

—El equipo médico se ofrece a operaros gratis
—nos informa mamá—,
si eso es lo que decidís hacer al final.

Nuestra familia ha invertido una fortuna
en nosotras, en nuestra salud,
y resulta que ahora el hospital está dispuesto
a realizar una operación carísima
a cambio de nada.

Es absurdo
que finjan ser amables y bondadosos:
todo el mundo sabe que,
pase lo que pase,
una operación de este calibre les hará
famosos en el mundo entero,
y eso vale mucho más que
varios miles de dólares en el banco.

Un elefante

De camino a casa, papá no deja de contar chistes malos, chistes que hemos oído mil veces antes, pero aun así nos reímos, nos reímos a carcajadas, porque nos aterroriza la conversación que pudiera surgir si dejara de parlotear.

Da la impresión de que somos una familia unida y despreocupada, como las que uno ve en los anuncios de detergente para lavar la ropa.

Da la impresión de que no hemos estado en el hospital, de que estamos regresando de un fin de semana en la playa y de que estamos de buen humor.

Da la impresión de que no hemos entendido que si continuamos así las dos acabaremos con una sola pierna y una cadera, postradas en una silla de ruedas durante el resto de nuestras vidas.

Da la impresión de que nadie se ha enterado que estoy matando a Tippi poco a poco.

De repente, mamá señala un McDonald's.

—¿Comemos algo?

Cualquier otro día me habría quejado del maltrato animal, de las pobres vacas que viven rodeadas de su propia mierda, pero hoy no tengo ganas de discutir, así que no digo nada.

Tippi se relame los labios y enumera todos los sabores disponibles de McFlurry.

Ni siquiera nos bajamos del coche.

Dejamos la bolsa de papel sobre el regazo,

y sacamos hamburguesas grasientas y batidos con exceso de azúcar.
El sonido del tráfico es ensordecedor,
pero lo agradecemos, porque así no podemos oírnos
masticar, tragar o respirar.

E incluso cuando llegamos a casa y papá prepara café
(como si todavía viviera allí),
hacemos ver que todo es perfecto,
y que el elefante que nos está
ahogando
no es más que un ratoncito que, desde luego, está
más asustado
que nosotros.

Un corazón que late por dos

Si fuese hija única,
tal vez ya me hubiese muerto.

Pero
mi hermana es quien carga con el peso de mantenerme viva,
de bombear la mayoría de sangre que corre por nuestras venas.

Soy una gorrana.

Y ella
no se queja.

Un parásito

Tippi me sujeta la barbilla con esos dedos gélidos
y me obliga a mirarla a los ojos.

—Las cosas no tienen por qué cambiar. No nos va
tan mal —dice—. Estamos destinadas a vivir juntas.
Si nos separan, moriremos.

Tippi tiene los labios resecos.
Y su tez ha perdido color, se ha vuelto grisácea.
De hecho, mirándola bien,
parece haber envejecido
varios años.

—Tú crees que somos una pareja inseparable,
pero en realidad soy un parásito —susurro—. No
quiero chuparte la vida.

—Oh, vamos, Grace —responde ella—. Todo
este rollo de *tú y yo* es una patraña.
Siempre hemos sido un dúo, y siempre lo seremos.
Así
que no pienso hacerlo.
No puedes *obligarme*
a someterme a una operación.

—Pero soy un parásito —repito
porque la palabra no deja de
retumbar en mi mente.
Parásito. Parásito. Parásito.
Lo único que quiero ahora es salvar a Tippi.
Si puedo.

DICIEMBRE

Bienvenida

Caroline Henley ha vuelto.

—¿Os importa?

Sé que es un momento un pelín complicado —dice.

A pesar del contrato que firmamos,
no ha intentado grabar ninguna escena,
ni conseguir una jugosa entrevista
en las últimas dos semanas.

Ha demostrado, y con creces, que no es una paparazzi.

Ha demostrado que no pretende
convertir nuestra vida
en un circo, en una historia mediática y frívola,
sino que va a basar
el documental
en la cruda
realidad.

Así que damos la bienvenida a Caroline
y la invitamos a grabarnos,
a ser testigo de nuestra decisión
y de documentar lo que,
a lo mejor,
son los últimos meses
de nuestra vida.

Las cosas que le cuento a la doctora Murphy

—¿Quieres saber algo?

He pasado muchísimo
tiempo tratando de convencer a todo el mundo
de que soy una persona como cualquier otra,
de que Tippi es mi hermana gemela,
pero que somos dos seres humanos distintos,
pero la verdad es que nunca me había planteado
cómo sería mi vida
si no estuviésemos unidas y
ahora que la posibilidad de perderla se divisa en el
horizonte
siento que estoy sobre una pira funeraria,
esperando que las llamas conviertan mi cuerpo en cenizas.
Ella no es una parte de mí,
sino mucho más que eso.
Y, sin ella,
sentiría
un inmenso vacío
en el pecho,
un agujero negro que se iría extendiendo
y que nada en el
mundo podría
llenar.

¿Sabes a lo que me refiero?

Nada podría llenar ese espacio.

La doctora Murphy se recuesta en el sillón.

—Por fin has decidido empezar a
abrirte —dice.

De acuerdo.

Ahora ya sé
que, durante todos estos años,
no se ha tragado
ni una sola palabra de todas mis mentiras.

Poniéndonos al día

Aunque es sábado
y Hornbeacon está cerrado,
y aunque a mamá le aterra que salgamos de casa
y no pueda controlarnos,
Grammie nos lleva hasta Montclair.
Hemos quedado con Yasmeen y Jon en la escalera del instituto.

Yasmeen tiene un montón de papeles sobre el regazo.
Al vernos, frunce el ceño
y nos lanza una mirada asesina.
Ya no lleva el pelo rosa fucsia;
esta vez se lo ha teñido de azul oscuro
y el flequillo le roza las pestañas.

Jon está justo detrás de ella,
con los ojos entrecerrados por la luz del sol.
Me fijo en un detalle absurdo:
tiene un envoltorio de chicle pegado a la suela de la zapatilla.

Se acercan a nosotras y nos dan un abrazo que dura una eternidad.

—A ver pringadas, ya podéis poner os las pilas —dice
Yasmeen—. No sé si vais a poder poner os al día antes
de que termine el semestre.

Y entonces le estampa a Tippi una carpeta repleta de papeles
en el pecho.

—No pensamos volver a pisar el instituto.
¿En serio crees que vamos a pasar nuestros últimos días
estudiando el condicional en francés? —pregunta Tippi,
y lanza todos esos papeles al aire,
de manera que quedan
desperdigados por el suelo

como confeti extra grande.

—Eres tan dramática —farfulla Yasmeen,
y pone los ojos en blanco.

—Bueno, ¿y qué pensáis hacer? ¿Ya habéis empezado
a tachar cosas de vuestra «lista de cosas que hacer antes de morir»?

Oigo a Caroline aclararse la garganta. Todo el equipo está detrás de nosotras.

—Estamos grabando —nos advierte.

—¿Y qué más da? —replica Tippi
y, con paso renqueante, nos dirigimos hacia la Iglesia.

Lista de cosas que nos quedan por hacer

Nos sentamos sobre un tronco,
y empezamos a escribir nuestra lista.

Nos giramos y tapamos el papel
con las manos.

Pero la verdad es que no se me ocurren muchas cosas:

- 1) *Leer algunas páginas de Jane Eyre*
- 2) *Ver el amanecer*
- 3) *Trepar a un árbol*
- 4) *Besar a un chico. Besarlo de verdad*

Tippi asoma la cabeza por encima de mi hombro.

—Me han contado que *Jane Eyre* es un tostón de
los buenos —dice,
y me entrega su lista.

Esto es lo que ha escrito:

- 1) *Dejar de ser una zorra.*

—Eso te va a llevar mucho
tiempo —digo.

—Igual que tu número cuatro —responde ella.

Fácil

Yasmeen pasa un dedo por mi lista. Sigue mordiéndose las uñas.

—Ecs —dice—.

¿No podrías haber añadido algo más
emocionante, como
correr desnuda por los pasillos del instituto
o ser fustigada por varios
payasos enanos de circo?

—Eso ya lo ha hecho

—dice Tippi,

y me echo a reír como una histérica,
con la esperanza de que Jon no lea mi lista,
y con la esperanza de que sí lo haga.

—¿Nunca has trepado a un árbol? —pregunta

Yasmeen y,

sin ni siquiera esperar una respuesta,
continúa:

—Jon, tienes que besar a Grace.

Y le entrega mi lista con formalidad y decisión,
como si se tratase de una orden judicial.

—Y déjale ese dichoso libro —añade.

—No tiene que hacer nada —murmuro.

Jon echa un vistazo al papel

y da una calada al cigarrillo.

Después se mordisquea el labio inferior.

—Tengo un viejo ejemplar de *Jane Eyre*. Te lo puedes quedar.

Te lo llevaré a casa cuando quieras —dice.

—Oh, y por el amor de Dios, un beso no es más que un beso

—agrega Yasmeen.

Pero está equivocada:
un beso de Jon sería
más que un beso. Lo sería
todo para mí.

Pesadilla

Tippi y yo solemos ir a la biblioteca pública
que hay junto al parque Church Square para coger películas gratis.

Me fijo en una chica que tiene un iPhone
y no deja de resoplar y suspirar.

—No tengo cobertura. Y no puedo conectarme al
Wi-Fi.

Esto es una *pesadilla*

—le comenta a su amiga,
mientras mueve el teléfono
en un intento de atrapar un rayo
de conectividad en el aire.

¿No os llama la atención de qué se preocupa la gente
cuando la vida
les va de maravilla?

Invisible

Shane ha pillado la gripe
y no podemos correr el riesgo de contagiarnos,
así que no vuelve a aparecer por casa.
Caroline es quien se encarga ahora de responder
las llamadas
y de concertar las entrevistas para el documental
por lo que Paul es el único
que nos sigue ahora a todas partes.

Siempre que puedo,
me vuelvo invisible.

Me pongo los auriculares
y me traslado a mi mundo.

Siempre que puedo, intento
que Tippi pase
un poco
de tiempo con él,
a solas.

—Sé lo que estás
haciendo —dice.

—Pero esto no puede compararse
a lo que tenéis Jon y tú. Nosotros no tenemos nada.

—Pero podríais tener
algo —replico.

—Mírame, Grace —dice Tippi—. ¿En serio
crees que podría
gustarle una morena? A él
le van más las rubias.

Se echa a reír.
Y yo también.

Sustituir

La tía Anne viene de visita, pero no viene sola, sino con Beau, nuestro nuevo primo.

No deja de babear y lloriquear,
pero aun así nos peleamos para ver quién lo acuna,
quien le cambia el pañal y
quien le da el biberón.

La tía Anne bosteza y dice:

—La gente no deja de preguntarme cuándo voy a tener otro.
¡Pero si no puedo con mi alma!

Mamá se ríe por lo bajo y le acaricia la espalda.

—Tranquila, todo pasa. Cuando menos te lo esperes ya dormiré toda la noche de un tirón.

La tía Anne cierra los ojos.

—Una amiga me aconsejó tener otro hijo,
por si le pasara algo a Beau.
No quiero ni imaginarlo.

Mamá se queda petrificada.

El bebé gimotea al darse cuenta de que ya no es el centro de atención.

—El dolor de perder a un hijo no desaparecerá solo porque tengas otro. Las cosas no funcionan así —dice mamá—.

Un hijo nunca puede sustituir a otro.

La grabación

Caroline deja las cámaras en nuestra habitación
cada noche
para así no tener que cargarlas
hasta Nueva York
cada día.
Están colocadas sobre el escritorio y no les prestamos
ningún tipo de
atención
hasta
que recuerdo que el equipo ha estado grabando
a todo el mundo.

Entonces deslizo el diminuto botón verde hacia un lado
y miro la pantalla.

Miramos la pantalla.

Y vemos a nuestros padres
con cara de preocupación, de angustia.
Y, con un hilo de voz, Caroline les pregunta:

—¿Creéis que *deberían*
separar a Tippi y a Grace?

Papá clava la mirada en el regazo.

—Quiero que vivan —responde mamá—. Ningún
padre debería enterrar a un hijo y,
mucho menos, dos.

Pero son ellas las que deben tomar la decisión.
Está en sus manos.

Y, justo entonces,
mamá se echa a llorar frente a la cámara
y le ruega a Caroline que la apague.
Tippi y yo nos miramos.

Sobran las palabras. Las dos estamos pensando lo mismo.

La decisión no solo nos afectará a nosotras, desde luego.

Evidente

Nos reunimos con el doctor Derrick para comunicarle la decisión;
se queda callado durante unos instantes,
con una expresión indescifrable,
sin un ápice del entusiasmo que
esperábamos.

Tampoco recita la lista de riesgos que implica la operación,
y, por un momento, me pregunto si lo habremos subestimado.

—Pondré en marcha todos los procedimientos —dice—. Es
un proyecto de gran envergadura que no puede organizarse
de la noche a la mañana.

Pero tampoco podemos esperar mucho más.

Y, de repente, solo me mira a mí.

—Es más que evidente que no podemos esperar mucho más.

La llamada

Yasmeen nos llama pasada la medianoche.

—Vosotras relajaos.

Jon y yo ya nos hemos encargado de todo.

Las vacaciones están a la vuelta de la esquina
y nos vamos los cuatro de viaje. Mi tío tiene una casa
en Montauk.

Será genial.

Tippi y yo esbozamos una sonrisa de oreja a oreja.

—Nos apuntamos —decimos las dos a la vez.

Le guste a mamá o no

Mamá se opone radicalmente.

No piensa dejar que nos vayamos de viaje
a Long Island.

—¿En qué estabais pensando? ¿Cómo voy a dejar
que atraveséis el país
con un corazón que puede dejar de latir en cualquier
momento

y sin la supervisión de un adulto?

¿Es que no me conocéis?

¿Qué creíais que iba a pasar?

—pregunta mamá.

Frunce el ceño y aprieta los labios.

Pero Tippi también.

—Sabemos que estás preocupada. Y lo sentimos mucho.

Pero no vamos a negociar.

Haremos ese viaje, te guste o no —sentencia Tippi—. Iremos
a Long Island con nuestros amigos,
así que ahórrate las amenazas
porque no
pensamos bajarnos
del burro.

El viaje

Mamá no para de consultar Internet;
actualiza un sinfín de páginas
todo el rato
en busca de noticias
sobre mal tiempo o
accidentes de tráfico en Long Island,
cualquier cosa
que pueda servir para disuadirnos y anular el viaje.
Cada dos por tres hurga en su bolso
y saca todo tipo de chismes,
como pañuelos o caramelos para la tos
que puedan «sernos útiles durante el viaje».
Camina de un lado a otro, sin ningún sentido.
Comprueba el reloj.
Actualiza las páginas de Internet de nuevo.

Papá ha venido a pasar el fin de semana con nosotras.
Está preparando un risotto,
y no le quita ojo de encima. No deja de removerlo.
—Deja de preocuparte —le dice a mamá,
y ella, que está justo detrás, pone los ojos en blanco,
como diciendo,
¿Y tú qué sabrás?

Por lo visto no ha bebido una sola gota de alcohol en las últimas dos semanas y jura y perjura que no ha faltado a ninguna sesión de recuperación. Tippi y yo aún no nos atrevemos a poner la mano en el fuego por él, pero mamá parece tranquila y disfruta de esa normalidad; le ríe las gracias y disfruta de las cenas que nos prepara cada noche.

—Me parece un poco injusto que Caroline
no os acompañe en esta

aventura

—dice mamá—.

Un trato

es un trato.

¿Qué clase de documental sería si no hubiese algunas
tomas del viaje?

Caroline está echando un vistazo a un viejo álbum de fotos
para elegir las fotografías que va a escanear e incluir en el documental.

—A mí me va bien —dice—.

Paul se va a tomar unos días libres para visitar
a su hermano en Boston,
y el pobre Shane sigue
enfermo.

—Genial —digo,
tratando de disimular lo resentida que estoy
con Shane,
y con los millones de personas
cuyos corazones no morirán
porque se contagien de un virus insignificante.

Se oye la bocina de un coche
y papá arrastra nuestras maletas hasta la curva.
Después, Jon las guarda en el maletero del coche.
Nos acomodamos en el asiento trasero del coche,
nos abrochamos los cinturones y nos despedimos de mamá,
que está pegada al cristal de la ventana,
el mismo lugar donde estará cuando regresemos.

Papá vuelve a casa.

Jon se sienta en el asiento del conductor y nos mira
a través del retrovisor.

—¿Habéis traído algo para pimplar? —pregunta.

Escarbo en la bolsa de viaje y Jon se retuerce en el
asiento
para echar un vistazo al botín: cerveza, vino y vodka.

Hemos saqueado el escondite secreto que papá tenía en la cocina.

—Sois las mejores —dice—. Y ahora, larguémonos de aquí.

Parada técnica

Llevamos una hora conduciendo cuando Yasmeeen
anuncia que tiene hambre,
y se empeña en picar algo en un Burger King
o en algún otro antro igual de asqueroso
para así poder mantenerse despierta durante
las tres horas que nos quedan de viaje.
Jon se desvía hacia una estación de servicio
y Yasmeeen sale disparada del coche.

Jon sube el volumen de la radio, coge una botella de cerveza
de nuestra bolsa
y la abre.

—¿No venís? —pregunta Yasmeeen—.
¿En serio no os apetece una hamburguesa?

Tippi abre la puerta y tira de mí.

Pero yo no quiero ir a ningún sitio.
Prefiero quedarme ahí, en el coche, con Jon,
compartiendo una cerveza que no debería ni oler
y escuchando música.

—Vamos —ordena Tippi—. Hamburguesas.
Así que me mantengo en mis trece y me quedo rígida.

—¿Qué te pasa? —pregunta Tippi.

—Nada —contesto.

—Pues vamos —repite—.
Jon, tú también vienes.

Pero él menea la cabeza.

—Tengo todo lo que necesito: cerveza y música rock.
Por cierto, acordaos de coger algunos refrescos para mezclar

con el vodka después de zamparos esa deliciosa
hamburguesa
de ternera criada en las selvas tropicales de Brasil.

Yasmeen le dedica un corte de mangas
y coge a Tippi de la mano.
—No te bebas otra —le dice
a Jon y, de repente, mi cuerpo
sale del coche y se planta frente al mostrador,
esperando una mesa,
comiendo patatas fritas
y pagando la cuenta.

En el restaurante actúo como cualquier otra persona haría;
mordisqueo las patatas, doy bocados gigantes a la
hamburguesa
y les río los chistes a Tippi y a Yasmeen,
aunque soy incapaz de sacarme
a Jon de la cabeza. Pienso en él,
en la parte trasera de su cabeza,
en las arrugas de su cuello,
en su olor,
en su voz.

En su todo.

Una casa vieja

La biblioteca está a rebosar de viejos ejemplares de
revistas de arte
y de libros tan roñosos, tan amarillentos y tan ajados que da
la impresión de que se desharán con tan solo tocarlos.
El cuarto de baño no tiene luz y una espesa capa de moho
se arrastra desde las esquinas
de la ducha por todas las paredes.
El suelo de la cocina es un campo de minas: excrementos
de ratón
y un sinfín de cucarachas muertas.

En el piso de arriba,
Yasmeen y Jon
están reorganizando los muebles;
están arrastrando una cama de matrimonio,
que tiene el colchón hundido, hasta el dormitorio más grande
para así juntar
las dos camas
y, al empujarlas contra la pared, quedarán convertidas en una cama gigantesca
para cuatro.
Yasmeen ha utilizado la manga de su abrigo para quitar todas
las telarañas que colgaban de la ventana.
Jon ha barrido el suelo.

Enchufó un calefactor y todos nos reunimos alrededor,
con las narices rojas
y las manos metidas en las axilas.

Desde luego, esta casa no es como las segundas residencias
que hemos visto al atravesar los Hamptons,
mansiones de color crema con arcadas
y fuentes de azul cristalino,
pero será nuestra casa, y la de nadie más, durante tres días,

así que los bichos, la pintura desconchada y las tuberías oxidadas no me preocupan en absoluto.

En la cama

Tippi apoya la cabeza sobre el hombro de Yasmeen.
Y yo me tumbo al lado de Jon.

Está leyendo en voz alta el *Ulises*, con tan solo la luz de una vela.
Las palabras que salen de sus labios suenan melódicas,
y algunas son verdaderas joyas que brillan
en la oscuridad.

—*Un dolor, que no era todavía el dolor del amor,*
le roía el corazón —lee,
y cuando se da cuenta de que Tippi y Yasmeen tienen los ojos
cerrados,
se queda callado y cierra el libro.

Entrelazo mis dedos con los suyos.
Le mantengo la mirada.
—Por favor, sigue leyendo —le ruego,
y eso hace.

Ya son las tantas de la madrugada,
y da la impresión de que estamos solos.
Lo único que nos separa es su voz.
—Tienes una voz preciosa —murmuro.
—Pues mañana por la noche te tocará
a ti —responde él.

Cierra el libro de nuevo y las páginas parecen resoplar.
Apaga la vela con un bufido,
y luego se acurruca a mi lado
y noto su aliento acariciando mi mejilla.

—Buenas noches —susurra
y, en cuestión de minutos, se queda dormido
junto a mí.

El faro

Con los ojos pegados y el cuerpo anquilosado por el frío,
nos despertamos antes del alba
y bajamos las escaleras de puntillas
para preparar una
torre de tortitas
que devoramos minutos después
con tal cantidad de sirope de arce
que hasta me duelen los dientes.

Los pescadores, calzados con botas de agua, están sobre las rocas,
Parece que el océano Atlántico vaya a tragárselos,
pues las olas rompen contra el espigón de
forma agresiva y virulenta.
Se dan media vuelta, dispuestos a marcharse,
con sus cubos llenos de monstruos marinos comestibles,
y, de repente, un haz de luz perfora el cielo.
Las nubes se ruborizan y alejan la penumbra nocturna.
El horizonte se tiñe de rosa.

—El amanecer —anuncia Tippi—
me hace querer creer en Dios.

—A mí también —dice Yasmeeen.
Y nadie vuelve a articular palabra
hasta que el sol se convierte en un orbe naranja
y se nos ha adormecido el culo
por llevar tanto tiempo ahí sentados.

Bañarnos desnudas

Bañarnos desnudas

no está en nuestra lista de «cosas que hacer antes de morir»,

pero sí en la de Yasmineen,

así que ese va a ser el plan de hoy.

Pero no lo haremos en mar abierto,

con olas de varios metros de altura que amenazan

con secuestrar a cualquier insensato que se atreva a intentar surfearlas,

sino en la piscina de una vecina.

—Es una piscina climatizada, así que puede mantener
el agua calentita todo el año, incluso en invierno

—nos explica Yasmineen.

—Pero solo viene los fines de semana,

así que tenemos vía libre todo el día.

Nos escabullimos por el caminito que rodea la casa,

cuyos paneles son de madera de cedro macizo,

y desenrollamos el plástico que cubre la piscina.

Las hojas flotan sobre el agua

como hierbas aromáticas sobre una sopa.

Incluso antes de que Jon coja la red para retirar las hojas,

Yasmineen ya se ha desnudado. Solo lleva un sujetador lila

y unas braguitas rosa y está comprobando la temperatura del
agua con la punta de los pies.

De repente, se despoja de la ropa interior

y se

tira al agua

como un águila

se lanza al precipicio, decidida e intrépida. Pero cuando sale,
lo hace chillando y azul.

Jon es el siguiente en quitarse la camisa y los pantalones.

Aparto la mirada

y no me giro de nuevo hasta oír su cuerpo

cayendo en picado
sobre el agua
y la sarta de blasfemias
que suelta por la boca
como si fuesen rezos implorantes.

—¿Qué opinas? —le pregunto a Tippi.
Nadie, salvo nuestros padres y una lista interminable
de médicos, nos ha visto
desnudas,
y me aterroriza lo
que puedan pensar los demás,
el asco que cualquier persona
podría sentir
si nos viera
sin ropa, tal y como vinimos al mundo.

—¿Qué es lo peor que podría ocurrir? —le pregunto,
pero esta vez pensando en nuestra salud,
en nuestros corazones.

Y entonces me quito el abrigo.

Totalmente desnudas,
metemos un pie en el agua
y, de inmediato, se nos pone la piel de gallina.
El agua está tan fría que siento que un millón de agujas se me han clavado en
la piel.

Jon celebra la decisión y se acerca a nosotras a nado.
—Refrescante, ¿verdad? —dice.

Y justo cuando estamos a punto de salir,
Yasmeen pega un grito y señala la casa.
Una mujer tiene la nariz pegada al cristal de la ventana
y nos mira con la cara desencajada.

—¡Vámonos! —chilla Yasmeen.

Con nuestra habitual torpeza, salimos de la piscina,
recogemos toda la ropa y nos tapamos el cuerpo
con los abrigos como podemos
antes de arrastrarnos cual patos mareados por el jardín
en dirección a la calle, y a casa.

—¡Qué careto ha puesto! —grita Yasmeen,
y empuja la puerta del trastero.

Un ratón se escurre por debajo del horno
y a ninguno se nos ocurre colocar una trampa para matarlo.
Tan solo abrimos la puerta de la nevera
y sacamos cuatro latas de cerveza.

Mensajes

Mamá nos envía un mensaje.

¿Os lo estáis pasando bien?

Y luego envía otro.

¿Estáis vivas?

Y otro.

Estoy preocupada.

Y un último.

Voy a llamar a la policía.

Así que al final le contesto y le advierto
que no vuelva a mandarnos más mensajes.

Número cuatro

Jon y yo somos los únicos que seguimos despiertos.

Después de haber leído durante más de una hora,

él fija la mirada en el techo y dice:

—Siento mucho lo que ocurrió cuando me mostraste tu lista de «cosas que hacer antes de morir».

Hago ver que no sé a qué se refiere.

—Terminé de leer *Jane Eyre*.

El señor Rochester es mi personaje favorito.

Creo que es lo que Tippi y yo necesitamos.

Hombre ciegos que lo han perdido todo.

Pretendía ser una broma,

pero ninguno de los dos nos reímos.

Jon se incorpora en la cama

y enciende un cigarrillo.

—Grace...

... el tema es... es que...

Pero no lo dejo terminar.

—Lo entiendo.

De veras que lo entiendo.

Soy muy consciente de mi aspecto,

y de las limitaciones que comporta en mi vida.

Me palpo el costado, la parte del cuerpo que sigue unida a Tippi,

esa parte donde los médicos pretenden colocar expansores de tejidos

que harán que nuestros cuerpos parezcan

estar cubiertos de madrigueras para topos.

—No sé cómo explicarte lo que siento —empieza.

He leído muchísimos libros,
un sinfín de palabras,
pero no encuentro las apropiadas para describir esto.
No sé qué está ocurriendo
dentro de mí.
Pero soy incapaz de sacarlo.

Aplasta el cigarrillo en un plato sucio,
se mete un chicle en la boca y
apaga la luz.

Se desliza a mi lado, me abraza
y apoya la frente sobre la mía.
—Oh, Grace —murmura,
y me sostiene la cara entre las manos.

—Jon —susurro
y,
de repente,
su boca está sobre la mía,
su lengua, que sabe a chicle de sandía,
se abre camino entre mis labios
y nos besamos, con fuego y pasión,
y nos besamos, con suavidad y ternura
y nos besamos y nos besamos
y lo único que soy capaz de hacer cuando para
es inspirar hondo
y decir:
—Yo tampoco sé lo que está pasando dentro de mí.

Sandía

Me despierto todavía con el sabor dulzón a sandía
de su boca.

Después de lavarme los dientes, el sabor se desvanece
así que le pido a Jon un chicle
y me paso el día
con el sabor
de su beso
en la boca.

Chiflado obsesivo

—Anoche me besó —le susurro a Tippi
cuando por fin estamos solas.

Me mira de reojo y con la frente arrugada,
como si acabara de ofrecerle un bocadillo de atún podrido.

—Si le gustas de verdad a Jon,
ten por seguro que es un chiflado obsesivo, como mínimo.
Eres consciente de eso, ¿verdad?

Echo un vistazo a nuestras piernas, que también están unidas.

—Pensaba que ibas a intentar
ser menos zorra —le recuerdo.

Y ella sonríe.

—Y lo estoy intentando.

Planes

Yasmeen mordisquea la punta del lápiz, busca
una página sin garabatear
en su libreta de notas
y espera a que Tippi y yo describamos
nuestro funeral soñado,
tanto conjunto como individual,
solo por si acaso.

Jon ha salido a comprar algo de picoteo.
No quiere oír una sola palabra de todo eso.
Dice que no puede soportarlo.

Yasmeen es la única persona dispuesta a
escucharnos
y nos ha prometido que hará cumplir nuestras últimas
voluntades
sin acusarnos de ser
macabras
y sin echarse a llorar a la primera de cambio.
Es la única persona, igual que nosotras, que
lleva años esquivando la muerte.
Es un tema que no le pone los pelos de punta.
O, bueno,
no mucho.

—¿Música? —pregunta Yasmeen, y sin esperar un solo segundo,
Tippi contesta:

—Dolly Parton *non-stop* para mí.
«I Will Always Love You»
me encanta.
Y «Home» también.

—A ver, ¿a quién no le gusta Dolly?

Pero piénsalo bien. ¿De veras quieres eso para tu funeral? —pregunta Yasmeen.
Y con las manos dibuja la voluptuosa
silueta de Dolly en el aire.

—Si la gente está pensando en las tetas de Dolly,
no pensará
en las mías, eso está claro —dice Tippi.

—Y nada de himnos —añado—. No quiero nada sagrado.
Dios no está invitado a nuestro funeral.

Yasmeen asiente y escribe una nota en el papel.
—¿Algo satánico entonces? Per-fec-to.

Nos llenamos la boca de anacardos
y Yasmeen continúa con los preparativos. Está pletórica.
—Ataúdes. ¿Juntas o separadas?
—Juntas —decimos a coro. Ni siquiera tenemos que
consultarlo.
¿Acaso no es lo más lógico?

—A no ser que una de nosotras sobreviva; en ese caso,
ataúdes individuales —dice Tippi,
y se echa a reír, aunque con muy pocas ganas.

Y seguimos.

Planeamos el servicio y el entierro, sin dejarnos ningún detalle,
y cuando hemos terminado

Yasmeen rebusca en su lista de reproducción musical hasta encontrar
una canción de Dolly Parton,
y cantamos la letra a pleno pulmón
mientras Yasmeen baila
por la cocina,
repitiendo el estribillo de «Jolene» una y otra vez,
como si fuese la canción más alegre del mundo.

La promesa

Nos saltamos las advertencias del doctor Derrick
y por la noche nos sentamos sobre la arena de la playa,
a la intemperie,
fumando puros y vaciando
diminutas botellas de ginebra,
frente a una hoguera
que no deja de chisporrotear.

—Estoy borracha —dice Tippi,
y se deja caer de espaldas,
arrastrándome así con ella.

Contemplamos la luna, que esta noche no es más que una guadaña plateada.
La cabeza nos da vueltas
y, sin pensármelo demasiado, digo:
—¿Me prometes que vivirás
sin mí si me quedo en el quirófano?

El mar deja de rugir.
Y el fuego deja de crepitar.

—Te prometo que me casaré con Jon —contesta
Tippi, y se echa a reír
mientras me hace cosquillas.

—Hablo en serio —insisto.

Tippi se incorpora, y yo también, y da otro sorbo de
ginebra.

—Te lo prometo, si tú también lo haces.

—Te lo prometo —digo.
Y le doy un beso.

Anoche

—Tengo que confesarte algo —anuncia Jon
en mitad de la noche.

Cierro los puños
y me preparo para lo peor.

—No tengo ni la más remota idea de sobre qué
divaga tanto James Joyce —admite.

Me relajo.

—Yo tampoco —digo—. Pero
me encanta.

—Sí —dice él—. ¿No es curioso cómo algo
tan abstracto puede llegarnos al corazón?

Me coge de la mano y no la suelta
hasta la mañana siguiente.

Regreso

Unas zapatillas de ballet cuelgan
del perchero.

Y junto al radiador hay dos calentadores hechos una bola.
—¿Hay alguien en casa? —pregunto en voz alta—.
¿Dragon?

Nuestra hermana sale disparada del cuarto de baño
y se abalanza sobre nosotras con los brazos extendidos.
—Os he echado muchísimo de menos —dice—. Os
he comprado unas matrioshkas, las típicas muñecas rusas. Estaban
bien de precio.

Y tengo novio. Se llama Peter y
es moscovita.

—Siento que hayas tenido que volver por nuestra
culpa —digo.

Dragon niega con la cabeza.

—En Rusia hacía un frío que pelaba y Peter estaba empeñado
en meterse debajo de mi falda.

Lo mejor era volver a casa, os lo aseguro.

Además, que separen a tus hermanas siamesas
no es algo que ocurra todos los días.

Quería estar aquí cuando...

Se da media vuelta, se mete en su habitación y sale con las
muñecas rusas en la mano.

Abro la primera muñeca y sale otra. Y hago lo mismo.

Siempre es la misma muñeca:

un círculo rojo perfecto en las mejillas, unos ojos negro carbón,
y una silueta que se va empequeñeciendo

poco a poco

hasta desaparecer.

—Estáis intentando averiguar la simbología, ¿verdad? —pregunta Dragon.

Coge las muñecas y

las va colocando una dentro de la otra.

—Simbolizan la maternidad.

No tienen nada que ver con *vosotras*.

Tippi se ríe por lo bajo.

—Y, como siempre, nuestra querida Grace

pensando que *todo* tiene que ver con nosotras.

Navidad

Colgamos las luces en el manzano del jardín.
Tragamos pavo relleno como si no hubiera un mañana.
Compramos regalos.

Después de todo,
es Navidad,
y al fin y al cabo,
no somos tan
distintos
a cualquier otra familia.

Piel nueva

El doctor Derrick nos presenta a un colega nuevo:
el doctor Forrester, un experto en su campo.
Es él quien deslizará los expansores de tejidos,
una especie de globos llenos de suero,
bajo nuestra piel para que así se estire
y pueda cubrir y cicatrizar las
heridas de la separación
cuando llegue el momento.

Durante la operación estamos despiertas,
pues la anestesia es local.
No dejamos de parpadear porque la luz es cegadora
y vemos un desfile de enfermeras y médicos
pasar por delante de nuestras narices,
todos con esa mascarilla quirúrgica
de color verde.

Horas después,
Tippi gruñe y yo me aferro a las sábanas
para evitar ponerme a gritar como una maníaca.
—Necesitamos Vicodin —masculla Tippi,
y pulsa el botón para avisar a una enfermera.

Todo mi cuerpo se sacude, y está ardiendo.
Y esos expansores de tejidos no son más que el principio.

—En unos días parecerá que tengáis la piel repleta
de tumores enormes —nos explica
el doctor Forrester al día siguiente, por la mañana.
Me fijo en la saliva seca y blanquecina
que se le acumula en las comisuras de los labios.
—Pero tranquilas, esos bultos desaparecerán enseguida.
Podéis recuperaros en casa. Dejad que los expansores hagan magia.

Y, sin pedirnos permiso, recorre las manos
por todas
las incisiones, es decir,
por la tripa, la espalda y los costados;
y es en ese momento cuando
me doy cuenta de que nuestros cuerpos
ya no son solo nuestros:
se los hemos confiado a esos hombres y mujeres,
los mismos que nos hincharán y
nos moldearán y
nos partirán por la mitad,
y todo sin dejar de preguntarnos
¿Estáis seguras?

Jon

Sé

que su intención no era estremecerse

al tocar el bulto que tengo en

el costado, justo donde los expansores de tejidos ya crecen.

Pero

lo hace, se estremece,

no puede evitarlo; y, por primera vez, me doy cuenta de que

no es perfecto.

Y

le odio por eso.

ENERO

Pérdida de tiempo

Nos resignamos a que la piel se estire
y a que los médicos estén preparados.
En realidad, lo único que podemos hacer
es esperar
y leer
y ver la televisión
y obedecer
a la enfermera
que nos visita cada día
para comprobar la progresión.

Y yo no dejo de pensar
que esta espera,
esta terrible espera,
es una pérdida del tiempo,
sobre todo porque son los últimos días
de nuestra vida.

Limpieza

Pase lo que pase,
está claro que pronto
dejaremos de necesitar un armario lleno
de pantalones y faldas
extra grandes,
por no mencionar las braguitas gigantes
que llevamos desde que aprendimos a andar.

Aunque no podemos deshacernos del dolor
de los expansores de tejidos,
decidimos vaciar el armario
y tirar todo lo que no podremos llevar
cuando seamos dos.
Desdoblamos unos pantalones de chándal color naranja
butano
y nos preguntamos qué se nos pasaba por la cabeza
el día que los compramos.

—Deberíamos ir de compras —digo.

Tippi echa un vistazo
al anillo de plata que lleva
en el índice derecho
y se queda pensativa.

—No —responde—. Deberíamos esperar.

Deberíamos esperar
a ver qué pasa.

Muchos

Reorganizo las matrioskas;
las coloco
una al lado de otra
pero
 sin seguir el orden establecido.

Después las desmonto
 y las guardo,
 escondiendo una dentro de otra.

Y da lo mismo lo que Dragon diga,
que se empeñe en convencernos de que no somos nosotras,
cada vez que sostengo la décima muñeca,
una pieza diminuta que se esconde en el centro de todas,
tan minúscula y poco memorable como un grano de arroz,
me entran ganas
 de tirarla a la basura
 para ver cómo
 se las arreglan
 el resto de muñecas
 sin ella.

¿Qué te parece esa simbología?

El mundo nos ha escuchado

Por fin
nos ingresan en el hospital
para supervisar nuestro estado de salud
y
en un abrir y cerrar de ojos, el mundo se entera
de nuestra existencia
y de nuestra
decisión.

Los medios de comunicación
se instalan
justo delante de Urgencias
entre la nieve y el granizo,
como seguidoras enajenadas e histéricas
de algún grupo musical de adolescentes,
esperando a
comprar las entradas del concierto
o a poder ver a sus ídolos, aunque sea de lejos.

Tippi y yo somos testigos de cómo esa
muchedumbre va creciendo desde un quinto piso,
pero la única persona con quien hablamos es Caroline,
aunque la verdad es que apenas nos sigue
y prefiere entrevistar a los médicos
o a nuestros padres,
y respetar nuestra intimidad, dejándonos solas
para ver la televisión y pedir yogur
bajo en calorías
de la cafetería del hospital.

En la consulta del doctor Derrick

La doctora Murphy viene a verme a Rhode Island.
Lleva un traje chaqueta de color azul marino
y unas gafas de
pasta y muestra una actitud tan seria y severa
que intuyo que el doctor Derrick le ha
revelado que
nuestras posibilidades de sobrevivir
son escasas.

—Y bien... —dice,
y se cruza de piernas
y de brazos.

Nos miramos.

La manecilla del reloj se mueve rápido.

—Estará bien sin mí —miento.

La doctora Murphy asiente con la cabeza.

—¿Y cómo estarías tú sin ella?

—Sin ella no soy nada —respondo—. Sin ella,
desaparecería.

Pero eso no es lo que va a ocurrir.

—Probablemente no.

Pero intentemos prepararte para lo que pueda pasar.

Me entran unas ganas irreprimibles
de arañarle toda la cara.

Me encantaría darle un puñetazo en las entrañas
y que gritara de dolor.

Ojalá pudiera gritarle *Vete a la mierda*
y *Déjame en paz*

y No me hagas imaginarme el futuro.

Pero no hago ni digo nada de eso.

Agacho la cabeza.

Y le hablo al regazo.

—Estoy muerta de miedo.

Por primera vez desde que nos conocemos,

la doctora Murphy se inclina hacia mí

y me coge de la mano.

Incluso Tippi levanta la mirada.

—Yo también estoy muerta de miedo

—dice la doctora Murphy.

El poder de la percepción

El doctor Forrester comprueba la piel
que sus expansores de tejidos
han estirado y ensanchado.

—Tiene una pinta estupenda, chicas —dice,
y palpa todos los bultos.

Lo que a otros habría espantado,
a él le hace sonreír,

lo cual

dice mucho

sobre el

poder de la percepción.

La mecánica

El doctor Derrick nos explica el procedimiento doce veces con muñecas y diagramas.

La operación en quirófano durará más de dieciocho horas; después, me colocarán un dispositivo de asistencia ventricular y me inflarán a medicamentos para mantenerme con vida.

Nos inducirán un coma a las dos y viviremos ajenas al mundo al menos una semana.

Si me despierto...

Si logro sobrevivir...

Entraré en la lista.

Entraré en la lista de trasplantes de corazón y esperaré como un buitre carroñero y despiadado a que ocurra alguna tragedia a otra familia.

Nos explica todos los detalles y empiezo a creer que se trata de magia.

En serio,

¿cómo van a poder reconstruir nuestro cuerpo

de cintura para abajo para formar dos cuerpos enteros y completos?

Compartimos la mayor parte de nuestros intestinos

pero el doctor Derrick nos asegura que no supondrá ningún problema.

También compartimos nuestras zonas íntimas

pero el doctor Derrick dice que Tippi se quedará con todo y que él

hará todo lo que esté en su mano

para dejarme como cualquier otra chica.

Pero eso es mentira.

Sea como sea, no lo cuestiono
y nunca le
pregunto por qué ha decidido entregar el original a Tippi
porque la respuesta
me caería como un jarro
de agua fría: las probabilidades
que tengo de salir sana y salva
del quirófano
son
muy,
muy
escasas.

La muerte

¿Qué siente uno cuando se muere?
¿Que entra en un sueño profundo?
¿Que se sumerge en un sueño oscuro y silencioso?

Tal vez no sea para tanto,
si lo único que me encuentro
es un inmenso vacío.

Pero no quiero engañarme.

Tiene que ser mucho peor que eso, o la gente
no trataría de esquivarla
durante todos los días
de su vida.

Tal vez la muerte sea blanca y
deslumbrante.

Tal vez sea una falta de sueño,
un despertar puro,
una realidad atronadora
que, en realidad,
es insoportable.

Pero es imposible saber
qué se siente
hasta que llegue el momento.

Hoy por hoy lo único que sé
es que se parece
a un ataúd con
asas de latón

que acabará enterrado
en el suelo,

y no tengo interés alguno
en
meterme en una
de esas cosas.

Experimento

Jon viene a vernos al hospital,
sin Yasmeen.

Deja un ramo de rosas blancas marchitas
al lado de la camilla
y pone patas arriba la habitación en busca
de un jarrón, un poco de agua y unas gotas de gaseosa.
Un segundo después, las flores reviven y parecen otras.
—¿Yasmeen y tú habéis discutido? —pregunta Tippi.

—¿Yasmeen y yo? No. Está en una boda
—explica—.

Y no quería esperar un día más.
Quería veros.

Se queda varias horas y, antes de irse,
nos da un fuerte abrazo y
me da un beso fugaz,
y no un beso con
sabor a sandía,
sino un beso diminuto,
un beso casto que apenas
me roza los labios.

Cuando ya se ha marchado, Tippi pregunta:
—¿Qué ha sido eso? ¿Estáis saliendo o algo así?

Encojo los hombros.
—Creo que no.

—A lo mejor eres un experimento —resuelve ella—.
¿Pero qué pareja no lo es?

—¿Intentas consolarme? —pregunto, y le doy
un golpecito con el codo.

Ella sonríe de oreja a oreja.

—¡Vete a la mierda!

Sueño

Con él.
Sueño con nosotros.
Estamos unidos por el pecho,
y nuestros corazones se han fundido en uno solo.

¿Pero dónde está Tippi?

La busco,
pero no la veo por ningún lado y
cuando la llamo,
no oigo su voz.

Él me susurra al oído:
—Me tienes aquí.
Pero cuando me despierto,

chillando,

sudando,

llorando,

me doy cuenta de que
él

no es
suficiente.

Trepar

Nuestra familia nos prepara una fiesta «de buena suerte» en la que todos fingimos que no es una fiesta de despedida.

Nadie se quiere perder la fiesta.

Primos que no hemos visto desde que cambiaron la voz, médicos que conocemos de toda la vida e incluso la señora James, del Hornbeacon, que nos advierte de que no recibiremos un trato especial cuando volvamos a clase.

—Esperemos que aprobéis los finales, como el resto de alumnos —dice.

Está tratando de ser amable, pero es un comentario estúpido y absurdo; si sobrevivimos, ni siquiera podremos andar, así que necesitaremos recibir un trato muy, muy especial.

Yasmeen y Jon suben el volumen de la música y, de inmediato, viene una enfermera con un termómetro en la mano y nos pide que no hagamos tanto ruido porque estamos molestando a otros pacientes.

Los invitados empiezan a marcharse.

Yasmeen nos da unas palmaditas en el costado, como si quisiera comprobar que tenemos unas monedas en los bolsillos.

—Hasta pronto, cabronas —dice, y se marcha,

incapaz de decir una palabra más.

Jon nos rodea a las dos con los brazos y apoya la cabeza sobre mi hombro.

—Siempre ha sido difícil, ya lo sabes.

Dejo que mi endeble corazón palpite por él unos segundos
y después
lo aparto.

—Hoy no —digo.

Caroline le pide a Paul que nos haga
una fotografía
y se pone entre las dos.

Tiene pastel de chocolate en la barbilla.

Articula la palabra «pa-ta-ta» durante tres segundos
y pone la instantánea de las tres como fondo de pantalla.

—Volveré pronto para las entrevistas
de seguimiento, ¿vale? —dice.

Y nos acaricia las rodillas.

—Sois un encanto.

Apagan la música.

Recogen toda la comida.

Grammie enciende el televisor
y mamá y papá se van a otra sala a firmar más
papeles.

—No he terminado mi lista —digo en voz alta,
y Dragon acerca su silla a la camilla.

—¿Una lista? —pregunta.

Trago saliva.

—Una lista de cosas que hacer antes de morir —explico.

Dragon abre los ojos como platos
e intenta contener las lágrimas.

—Grace nunca ha trepado a un árbol —le dice Tippi.

—Pues hagámoslo —resuelve Dragon,
y nos acerca las muletas.

Y justo cuando estamos a punto de entrar en el ascensor,
aparece una enfermera.

—¿Algún problema? —pregunta,
y me coge por el codo.

—Necesitamos un poco de aire —digo.

La enfermera sacude la cabeza.

—No, no. Lo siento, pero no me parece buena idea.

—Pero se está mareando —insiste Tippi—. ¿Por qué
no nos traes una silla de ruedas?

La enfermera echa un vistazo al pasillo, que está desierto.

—Está bien.

Quedaos aquí.

Iré a buscaros una,
y os acompañaré a dar un paseo.

—Vale —dice Tippi,
y en cuanto perdemos de vista a la enfermera,
nos colamos en el ascensor
y descendemos
hasta
la planta baja.

Salimos al aparcamiento

y
buscamos árboles.

—¡Ahí! —exclama Dragon,
y señala un roble que hay al otro lado del aparcamiento,
con las ramas tan extendidas que parece un pulpo gigante
haciendo yoga.

Esperamos a que haya un hueco en el tráfico
para cruzar.

Estamos a los pies del árbol y Dragon nos ofrece un punto de apoyo

y nos impulsa
con todas sus fuerzas
hacia la rama más baja, donde nos sentamos un instante
para recuperar el aliento;
seguimos la escalada hasta
el segundo piso de ramas.

El estruendo del tráfico ensordece los sonidos
de las criaturas nocturnas que deambulan por ahí.

Las luces de la ciudad ensombrecen las estrellas.

—Da igual lo que ocurra mañana.
Hemos llegado mucho más lejos
de lo que cualquiera hubiera
imaginado —dice Tippi, mientras
balancea las piernas.
Y sé que no se refiere a trepar por
ese árbol.

—Estoy bastante contenta.
¿Y tú?

Un tractor avanza lenta y pesadamente por la carretera.
El aire es gélido.

—Estoy contenta —digo—. Pero
también estoy muerta de miedo.
¿Y si cuando me despierte no estás a mi lado?
No quiero despertarme sin ti.

Un desfile de camiones de bomberos pasa zumbando,
con las sirenas tronando y las luces parpadeando.
Los vehículos de la carretera
disminuyen la velocidad
y se hacen a un lado para dejar paso
a la comitiva.

—¿Bajáis? —pregunta Dragon gritando a pleno pulmón.

—¿Bajamos? —le pregunto a Tippi.

—Por supuesto que sí —responde ella—. Bajaremos de aquí juntas.

En ayunas

Tippi le pide un poco de agua a una enfermera, pero esta se niega en rotundo: —Podría interferir con la hoja de ruta de los anestesiastas —explica la enfermera.

—Pero si quieres te puedo traer un poco de hielo picado.

Tippi levanta los brazos, exasperada.

—No puedo creerme que no nos hayan ofrecido una última cena, o algo así —protesta, aunque la verdad es que esta tarde nos hemos atiborrado de pastel y galletas.

Grammie le pellizca la oreja.

—Eso es solo para los pringados del corredor de la muerte. Y vosotras vais a salir de esta, *seguro*.

Tippi no le suelta la retahíla de datos y estadísticas que demuestran justo lo contrario. Le devuelve el pellizco y dice: —Si tuviera tu edad, me daría un banquete al más puro estilo «última cena» cada noche.

Papá suelta una ruidosa carcajada y le da un codazo a Grammie en broma.

—Os sobreviviré a todos —añade.

Y, de repente, toda la habitación queda sumida en un silencio absoluto.

Es lo último que Grammie dice antes de irse hecha un paño de lágrimas.

La humanidad no soporta la cruda realidad

—No vendré a veros mañana por la mañana

—dice Dragon

antes de irse a casa.

Apoya la espalda en la pared

y se muerde el labio inferior.

—Creo que pasaré todo el día en el estudio de ballet.

Tengo una actuación la semana que viene y necesito ensayar las piruetas.

Espero que no os importe.

Y espero que no creáis que...

—Por supuesto que no, Dragon —decimos las dos.

Quiere distraerse un poco, y lo entendemos.

No podemos pretender que se pase veinticuatro

horas seguidas

frente a la máquina expendedora,

esperando a que las puertas del quirófano se abran,

esperando a que el doctor Derrick aparezca con el resultado escrito en sus ojos.

—Pero pensaré en vosotras todo el día.

Quiero que sepáis...

Hace una pausa, se abraza, y nos mira a los ojos.

Primero mira a Tippi y después, a mí.

Vuelve a mirar a Tippi y después, a mí.

—Quiero que sepáis... —empieza

de nuevo,

pero es incapaz de terminar.

Se le quiebra la voz

y se le humedecen los ojos.

—Sé lo que quieres decirnos —digo—. Y
no pasa nada por no decirlo. Tranquila.

Nos da un beso en la mejilla,
se sorbe los mocos y
huye a toda prisa
de la habitación.

Código rojo

La enfermera del turno de noche,
una mujer regordeta que debe de rondar los cincuenta,
con una maraña de rizos grises en la cabeza
y un bigote más que evidente,
entra en la habitación

con un bote diminuto que, de lejos, parece
pintauñas rojo.

—Me han dicho que le pinte las uñas
a Grace —anuncia—. Los médicos
quieren saber
qué corazón es el problemático.
Trata de sonreír,
pero tan solo consigue
estirar un poco
los labios.

—Yo me encargo —dice Tippi,
y le quita el pintauñas de las manos.
La enfermera no se va hasta que
Tippi me ha pintado todas las uñas de rojo.

—Gracias —murmuro.
Tippi me sopla las uñas,
como siempre hace,
y
no puedo negar
que tiene sentido,
que es más que lógico que los médicos tomen
ciertas medidas para no cometer ningún error mañana.
Pero no puedo evitar pensar
que el pintauñas rojo tan solo indicará a los médicos
qué corazón deben vigilar menos,
qué vida deberían dejar perder

llegado el caso.

Antes de irme a dormir

Me quito el collar, el del colgante
de la pata de conejo,
y lo dejo sobre la mesita de noche
antes de apagar la luz.

Ya no lo quiero.

Ya no lo necesito.

La suerte no existe. Es una mentira.

La noche

Tippi y yo pasamos la noche
en vela, abrazadas,
enlazadas.

Entierro la cabeza en su cuello
y, de vez en cuando,
me da un beso en la frente.

Cuando los pájaros empiezan a cantar
y el cielo se tiñe de color melocotón,
estamos tan cansadas que ni siquiera podemos llorar.

Tippi me acaricia la nariz con la suya.

—Todo va a salir bien —asegura—. Y aunque
no salga bien, es lo mejor que nos podría pasar.

21 DE ENERO

Día de la separación

Mamá nos estruja las manos mientras papá trata
de sostenerla porque teme que se vaya a caer de bruces.

—Os queremos,
os queremos,
os queremos —dicen
una y otra vez,
como si fuese un hechizo.

Una enfermera los sujeta a la fuerza para
impedir que crucen las puertas del quirófano.

Da la impresión de que hay cientos de personas ahí dentro.
Cuando entramos, todos enmudecen.

El doctor Derrick tiene el papel protagonista.
—¿Preparadas? —pregunta.

Nos colocan sobre la mesa de operaciones,
como si fuésemos un trozo de carne sobre una tabla de cortar.

—Lo más preparadas que podemos estar —contesta Tippi.

El doctor Derrick se inclina para que solo nosotras podamos oírle.

—Haré todo lo que pueda
para que sigáis juntas.
Os lo prometo. Haré todo lo que esté en mi mano —susurra.

Aprieto la mano de Tippi y ella gira la cabeza
para poder
mirarme directamente a los ojos.

—Hasta pronto, hermana —dice,
y acerca sus labios a los míos,
como solía hacer cuando éramos pequeñas.

—Pronto —murmuro.

Apoyo la cabeza sobre la suya y ella hace lo mismo.
Y nos embarga el silencio.

29 DE ENERO

Buscando a Tippi

No está aquí. No está en la camilla, a mi lado, ni tampoco en la habitación.

Ha ocurrido.

Estoy viva y estoy sola en un mundo demasiado grande.

Sí, ha ocurrido.

Enferma

Mamá, papá y Grammie están estrujándome distintas partes del cuerpo, y se aferran a mí como si temieran que al soltarme pudiera esfumarme sin más. Dragon está a los pies de la cama. Tiene los ojos inyectados en sangre y la cara pálida y desencajada. Mamá llora a moco tendido. Papá se sorbe los mocos. A Grammie le tiembla la barbilla. Dragon es la única persona que puede articular palabra. —Tu cuerpo está respondiendo bien gracias al dispositivo de asistencia ventricular —me informa—. Y te han metido en la lista. Ya figuras en la lista de trasplantes de corazón, Grace. Una media sonrisa. — Pero Tippi no está recuperándose tan bien. Perdió mucha sangre en la operación y ahora tiene una infección. Está enferma. Está... muy enferma. —Quiero verla —digo—. Quiero estar con ella.

Dragon asiente con la cabeza. —Sabíamos que dirías eso.

Aguantando

Tippi está conectada a un montón de cables y tubos, igual que yo. Está en cuarentena, por lo que la habitación está totalmente aislada. Los médicos mascullan con aire pesimista y la miran con el ceño fruncido desde una esquina, mientras un monitor emite pitidos constantes a su lado.

Siento un escozor terrible en la herida de la cadera. Se me revuelve el estómago. Y veo las estrellas cada vez que trago saliva.

—Colocadme a su lado —digo.

Los médicos me niegan la petición y las enfermeras agachan la cabeza, pues no van a desafiar las órdenes de sus superiores.

—Por favor, dejad que me tumbe a su lado —ruego.

Papá gruñe y, ni corto ni perezoso, empuja mi camilla, que tiene ruedas, lo más cerca que puede de Tippi. —Ayúdame a mover a tu hermana —le dice a Dragon y, de repente, todos los médicos, salen disparados hacia nosotros y, con mucho cuidado, me deslizo sobre la cama de Tippi, junto con una bolsa del tamaño de un ordenador portátil que, por lo visto, es lo que me mantiene con vida.

Siento un pinchazo en el costado y suelto un grito.

Pero Tippi sigue inmóvil.

Su respiración es tan delicada como una telaraña, y la expresión de su rostro desprende serenidad, como si en el fondo ella supiera que ese era su destino.

La estrecho entre mis brazos.

Aguanta.

Muriendo

Por la mañana, Tippi entreabre los ojos,
pero la luz es demasiado fuerte y brillante y vuelve a cerrarlos.
Le acaricio los labios con la yema de los dedos.

—Hola —dice
con un hilo de
voz, y vuelve
a decir—: Hola.

A pesar del dolor, me aferro a ella con todas mis fuerzas,
como si quisiera volver a unir nuestros cuerpos.

Tippi hace una mueca de dolor y sacude la cabeza.
—Me estoy muriendo —dice.

—No es verdad —miento.

Tippi trata de soltar una risita
llena de escepticismo.
—Recuerda la promesa que me hiciste —murmura.

¿Qué se supone que debo hacer?
No tengo ni idea de qué decir,
así que digo lo que a mí me gustaría oír.
—Puedes irte, si quieres.

Tippi estira los labios a modo de sonrisa
Y cierra los ojos.
Cierra los ojos
y no los vuelve a abrir.

—Puedes irte —repito—.
Vete, vete, vete.

Se ha ido

El doctor Derrick está a mi lado, con su bata blanca impecable y el estetoscopio colgando del cuello como si fuese un collar horrendo.

Papá está a su lado, con una barba más gris y más larga de lo que recordaba. Mamá está en el umbral, sumida en una penumbra siniestra.

—¿Puedes oírme? —pregunta el doctor Derrick.

Puedo oírle pero no muevo un solo músculo.

Parpadeo y él continúa, como si nada.

—Tippi se ha ido —me informa—. Solo puedo decir que lo siento. Lo siento, lo siento muchísimo, aunque sé que no es suficiente.

—Fuera —espeto, y les doy la espalda a todos. Los odio. Los odio a todos.

Echo de menos a mi hermana

Aúllo y grito y chilló. Echo de menos a mi hermana. —Tippi —susurro en mitad de la oscuridad.

Aúllo y grito y chilló. Echo de menos a mi hermana. —Tippi —suplico desde la penumbra.

Aúllo y grito y chilló. Echo de menos a mi hermana. Aúllo y grito y chilló. Echo de menos a mi hermana.

Echo de menos a mi hermana en cuerpo y alma, en sangre y huesos. Una parte de mí se ha ido con ella, y la echo de menos. —Te quiero —le digo. Y añoro a mi hermana.

—Te echo de menos —le digo. Y añoro a mi hermana.

Y toda esa añoranza, ese anhelo infinito jamás desaparecerá.

Su corazón

Lo quiero para mí. No quiero que se deshagan de él. Lo quiero *dentro* de mí. Para salvarme la vida. Para salvarlo a él. Para salvarla a ella. A lo que queda de ella.

—El corazón de Tippi no era lo bastante fuerte como para utilizarlo en un trasplante — murmura la voz del doctor Derrick. —Y, de todas formas, ya es demasiado tarde. Ha pasado demasiado tiempo.

Y sé que es verdad. Pero es una lástima. Tippi siempre tuvo un corazón muy fuerte.

Convalecencia

Una enfermera con el pelo cardado y recogido en un moño se coloca a mi lado. Un guante de látex me presiona el brazo.

Siento un ardor en mi interior que se va extendiendo por todo mi cuerpo. Siento varios golpes en todos los huesos, un ruido seco dentro de las costillas, un dolor punzante en cada centímetro de mi piel, como si me estuvieran inyectando trocitos de cristal.

El suplicio es agotador y no parece acabar nunca.

Es mucho más desgarrador de lo que jamás habría imaginado.

Suelto un graznido y el látex me agarra todavía con más fuerza. —¿Te duele? — pregunta la enfermera.

—Sí —contesto.

Toquetea una bolsa de líquido transparente que cuelga junto a mi camilla, como si una dosis de morfina pudiera ser la solución a mis problemas. —Pronto estarás mejor — asegura.

¿Pero cómo puede estar en lo cierto? ¿Cómo es posible que un medicamento pueda aliviar todo este dolor?

Susurros junto a mi camilla

Necesita un poco de aire fresco. Necesita más medicación. Necesita estar en su casa. Necesita nuestras plegarias. Necesita tener cerca a su familia, a sus amigos. Necesita llorar la muerte de su hermana, hablar, reír. Necesita agua, medicación, silencio, tiempo.

Pero no necesito nada de eso.

Solo necesito a Tippi.

FEBRERO

Mejora

Hoy he comido media galleta y los médicos parecen satisfechos.

Anoréxica

Dragon es la primera persona que acepto ver. Se sienta a mi derecha, sin tratar de llenar el vacío de mi izquierda, y me habla del tiempo, del metro de nieve que ha caído en Hoboken hoy, y de papá, que se ha mudado de nuevo a casa y no ha bebido una sola gota de alcohol en varias semanas, o eso asegura él.

Dragon parece un fantasma; está hecha un saco de huesos y puedo perfilar su esqueleto a la perfección —¿Eres anoréxica? —pregunto, sin andarme por las ramas, aunque sé que lo es, y me reprendo por no haber dicho nada antes.

Ella asiente con la cabeza. —Probablemente.

—Tippi se habría puesto hecha una furia —le digo—. Tendremos que hacer algo al respecto.

Dragon apoya la cabeza en mi almohada y se echa a llorar. —Yo también la echo de menos —susurra—. Igual que todos.

Recuperación

Le digo a mamá que no posponga el funeral, que pasaré varios meses encerrada en ese hospital, y que no quiero hacer esperar a Tippi.

Me armo de valor y le pido a Paul que grabe la misa, y él lo hace sin rechistar. Unas horas después, deja un DVD plateado sobre la mesita de noche para que pueda ver todo lo ocurrido.

Cuando esté más fuerte, lo veré.

Veré a mi tía Anne entonando una canción sobre un pájaro de enormes alas, a Yasmeeen leyendo un poema sobre llevar el corazón de mi hermana muerta en nuestros corazones, a mi padre, acompañado de mis tíos y de Jon, cargando el ataúd de Tippi, hasta un enorme agujero en el suelo, donde acabará enterrado.

Lo haré. Pero, por ahora, sigo en el hospital, recuperándome, dejando que todas mis heridas cicatricen, esperando a que los médicos me arranquen el corazón y lo sustituyan por uno que no esté roto.

—El tiempo lo cura todo —me dice la doctora Murphy y, aunque no la creo, dejo que el tiempo pase.

Dejo que el tiempo pase y vivo.

Vivo con la esperanza de que pronto, muy pronto, otro corazón humano coja el relevo del mío. Vivo con la esperanza de que el corazón de una persona muerta me resucite.

MARZO

Charla

Caroline viene sola, sin Paul y sin Shane, tan solo ella y una cámara. Cree que es demasiado pronto para esto.

Tal vez lleve razón, pero aun así da su brazo a torcer y acepta mi propuesta. Se instala a los pies de mi cama y empieza a grabar.

—Quiero hablar —digo—. Quiero hablar alto y claro.

—Está bien —dice Caroline.

Me giro hacia la izquierda para cederle el turno a Tippi. He vuelto a olvidar que ahora estoy sola.

Sé que esto me ocurrirá cada dos por tres durante el resto de mi vida: Jamás recordaré que ya no está a mi lado.

—Continúa —dice Caroline.

Y eso es lo que hago.

Continuar.

Mi historia

Esta es mi historia. Es mía y de nadie más porque soy yo quien necesita contarla. Soy yo quien todavía está aquí, y no en la parte derecha del escenario,

sino en el centro, como actriz protagonista.

Es mi historia, y no dos relatos que se entrelazan, como las piernas de dos amantes, como tal vez habrías imaginado.

Y, de todos modos, a Tippi siempre se le dio de maravilla hablar en público.

Me he escondido del mundo durante mucho tiempo.

He sido una cobarde.

Pero aquí está mi historia.

La historia de cómo es la vida siendo dos. La historia de cómo es la vida siendo solo una.

Es nuestra historia.

Y también es un epitafio.

Un epitafio al amor.

Nota de la autora

Aunque esta novela es una obra de ficción, las vidas de Tippi y Grace, su sentir y su opinión sobre vivir unidas, como dos gemelas siamesas, y muchos de los detalles del trato recibido por las personas que se cruzan en su vida están basados en una amalgama de historias reales de gemelos siameses, tanto vivos como muertos. Hay algunos libros que me han resultado de gran utilidad, como *Conjoined Twins: An Historical, Biological and Thical Issues Encyclopedia*, de Christine Quigley, y *Very Special People*, de Frederick Drimmer, además de un sinfín de documentales sobre el tema, como el producido por la BBC2, *Horizon: Conjoined Twins* y el producido por la BBC3, *Abby and Brittany: Joined for Life*.

La experta en ética Alice Dreger ha escrito varios artículos sobre gemelos siameses y otras personas con anomalías físicas poco habituales, los cuales me han servido muchísimo para informarme sobre la cirugía de separación. Todos los casos de gemelos siameses son únicos y las situaciones médicas hipotéticas que aparecen en esta novela están basadas en conversaciones con cardiólogos de renombre de la University College London, del Great Ormond Street Hospital for Children y, en especial, con Edward Kiely, uno de los cirujanos más destacados del mundo en el ámbito de los siameses.

Aunque para el resto del mundo pueda resultar algo asombroso y tal vez un pelín extraño, los gemelos siameses no consideran su vida una tragedia. Un ejemplo de siameses son Abby y Brittany Hensel, nacidas en Minnesota en 1990, que han asegurado en varias ocasiones que nunca han deseado una separación física. Abby y Brittany han aparecido en muchísimos programas de televisión y documentales con la esperanza de que, al mostrar su vida al público, podrán vivir con la mayor normalidad posible. Han terminado la universidad, han viajado a Europa con sus amigos y ahora trabajan en un colegio, de maestras. Son el claro ejemplo de que a veces, la separación física, sobre todo si uno de los dos hermanos corre un riesgo importante, no siempre es la mejor opción.

Muchos gemelos siameses han llevado una vida plena y feliz, y varios se han casado y han tenido hijos. Los siameses más famosos de la historia han sido, sin lugar a dudas, Chang y Eng Bunker (originarios de lo que entonces se denominaba Siam, de ahí el término «gemelos siameses»), a los que he mencionado en la novela. Se casaron con dos hermanas norteamericanas, se dividían el tiempo entre los dos hogares y fueron

padres de veintiún hijos. Sus hijos siguen reuniéndose de vez en cuando para celebrar el legado de estos dos hombres.

No hace falta decir que ninguno lo ha tenido fácil. Para describir la fisiología de Tippi y Grace me he basado en los cuerpos de Masha y Dasha Krivoshliápova; a su madre le aseguraron que las dos habían muerto en el parto, pero en realidad las encerraron en un laboratorio para que científicos rusos pudieran experimentar con ellas durante más de veinte años. La mayoría de siameses no suele sobrevivir al parto y, los que lo consiguen, tienen una vida bastante corta debido a sus anomalías físicas, casi siempre con cardiopatías congénitas.

La investigación que he tenido que llevar a cabo para escribir esta novela no me ha dejado indiferente. He pasado muchísimas horas llorando después de leer o ver historias de padres que han perdido a sus hijos, o de gemelos que han visto morir a sus hermanos cuando no eran más que unos críos. Pero debo decir que escribir esta novela ha sido un gran honor, y no solo como escritora, sino también como madre, amiga, esposa e hija, pues me ha proporcionado el tiempo y el espacio necesarios para reflexionar sobre qué significa ser una persona y, más importante todavía, qué significa realmente amar a otra persona.

Agradecimientos

*H*ay muchísima gente que se merece una mención en este libro. Mucha más de la que cabe en esta página, desde luego. Pero quiero dar las gracias a mi agente Julia Churchill por haberme apoyado en este proyecto desde el principio. Gracias a mis editoras, tan sensibles y pacientes, Martha Mihalick y Zöe Griffiths y a todos los que forman parte del equipo de Greenwillow, Nueva York, y Bloomsbury, Londres; sois espectaculares, en serio.

No puedo olvidarme de todas las personas que aparecen en la lista a continuación, por su apoyo, generosidad, amabilidad, paciencia o valentía: el profesor Aroon Hingorani, el profesor Andrew Taylor, el señor Edward Kiely, la Biblioteca Británica, Repforce Ireland, Combined Media, Jennifer Custer, Hélène Ferey, Chris Slegg, Emma Bradshaw, Zareena Huber, Nikki Sheehan y Ani Luca. Y, por supuesto, gracias a mis amigos y familia, sobre todo a Andreas, Aoife, Jimmy, mamá, papá y las tribus de Donegal y de Nueva Jersey, por su amor infinito, ¡sois la bomba!

Título original: *One*

© 2015, Sarah Crossan

Primera edición: enero de 2019

© de la traducción: 2019, María Angulo Fernández

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417541729

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

AGOSTO

SEPTIEMBRE

OCTUBRE

PRINCIPIOS DE NOVIEMBRE

MEDIADOS DE NOVIEMBRE

FINALES DE NOVIEMBRE

DICIEMBRE

ENERO

21 DE ENERO

29 DE ENERO

FEBRERO

MARZO

Nota de la autora

Agradecimientos